



**Yasmina  
Khadra**  
**La deshonra  
de Sarah Ikker**

**Alianza Lit**

Yasmina Khadra

La deshonra de  
Sarah Ikker

**Alianza** editorial

Yasmina Khadra

# La deshonra de Sarah Ikker

Traducido del francés por Wenceslao-Carlos Lozano

**Alianza** editorial

# Índice

1.

2.

3.

4.

5.

6.

7.

8.

9.

10.

11.

12.

13.

14.

15.

16.

17.

18.

19.

20.

21.

22.

23.

24.

Créditos

*A Paco Ignacio Taibo II*

# 1.

Driss Ikker estaba al borde del coma etílico cuando el sargento Farid Aghroub dio con él en la habitación 43 del Sindbad, un hotelucho de mala fama del viejo Tánger.

Driss estaba tumbado a lo ancho sobre la cama, totalmente desnudo. A su lado roncaba una prostituta a la que Farid solía detener, una rubia oxigenada de pechos caídos que habitualmente se dedicaba a emborracharse en el bar, detrás de la recepción.

La habitación apestaba a pedos, a tabaco y a vómito. Por el suelo, unas bragas junto a un sostén deshilachado y unas medias raídas. Junto a una silla volcada se entrelazaban un zapato de suela desgastada, un pañuelo bereber y un vestido de baratillo. Dispersas por el suelo de esa leonera, botellas de vino vacías.

Farid se inclinó hacia un cenicero repleto de colillas y olisqueó una.

—Joder, cannabis. ¿Y ahora qué le digo al jefe?

Vació el cenicero en el váter, tiró de la cadena y regresó a la habitación para comprobar que no había otros elementos comprometedores que ocultar. Tras asegurarse de que no había jeringuillas ni ningún polvo blanco por allí, se ocupó del dormilón. Le levantó un brazo y lo soltó; este cayó por su propio peso.

—Despierte, teniente. Llevo días y noches buscándolo. Todo el mundo anda preguntándose dónde se ha metido.

Driss emitió un gorgoteo.

—Vete, déjame tranquilo.

—Lo siento, me han ordenado traerlo vivo o muerto. Si no, a quien se los van a cortar es a mí.

Driss intentó moverse, ni siquiera consiguió abrir los ojos. Un hilillo de saliva le recorrió la mejilla y quedó colgando de su oreja.

Farid comprendió que estaba perdiendo el tiempo. Las botellas de alcohol sobre la moqueta y la cantidad de colillas de porros que había tirado al váter daban fe de la magnitud de los daños.

Cogió su móvil y llamó al secretario particular del comisario.

Al cabo de un buen rato, alguien se dignó contestar.

—¡Quééé!

—Buenos días, Slimane. Aquí el sargento Aghroub.

—¿Y qué quieres ahora, Farid? ¿Es que no hay manera de que dejes de dar la lata durante un par de minutos?

—He dado con el teniente Ikker.

Silencio por un momento, luego de nuevo la voz del tal Slimane, cínica:

—No me digas que su cadáver se encuentra ya en avanzado estado de descomposición.

—Está vivo, aunque tiene muy mala pinta.

—No soy esteticista. Además, ¿por qué tienes que llamarme a mí?

—No sé qué hacer.

—¿Y recurres a mí para que te asesore?

—Al jefe se le pueden fundir los plomos como vea a su protegido en este estado...

—Por mí, como si hay apagón general en toda la ciudad. Me la trae floja. Te ha pedido que le traigas a ese guiñapo, se lo traes y punto.

—Te estoy diciendo que tiene una cogorza de campeonato.

—Mejor. Más fácil lo tendrá el jefe para darle caña.

Farid dio un respingo cuando le cortó en seco la llamada. Se guardó el móvil en un bolsillo y se sentó en el borde de la cama para reflexionar. Driss yacía a su lado, inerte como un muerto.

—Siempre me tiene que tocar a mí —masculló secándose la frente con un pañuelo.

La prostituta gimió al ponerse de costado. El pico de sábana que la cubría se deslizó de su cadera, dejando a la vista unas nalgas sebosas salpicadas por minúsculos cráteres negros de antiguas quemaduras de cigarro.

—Tú, lárgate ya. Ya está bien de dormir.

La prostituta se encogió, abrazándose las rodillas, y se dispuso a seguir durmiendo.

—Vístete y piérdete de mi vista —le ordenó Farid.

—Estoy reventada.

—Todavía no lo estás del todo, pero lo estarás de aquí a poco como no te largues.

La mujer se frotó los párpados, echó una mirada aturdida a su alrededor, se quedó mirando el cuerpo dislocado a su lado y soltó una risotada de loca.

—Hala, hala, lárgate de una vez —se impacientó Farid tirándole las bragas a la cara.

—Todavía no me ha pagado.

—Ya veo que para eso sigues estando bastante espabilada.

La prostituta buscó un punto de apoyo para levantarse, no lo encontró y volvió a encogerse.

—Bueno, si prefieres que lo hagamos por las bravas...

Farid la agarró por los pelos y la sacó de la cama. Cayó como un fardo sobre la moqueta raída. Siguió riendo con más ganas, ahora una risa gutural y perturbadora que recordaba el borboteo de un animal ahogándose.

—Te aviso, como acabes en comisaría, me las arreglaré para que esta vez te tengan encerrada una buena temporada.

—¿Y mi pasta?

La agarró por los tobillos y la arrastró hasta el pasillo.

—¡Oye tú, que no soy una carretilla! —protestó.

Farid regresó a la habitación para recoger las pertenencias de la prostituta, las arrojó al pasillo y cerró la puerta.

—Ahora, teniente, nos toca a nosotros.

Ciñó con ambos brazos el cuerpo inerte del oficial, lo llevó hasta el cuarto de baño, lo metió en la ducha y abrió el grifo.

Con el auricular del teléfono encajado entre el hombro y la barbilla, el comisario Rachid Baaz, al mando de la policía de Tánger, hablaba mientras se limaba las uñas:

—Te aseguro que es un negocio redondo. No tendremos otra oportunidad como esta...

Hizo una señal con un dedo al sargento Farid Aghroub para que esperara, sin ofrecerle asiento. El subalterno se mantuvo en posición de firmes, sin saber si debía hacer oídos sordos o volverse

invisible. Muchos compañeros suyos habían sido apartados del servicio, destinados en el quinto pino o relegados sin más a labores inferiores por indiscreciones mucho menos comprometedoras.

—Mira, Max, querías que te diera mi opinión, te la acabo de dar. Ahora haz lo que quieras... Eso es, piénsatelo, pero luego no te quejes si un listillo se te adelanta... Claro que puedes contar conmigo. Dale un beso a Marie de mi parte... Así lo haré... Chao chao.

Colgó, estuvo un minuto meditando antes de caer en la cuenta de que el sargento seguía allí. Cruzó los pies sobre su mesa de despacho y lo fulminó con la mirada.

—¿Dónde está?

—En el coche, señor.

—¿En el coche? ¿Acaso pretende su señoría que lo reciba con alfombra roja? ¿O quizás desea que baje a limpiarle los zapatos?

—Está demasiado borracho para presentarse ante usted, señor.

—En ese caso, ¿por qué lo traes aquí? ¿Para que sus compañeros sientan lástima de él?

—Porque es lo que me ha ordenado usted, señor.

—¿Pero tú qué tienes en la sesera? ¿Serrín? Si ese cabronazo es incapaz de mantenerse en pie, ¿para qué me lo traes aquí? ¿Es que no tienes en cuenta el buen nombre de la institución?

—Llamé a Slimane para decirle que...

—¿Era a mí a quien tenías que llamar! —aulló el comisario—. ¿Has cruzado toda la ciudad con ese inútil a tu lado?

Farid apretó las nalgas para contener las contracciones anales que notó apenas cruzó la entrada de la comisaría.

—Lo tumbé en el asiento trasero, señor. Salvo el policía de guardia en la entrada del aparcamiento, nadie ha visto a quién llevaba conmigo.

El comisario se lo quedó mirando un rato con desprecio antes de llamar por su interfono:

—Slimane, ve a ver en qué estado se encuentra el teniente Ikker.

—Ahora mismo, señor.

—¿Sabes dónde está?

—No, señor.

—Entonces, ¿a qué viene tanta presteza?... Está en el aparcamiento, en el coche del sargento Farid.

—Bien, señor.

El comisario se levantó para plantarse ante la ventana desde la que se veían los vehículos alineados. Vio cómo su secretario caminaba apresuradamente hacia un coche negro aparcado en un lugar aislado.

Slimane abrió la puerta trasera, introdujo medio cuerpo dentro, luego se reincorporó y se volvió hacia la ventana del tercer piso de la Central apartando los brazos para dar a entender a su superior que el teniente Ikker no estaba en condiciones para nada.

El comisario regresó a su mesa y se dejó caer en su sillón acolchado.

—¿Dónde lo encontraste?

Farid intentó fingir serenidad.

—Lo estuve buscando por todas partes, señor. En el hospital, en los bares, en los locales que suele frecuentar, pregunté a sus vecinos...

—¿Para qué me cuentas tu vida? ¿Crees que tengo tiempo que perder? Te he hecho una pregunta

clara: ¿dónde lo has encontrado?

Farid vio cómo le temblaban sus sudorosas manos y se las llevó a la espalda.

—En un hotelito, cerca del puerto viejo, señor.

—Una casa de putas, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Entonces, di «en una casa de putas». ¿Acaso estás intentando minimizar el hundimiento de tu jefe?

El comisario disfrutaba acorralando sin compasión a sus subordinados. Era su manera de sentirse plenamente consciente de la dimensión de su autoridad. Concedió diez segundos al sargento para que tragase saliva antes de volver a la carga.

—¿Y qué pintaba un respetable teniente de la policía en un puticlub de mierda?

—No lo sé, señor. Me lo encontré completamente colocado. Y lo sigue estando. Necesité ayuda para ducharlo, vestirlo y luego meterlo en el coche.

—¿Su mujer ha regresado?

—Pienso que no, señor.

—No te pido que pienses.

—Ayer me pasé por la vivienda del teniente. Las persianas estaban bajadas. Hoy no me ha dado tiempo a comprobarlo. Una prostituta reconoció al teniente en la foto y me dijo que lo había visto en el hotel... de citas donde trabaja.

En ese momento entró en el despacho Slimane Rachgoune, secretario del comisario.

—Está borracho como una cuba —dijo llevándose una mano a la boca como para suavizar sus palabras—. Está claro que se trata de una crisis depresiva. En mi opinión, hay que ingresarlo urgentemente en un centro especializado.

—¿Y quién va a pagar el tratamiento? —estalló el comisario—. La dirección no se va a gastar un céntimo en ese marica. Este año han reducido el presupuesto del ministerio, y tenemos la obligación de apretarnos el cinturón. Si hasta yo he decidido renunciar a mis pequeños privilegios, todo el mundo debe hacer lo mismo.

Renunciar a sus privilegios, se dijo Farid. Menudo sacrificio... El señor lleva una vida de capitoste; los ricachones le hacen regalos fabulosos; los mandamases lo untan a diario; posee un velero, dos chalés, un cochazo de lujo del tamaño de un yate, y tiene el morro de presumir de austeridad.

Slimane alisó su bigote de filibustero para reflexionar.

—De todos modos, jefe, el teniente necesita cuidados inmediatos. Propongo que lo pongamos en manos del doctor El Fassi.

—¿Quién es ese doctor El Fassi?

—Un amigo. Un buen hombre. Dirige una clínica privada a cuatro kilómetros de Tánger, en el monte. Un lugar agradable y discreto. En cuanto a los gastos, me las arreglaré con él.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Tiene un asunto pendiente en Gobernación. Una mera solicitud de ampliación inmobiliaria. Pero necesita que le echen un cable.

Siempre en su patética posición de firmes, el sargento lamentaba verse mezclado, a su pesar, en temas que no le incumbían. Si bien el comisario lo aterrorizaba, Slimane le inspiraba una profunda aversión. Y eso que al principio habían estado muy unidos. El sargento recordaba perfectamente el

día en que un joven gafotas con cara de tonto llegó a Tánger, hacía de eso diez años. Conducía un viejo Renault con los parachoques destartados y unos neumáticos toscamente recauchutados. En aquella época, Slimane era un ser insignificante que caminaba con el cuerpo encogido y la cabeza gacha. Era un pobre diablo al que Farid protegió y albergó en su casa durante las primeras semanas. El comisario lo colocó en los archivos, una vía muerta donde el novato se habría pasado la vida tascando el freno hasta la jubilación anticipada de no haber sido bilingüe y muy culto. Harto ya de los informes chapuceros de su anterior secretario, el comisario, que andaba buscando un buen plumífero, se percató de que Slimane hacía estupendos malabarismos con los giros lingüísticos y con palabras que solo se encontraban en viejos diccionarios de tapas mohosas. Lo puso bajo su protección y le encomendó la gestión de los informes confidenciales. Slimane no tardó en darse cuenta de que eso de los escrúpulos era para los tontos. Se apasionó por el dinero fácil y se dedicó a todo tipo de chanchullos con la bendición de su jefe. Le propusieron apuntarse a varios cursillos que le habrían permitido ascender, pero los rechazó todos. No necesitaba galones ni promociones. Estaba muy a gusto en su cuchitril de secretario, perfectamente acoplado a su papel de araña en la sombra, con un dedo puesto en cada rapiña y en parte de cada pastel.

—Bueno —dijo el comisario echando una ojeada a su reloj—, tengo otros asuntos que atender. Apaños con ese tarado de Ikker. Llama a tu médico y dile que le mandamos de inmediato un pendejo. En cuanto a ti, Farid, cuando hayas soltado a tu jefe en la clínica, pásate por su casa para ver si ha regresado Sarah. Quiero que me llames apenas haya soltado sus maletas delante de su puerta.

Dicho esto, hizo girar su asiento y se puso a marcar un número en su móvil.

## 2.

Slimane Rachgoune creyó estar oyendo una fuga de agua antes de darse cuenta de que se trataba de las vibraciones de su móvil. Tendió instintivamente el brazo hacia la mesilla de noche, buscó a tientas en la oscuridad, volcó el despertador y por fin consiguió dar con el aparato.

—¿Señor Rachgoune? —preguntó una voz de mujer.

—Joder, ¿qué hora es? —masculló aún medio dormido.

—Las 7:42, señor.

—¿Quién eres tú?

—El doctor Feriel, señor.

—Ni idea. ¿Por qué me despiertas tan de mañana un día festivo?

—El doctor El Fassi me pidió que lo llamara cuando el teniente Ikker se hubiese despertado.

—Podrías haber esperado hasta las diez, o las doce, o hasta mañana... No estamos en estado de alerta.

—Me limito a cumplir con lo que me mandan, señor.

Slimane presionó un mando a distancia para levantar la persiana de la ventana. Una luz intensa invadió la habitación. Fuera, un cielo límpido anunciaba uno de esos días resplandecientes tan propios de Tánger.

—¿Cómo se encuentra el teniente?

—Algo aturdido, pero tranquilo.

—¿Ha dicho algo?

—Que tiene hambre.

—Muy bien. Que se harte de comer, pero no lo pierda de vista. No permita que salga de la clínica. Si se pasa de rosca, póngale una inyección. Si ni siquiera así se calma, dele con un extintor en la cabeza.

—¿Me está hablando en serio, señor?

—Intente dejarlo salir y comprobará si le estoy hablando o no en serio.

Colgó con sequedad.

Slimane se preparó una tortilla que engulló de pie en la cocina, luego se duchó antes de ponerse un chándal y unas deportivas de un blanco inmaculado. A continuación dedicó un buen cuarto de hora a peinarse ante el espejo y a dedicarse sonrisitas mientras admiraba el Rolex que llevaba en la muñeca. Ya con sus gafas de sol y su gorra de béisbol puestas, sacó su coche deportivo de la cochera y condujo a toda pastilla hacia la salida de la ciudad. Cuando alcanzó la cumbre de una colina, aparcó y se apeó. Estirándose al sol, contempló a lo lejos la ciudad reluciente al sol, el puerto viejo que parecía estar haciendo burlas a Gibraltar. De repente, Tánger le pareció tan imponente como un Olimpo y se prometió para sus adentros convertirse algún día en su dios todopoderoso.

El doctor El Fassi iba y venía ante el puesto de control de su clínica. Al reconocer el bólido amarillo de Slimane en la entrada, hizo una señal al guarda para que abriera la verja y esperó tranquilamente a que el secretario particular del comisario Baaz aparcara sus 370 caballos en el patio para dirigirse hacia él. Secó sus cuidadas manos sobre su bata y tomó con febril obsequiosidad el par de dedos que el visitante le tendió.

—No pensaba encontrarte en la clínica un día festivo como hoy —le dijo Slimane.

—No me permitiría ausentarme sabiendo que me ibas a honrar con tu visita.

Slimane alzó la mirada al cielo para seguir el vuelo de un ave rapaz, luego la dirigió hacia el arbolado que rodeaba la clínica y aspiró con ansia el aire de las alturas.

—Te bastaría con subir un peldaño más para sentarte en las rodillas del Señor.

—No hay mejor lugar para recobrar la salud, ¿no te parece? Lejos del follón de la ciudad y de la contaminación. Si se me concede mi solicitud de ampliación, haré construir un sanatorio en esta zona y pistas de tenis junto a este bosquecillo.

Slimane captó perfectamente la indirecta.

Sacó de su bolsillo una pitillera plateada y cogió un cigarrillo. El doctor le tendió un mechero reluciente.

—Qué bonito es —admitió el secretario.

—Es de oro macizo.

—Debe de costar una fortuna.

—No más que tu sonrisa, amigo mío. Toma, te lo regalo.

Slimane, fingiendo rechazar el mechero, opuso una mano confusa, no lo bastante firme como para disuadir al médico de insistir.

—Por favor, no lo puedo aceptar.

—Quédatele, por favor. Me hace ilusión regalártelo.

—¿Estás seguro?

—¡Y tanto!

Slimane dio varias vueltas al mechero entre sus dedos y luego se detuvo un par de segundos en la inscripción que llevaba en la tapa.

—Aquí está tu nombre grabado.

—Así te acordarás de mí cada vez que enciendas un pitillo.

—Pues vale, si tanto lo deseas.

—Lo deseo *más que nada*.

Con gesto de prestidigitador, Slimane hizo desaparecer el mechero en uno de sus bolsillos y dio con desenvoltura unas cuantas caladas a su Camel.

—¿Cómo se encuentra nuestro teniente?

—Bien. Se ha hartado de comer, luego le hemos dado un sedante.

—¿Estaba alterado?

—Un poco. Exigió que le trajeran un whisky. Le explicamos que su estado no se lo permitía. Se puso a amenazar a las enfermeras. El médico de guardia se vio obligado a llamar a los miembros de seguridad.

Entraron en el despacho del doctor El Fassi, un santuario digno de un príncipe catari. Las paredes estaban tapizadas de diplomas y de fotos del amo del lugar posando con dignatarios del régimen jerifiano, riendo a carcajadas con estrellas de Hollywood de paso por Marrakech o

dando un brioso apretón de manos al profesor Lagoubi, el cirujano más prestigioso del reino. Pero nada de ese folclore rimbombante impresionaba lo más mínimo al supuestamente humilde secretario de la Comisaría Central. Slimane se conocía al dedillo el archivo explosivo de su huésped. Y El Fassi no lo ignoraba. Nuestro apuesto médico no había acabado sus estudios de medicina. Al no haber sido capaz de aprobar un solo módulo en tres años de facultad en Casablanca, el estudiante El Fassi se había matriculado en una oscura universidad cairota donde los títulos se negociaban con descuento. Hijo de un promotor adinerado, al joven El Fassi no le costó nada conseguir los certificados que necesitaba con, como guinda del pastel, unas menciones honoríficas que ni el *hacker* más avezado sería capaz de encontrar en la red. Como su papá tenía muy buenas relaciones en las altas esferas, consiguió comprar veinte hectáreas de tierra cultivable en un lugar de ensueño para que su retoño montara su famosa clínica.

En la clínica El Baraka —o sea «bendición» en árabe— se practicaban todas las operaciones quirúrgicas posibles y se trataba todo tipo de enfermedades. Todo muy legal. Prueba de ello era que el propio gobernador acudía allí para sus hemorroides.

—¿Un café? —propuso el médico.

—Estupendo.

El Fassi llamó a un ordenanza, que acudió antes de que su jefe hubiese acabado de apretar el botón, agarrando con ambas manos una bandeja repleta de golosinas crujientes.

—¿Qué ha sido de tu antiguo sirviente?

—¿Mourad?

—Aquel chaval tan guapete que llevaba un *piercing* en la nariz.

—Sí, Mourad, efectivamente... Murió.

—¡No me digas!

—Pues sí, desgraciadamente. Se ahogó intentando llegar a España. Al parecer, la canoa hinchable se desinfló en altamar. La corriente arrastró a cinco de los ocho pasajeros. El cuerpo de Mourad apareció en las redes de un barco pesquero, medio devorado por los peces.

—¡Menudo estropicio! —deploró Slimane—. Me caía bien ese chaval. ¿Por qué quiso irse a Europa? Que yo sepa, pagas bien a tu personal.

—Son cosas que ocurren, amigo mío.

Slimane se bebió el café de un trago, apenas tocó los pistachos y rogó a su huésped que lo llevara ante el teniente.

En el pasillo que llevaba a la zona de los pacientes «alterados», se cruzaron con dos enfermeras cuyos tipazos quedaban evidenciados bajo sus batas azules. Slimane se las quedó mirando por encima del hombro.

—Déjalo, Slimane, que esta es una clínica seria.

—No sabía que fueras mariquita, cariño.

El médico soltó una risita que sonaba más falsa que una campanada de iglesia en tierra de islam. Como vástago de la vieja burguesía conservadora, odiaba las groserías. Si por él fuera, reharía sus abluciones cada vez que tenía que tratar con un maleducado como Slimane, pero aquel secretario de poca monta controlaba informes sobre todos los notables de Tánger; más valía tenerlo de aliado, aunque hubiera que aguantarlo, antes que como enemigo.

Slimane sabía que el hijo de papá no soportaba el lenguaje obsceno de la gentuza. Si abusaba de él, no era por campechanía sino porque, como hijo de un jardinero muerto de hambre, había

tenido que tragarse vejaciones y humillaciones durante buena parte de su vida; de ahí que odiara a muerte a todos los herederos de alcurnia. La crudeza de sus palabras era su propia manera de vengarse de la altivez de sus antiguos amos y sus crueles retoños. Ahora que las tornas habían cambiado, disfrutaba siendo grosero con los ricos que notaba a punto de reventar de indignación y cuyo estoicismo de ajusticiados consentidos le infundía una sensación de impunidad cercana al orgasmo.

Se detuvieron ante un ventanal que daba a la habitación en que Driss estaba durmiendo, enchufado a un aparato sofisticado. Slimane frunció el ceño al ver al sargento Farid sentado en una silla, al lado del teniente. Una ira repentina le abrasó la cara.

—¿Qué hace ahí ese cretino?

—No se ha separado un minuto de él desde que nos lo trajo —contestó El Fassi—. Me preguntó si podía pasar la noche junto a su compañero. Por mí no había inconveniente.

Haciéndole señales con un dedo, Slimane ordenó al sargento que saliera al pasillo. Farid obedeció sin darse prisa.

—¿El jefe está al corriente? —preguntó Slimane.

—Hoy es día festivo y no estoy de guardia —le contestó el sargento con voz sorda.

—¿Y estás festejando algo aquí?

—Estoy cuidando de un amigo.

Slimane echó la cabeza atrás soltando una risa que sonó a disparo de semiautomática.

—¿Conque estás cuidando de un amigo? ¿Acaso eres médico? ¿Enfermero? ¿O es que temes que detengan a tu protegido mientras está durmiendo?

—El teniente necesita que se esté pendiente de él en estos momentos difíciles.

—¡Enternecedor! ¿Piensas ejercer de madre mucho tiempo?

—Ya no tiene edad para eso.

—Pero sí para que lo tengas cogidito de la mano mientras está sobando... ¿Se puede saber qué tiene él que no tengan los demás compañeros con los que tanto te cuesta tratar?

—No tengo nada contra los demás.

—No eches balones fuera, amiguete.

—Digamos que siento una debilidad por los polis íntegros, y el teniente Ikker los encarna a todos. Es valiente, honrado, competente. No hace trampas, no abusa de su autoridad y no se dedica a joder a la gente.

Slimane meneó la cabeza, cada vez más cabreado por el descaro del sargento.

—Pues mira, te vas a largar ahora mismito de aquí y a perderte sin darte la vuelta si no quieres que el jefe se mee encima de ti. En esta clínica sobran enfermeras para hacerse cargo de tu poli *íntegro*.

Farid se dio la vuelta. Slimane lo siguió hasta el aparcamiento para verlo salir de la clínica.

—Menuda cagarruta de rata —farfulló encendiéndose un pitillo.

—Lo siento si he infringido alguna regla —salmodió el doctor El Fassi.

—No vamos a discutir por un don nadie —lo tranquilizó Slimane—. He venido hasta aquí para asegurarme de que el teniente está en buenas manos. No tengo muy claro lo que le ocurre, si tiene una depresión o si solo está haciendo el gilipollas. Llevábamos una semana sin saber nada de él. Por un momento creí que se había quitado la vida.

—Ya, pero nadie me ha explicado nada de nada, Slimane. ¿Por qué me lo has mandado? ¿Para una desintoxicación, para...?

—Lo único que te pido es que lo tengas contigo hasta que espabile del todo. No está detenido, no es un drogata, no se le puede reprochar nada profesionalmente, pero como es imprevisible, no me parece prudente dejarlo a solas consigo mismo.

—De acuerdo, pero eso sigue sin aclararme por qué lo tengo aquí. ¿Qué debo hacer con él? ¿Cuál es su problema? ¿Se trata de un *shock* emocional, de un tropezón en el camino, del fracaso de una misión? Necesito saber de qué va el asunto.

Slimane aplastó su cigarrillo con la suela del zapato y expulsó la última calada hacia el cielo.

Dijo:

—Han violado a su mujer.

### 3.

El teniente Alal Jay agarró al vigilante nocturno por la nuca y le aplastó la cara contra el espejo sin azogue.

—Es él, ¿no es así?

A través del cristal se veía a un hombre esposado sentado en una silla metálica, con el rostro ensangrentado y el ojo derecho oculto tras un enorme edema violáceo.

—No estoy seguro —farfulló el vigilante nocturno.

—No me fastidies.

—Estaba muy oscuro.

—Escúchame bien —lo amenazó Alal—. Nadie te ha puesto un cuchillo en el cuello. El inspector Brik te ha preguntado si no notaste nada raro la noche en que la señora Ikker fue agredida en su casa, y has dicho que viste a un individuo cuya descripción se corresponde con la del que está ahí dentro, corriendo por la calle.

—Es cierto, pero no estoy seguro de que sea él.

—Ni mucho menos te has equivocado. Dijiste que el tipo era calvo, y Arslène lo es. Dijiste que cojeaba, Arslène cojea. Solo hay un delincuente habitual en Tánger cuya descripción se corresponda con la que has hecho del agresor, y ese es Arslène Lebben, el ladrón de viviendas más cretino del reino.

—No le vi bien la cara. Tampoco he dicho que fuera calvo. He dicho que o bien era calvo o bien llevaba una gorra.

—¿Qué pasa contigo hoy? Das la impresión de estar en una zapatería sin saber qué zapato elegir.

—No es eso.

—¿Temes algo?

—Sí, temo equivocarme.

El teniente le volvió a aplastar la frente contra el cristal.

—No te me pongas en plan santurrón, pedazo de capullo. No te puede remorder la conciencia ya que nunca has sabido qué es eso. Si quien te asusta es ese golfo, no tienes nada que temer. No sabe quién lo ha denunciado y te prometo que no vas a tener un careo con él. Confirmas tu declaración y vuelves a tu casa. Nadie volverá a molestarte.

El vigilante nocturno, un anciano escuálido cuya chilaba de lana basta le sobraba por todas partes, miró largamente al sospechoso antes de negar con la cabeza:

—No me perdonaría que lo ejecutaran por mi culpa.

—Te garantizo que no lo van a ahorcar ni fusilar.

—¿Por qué le habéis zurrado de esa manera?

—Si está aquí es por tu culpa. Si ya no estás tan seguro, le curaremos las heridas y lo mandaremos a casa de su madre. Pero antes, tendrás que presentarle tus excusas de viva voz.

—¿Pero es que no veis cómo lo habéis puesto? Jamás me lo perdonaría.

—Tendrá que saber que nos indujiste a error. No irás a creer que le hemos dado esa paliza solo para practicar... Marruecos es un Estado de derecho. Y nosotros somos la policía, al servicio del pueblo. ¿Qué crees que diría la prensa si se enterara de que hemos descalabrado sin motivo a un pobre infeliz para cerrar un caso sin resolver? Ya sabes que Amnistía Internacional nos tiene en el punto de mira.

El anciano pidió que le dieran de beber.

—Esto no es una cantina —le dijo Alal.

Con las piernas trémulas, el vigilante nocturno buscó un asiento a su alrededor. No había ni banqueta ni taburete en la sala en la que cuatro agentes barrigudos lucían unas jetas de sabuesos estreñidos.

—Si nos has estado tomando el pelo, no pienses que te vas a ir de rositas —lo avisó uno de ellos—. Nos hemos pasado de rosca con el sospechoso.

—Así es —añadió el más achaparrado de los cuatro—, ese pobre diablo tiene al menos tres costillas fisuradas y la nariz rota. Personalmente, no me atrevería a mirar a la cara a mis chiquillos si el sospechoso resultara ser inocente.

—Yo tampoco —dijo el más gordo asiendo su cinturón con saña—. No somos verdugos, nos limitamos a hacer nuestro trabajo.

—Como nos hayas mentido —prometió el cuarto agente hundiendo un dedo índice en la mejilla del vigilante nocturno—, tú pasarás a ser el sospechoso. Y luego, después de que te hayamos inflado a hostias, te denunciaremos ante el juez por denuncia calumniosa con graves consecuencias para un inocente.

El anciano estaba empapado en sudor bajo su chilaba. Miró uno a uno a los cuatro agentes, que le parecieron feos y peligrosos, se volvió hacia el teniente, impenetrable como una momia, y volvió a mirar al sospechoso.

—No tenemos todo el día —lo apremió el teniente.

El vigilante se pasó varias veces la mano por su rostro arrugado, miró hacia la lámpara de rejilla del techo y, agachándose con la espalda pegada a la pared, soltó con voz temblorosa:

—Creo que es él.

—¿Lo crees o estás seguro?

—Es él —jadeó el hombre, a punto de derrumbarse del todo.

—¡Ves cómo tampoco es para tanto!

Envuelto en un albornoz para convalecientes, el teniente Driss Ikker estaba en el jardín, tomando el fresco en una hamaca. Hacía buen tiempo, un sol primaveral relucía en el cielo y una leve brisa removía suavemente el follaje circundante. Driss parecía encontrarse mejor después de tres días en la clínica. Desde entonces no había probado una gota de alcohol. Sin duda, eso no lo libraba de sus pesadillas nocturnas, pero el tratamiento que le inyectaban lo ayudaba a dormir hasta bien avanzada la mañana.

Estaba fumando su primer pitillo del día cuando un paciente se le acercó a hurtadillas. Llevaba un pijama azul, del mismo color que las zapatillas, uniforme de los internados en el bloque C, destinado a los depresivos.

—¿Me das una calada? —le pidió llevándose dos dedos a la boca para ilustrar su mono de

nicotina.

El teniente le tendió el paquete.

—Solo una calada —precisó el paciente.

—Pues enciéndete un pitillo, dale una calada y luego lo apagas.

—No me gusta despilfarrar.

El teniente le tendió su cigarrillo, que el paciente se puso de inmediato a chupetear con avidez hasta llegar al filtro.

—Creía que solo querías darle una calada.

—Es para no despilfarrar.

El paciente arrojó la colilla al suelo y se la quedó mirando mientras acababa de consumirse, como si estuviera asistiendo a un truco de magia. Sus grandes orejas despegadas se le movían solas, cómicamente.

—El pitillo ha fenecido —decretó al apagarse el cigarrillo.

El teniente Ikker prefirió contemplar el bosque que se extendía hacia arriba por una cresta.

—¿Es verdad que eres un oficial de la policía?

Al no obtener respuesta, el paciente empezó a rascarse frenéticamente una verruga que tenía en la barbilla.

—Yo también he sido poli, no vayas a creer... Sé de qué va el rollo...

—...

—Con tal de hacer algo, me dedicaba a atrapar moscas en botellas, allá en Sidi Brahim. Ni siquiera la muerte sabe dónde se encuentra ese pueblucho perdido en el desierto. Mi superior, el sargento primero Jouad, llevaba siete años esperando a que lo jubilaran, pero no había manera. Ni carta ni notas de servicio. Ni la menor inspección de rutina. Ya podríamos habernos volatilizado que nadie se habría dado cuenta. Sidi Brahim ni siquiera aparece en los mapas. Puede que, al fin y al cabo, se trate del más allá...

—...

—Allí se aburrían hasta los cuervos y los perros. El sargento y yo teníamos que mantenernos ocupados para no volvernos majaras. Acabamos viendo disidentes por todas partes. Basta con que leas un periódico para convertirte en sospechoso. Tienes una antena parabólica en casa y eres sospechoso. No juegas al dominó en el café y eres sospechoso. Teníamos un montón de informes amañados sobre la gente. Como a la jerarquía le importaba un bledo, ya no sabíamos qué más hacer.

Echó una mirada prudente a su alrededor y añadió en voz baja:

—Una mañana, estábamos de brazos cruzados en el puesto de policía cuando el sargento, así, sin previo aviso, desenfundó su pistola y se pegó un tiro en la cabeza. Todavía hoy sigo sin entender por qué el sargento se mató de ese modo. Por qué se voló la tapa de los sesos delante de mí. Desde entonces, según el psicólogo, se me ha ido la olla. Aquí cuidan de mí, pero no consigo olvidar.

—Deja de molestar al señor —le ordenó un vigilante de seguridad surgido de la nada.

—No estoy molestando a nadie —protestó el paciente—. ¿Te estoy molestando, *mulay*? No estoy haciendo nada malo. Le cuento mi vida. A alguien tendré que contársela... Aquí nadie me hace caso.

—Basta ya, Mahmoud. Vuelve al bloque o no tendré más remedio que quejarme de ti al

comandante.

El paciente se incorporó a regañadientes y fue hacia un ala de la clínica refunfuñando y dando patadas al aire.

El vigilante de seguridad lo siguió con la mirada hasta que desapareció tras un seto de flores.

—¿Esto es un manicomio? —le preguntó Driss.

—No, señor, es una clínica privada... Tiene usted visita. Si no quiere que lo molesten, pediremos al visitante que vuelva otro día.

—¿Quién es?

—Un tal Farid. Dice que es urgente.

—Hazlo pasar.

—Está bien, señor.

El agente saludó militarmente y se eclipsó.

A los pocos minutos apareció el sargento Farid, rojo como un tomate.

—He tenido que montar un pollo para que me dejaran pasar. Ese cerdo de Slimane ha ordenado que nadie se le acerque.

—¿De qué urgencia se trata, Farid?

—Antes de nada, ¿cómo se encuentra usted?

—Mucho mejor... ¿Qué te trae por aquí a pesar de las medidas draconianas de Slimane?

—Han detenido al hijoputa que agredió a su esposa.

El teniente pegó un bote pero volvió de inmediato a caer sobre su asiento como un espantajo. Farid se dio cuenta de que tenía que haber sido más precavido; su superior no estaba tan repuesto como pretendía.

Cuando se fue Farid, el teniente se sintió presa de una especie de histeria. Quería irse enseguida de la clínica. El médico tuvo que darle un sedante. A primera hora del día siguiente, ya estaba Driss de pie aullando como un poseso. Se negaba a permanecer un minuto más en el establecimiento. El médico tuvo que recurrir a tres forzudos para neutralizarlo. No había quien lo controlara. Se liaba a puñetazos con quienes se atrevían a acercársele. Sus berridos resonaban por todos los pasillos, angustiando a enfermos y enfermeras. El equipo de guardia pidió ayuda al doctor El Fassi, que quedó aliviado al ver que solo se habían producido daños materiales, sin ningún herido:

—Teniente, pienso presentar una queja al señor Slimane por su deplorable conducta.

—Yo soy su superior.

—Por favor, regrese a su habitación. Ayer sufrió usted un *shock* emocional muy fuerte.

—Eso es por culpa de esas guarradas que me está usted inyectando. Quiero regresar a mi casa de inmediato. Y no vuelva a soltarme a sus matones.

—¿O sea que se niega a atender a razones? —clamó El Fassi, exasperado—. Allá usted. Firme un impreso de dispensación y podrá irse.

Cogió una carpeta de cartulina que una secretaria tenía en sus manos y se la tendió al oficial de policía.

—Mi personal es testigo. Hemos hecho todo lo posible para que se quede con nosotros, pero se niega rotundamente a seguir el tratamiento. Si le ocurre algo, o tiene usted una recaída, pida que lo ingresen en otro centro hospitalario. Quedo exento de toda responsabilidad en cuanto a lo que

le pueda ocurrir.

El Fassi ordenó a su personal que volviera a sus ocupaciones y acompañó al teniente hasta el aparcamiento, donde Farid lo estaba esperando en el coche.

No le dio la mano.

Cuando el vehículo del sargento se alejó, el doctor regresó a su oficina bufando con despecho: «¡Menudo alivio!».

## 4.

Arslène Lebben era un golfo reincidente al que los carceleros del reino consideraban ya un familiar, tal era la costumbre de tenerlo entre rejas. Ya podían soltarlo por la mañana que al atardecer volvía a estar enchironado. El hombre era así: no le cabía en la cabeza ver una ventana entreabierta sin intentar colarse por ella. Treintañero, padre de dos críos, se había tirado media vida en la cárcel. Pero, esta vez, las cosas parecían haberse puesto muy feas para él. Se le acusaba de haber agredido a la esposa de un oficial de policía. Había todo un abismo entre el castigo por robo y el que te podía caer por violación, y esta vez Arslène estaba pringado hasta las cejas. Solo quedaba de él una carcasa molida que el teniente Ikker descubrió con espanto en el sótano de un siniestro anexo de la Comisaría Central.

—Dejadme a solas con él —pidió Driss.

—Es peligroso —lo advirtió Alal—. Ha intentado desarmar a un guardia.

—No voy armado. Salid todos, por favor.

Alal esbozó una mueca. Tras echar una mirada despectiva a Driss, ordenó a sus subordinados que salieran del cuarto.

—Tú también, teniente.

—Te recuerdo que soy el encargado de la investigación —protestó Alal.

—Y yo el marido de la víctima.

Alal refunfuñó un par de segundos antes de salir con gesto de cabreo del cuartillo reservado para los interrogatorios duros.

Driss puso ambos codos sobre la mesa que lo separaba del sospechoso, juntó los dedos bajo la barbilla y se quedó mirando en silencio al torturado, que mantenía la cabeza gacha.

—Me dan ganas de arrancarte con las manos lo que te queda de pellejo...

Arslène se encogió de hombros:

—Me importa una mierda.

Su voz no pasaba de una exhalación.

—Asqueroso pajillero.

—No he hecho nada.

—¿Y crees que te vas a librar negándolo todo?

—¡Que te den!... Yo siempre he confesado cuando me han detenido. Soy un ladrón, no un violador. No tengo nada que ver en este asunto.

—Te han identificado sin error posible.

—Es un farol, y conmigo no funciona. Cuando la cago, lo reconozco sin que haya necesidad de darme una paliza. Siempre lo he asumido. Pero nunca confesaré lo que no he hecho.

—Alal te va a torturar hasta que ruegues que te rematen.

—Tendréis mi muerte sobre vuestra conciencia.

—¿Qué es la conciencia, chaval? Aquí nadie sabe de qué va eso.

El sospechoso se limpió la nariz con la manga. Finalmente, alzó los ojos hacia Driss; su mirada estuvo a punto de partir el corazón al teniente.

—¿Por qué no vais a preguntarle a mi tío dónde estaba yo aquella noche, eh? ¿Por qué no contrastáis vuestras informaciones en vez de machacar a un inocente?

—Tenemos un testigo.

—Yo también tengo testigos. La noche del 8 al 9 de abril estaba en el dispensario Er-Rahma. Mi hijo pequeño tenía cuarenta de fiebre. Veía arañas por todas partes. Yo no podía estar en otra parte mientras mi hijo deliraba. Mi tío estaba conmigo. Fue él quien nos llevó a toda prisa al dispensario. También están la enfermera y el médico. Se quedaron junto al crío hasta la madrugada. Ellos pueden demostrar que estaba con ellos.

—Lo hemos comprobado —dijo Alal entrando en el cuarto—. Les hemos enseñado tu foto y dicen que nunca te han visto.

—Mentiroso. La enfermera es prima mía. Tiene el mismo apellido que yo... Vuestro testigo dice que me vio huir en un coche. No tengo coche. Ni siquiera tengo carné de conducir.

—No dijo que tú condujeras.

—Entonces es que tengo un cómplice. ¿Dónde está?... No voy a dejar que me endoséis esta historia... Soy un ladrón y nunca he puesto los pies en una casa sin asegurarme antes de que no haya nadie dentro.

La presencia de Alal indisponía a Driss. No le gustaban ni sus métodos ni el sonido de su voz. Sabía que era un incompetente, obtuso y expeditivo, capaz de enviar a un sospechoso al cadalso con tal de volver cuanto antes a sus trapicheos.

Se levantó.

—¿Ya has acabado con él? —fingió extrañarse Alal.

—Tengo claustrofobia —ironizó Driss.

Antes de irse, echó una última ojeada al sospechoso y dijo al teniente encargado de la investigación:

—Intenta usar menos la matraca y recuerda que tienes una cabeza para pensar.

—Conozco mi oficio —replicó Alal.

—Pero no conoces tus límites.

El sargento Farid estaba fumando al volante de su vehículo. Cuando vio a Driss salir de la comisaría, apagó la colilla en el cenicero y arrancó el motor. El teniente se sentó a su lado con gesto cansado y cara de asco.

—¿Qué?

—¿Cómo que qué?

—¿Has visto al sospechoso?

—Más bien lo que queda de él.

—¿Ha confesado?

—No... Vayamos al dispensario Er-Rahma.

La pequeña enfermería Er-Rahma se hallaba al fondo de una calle sin salida, en el viejo barrio de Ibn Battuta que unos artistas intentaban adecentar pintando al fresco las fachadas de las casas con

el fin de atemperar el urbanismo salvaje que estaba asfixiando la ciudad. Las callejas estaban atestadas de mocosos. Un alboroto festivo saturaba el espacio mientras unos vendedores ambulantes anegados en sudor se apresuraban a regresar a sus almacenes haciendo eslálones apabullantes.

Farid se hizo polvo la mano con el claxon para abrirse paso entre el gentío.

Driss saludó de pasada a un vendedor de babuchas que se irguió de repente haciendo grandes señales con los brazos como si estuviera despidiendo a todo un contingente a punto de salir para la guerra.

Farid encontró donde aparcar y se apresuró a rodear su coche por la parte delantera para abrir la portezuela de su pasajero, que estaba bloqueada desde el interior. Antes de dirigirse al dispensario, Driss pidió un vaso de agua perfumada con aceite de enebro a un aguador que agitaba unas campanillas para anunciarse ante los transeúntes.

La enfermera, la señorita Lebben, fue categórica. Su primo Arslène había pasado la señalada noche junto a su hijo, aquejado de una fiebre fortísima.

—¿Estás segura de que fue la noche del 8 al 9 de abril?

—Completamente segura. Era fin de semana y yo estaba de guardia. Arslène y mi padre llegaron hacia medianoche con el pequeño Saíd. Estuvieron aquí hasta el amanecer, sentados en este banco del pasillo. El doctor Brahim se lo confirmará.

—¿Dónde está?

—Ha salido a comprarse un bocadillo.

—¿Ha venido la policía a hacerles preguntas?

—No, nadie ha venido a interrogarnos... Mire, ahí viene el doctor Brahim. Pregúntele a él.

El doctor Brahim recordaba perfectamente haber estado atendiendo al pequeño Saíd la noche del 8 al 9 de abril, desde medianoche hasta las cuatro de la mañana. Conocía a Arslène por haberlo atendido varias veces en su consulta. Por lo demás, certificó que ningún policía había acudido a interrogarlo.

—Escuche —soltó el vigilante nocturno con un suspiro que evidenciaba su hartura—, como mi jefe se entere de que la policía ha vuelto a acosarme, me va a echar a la calle. He declarado que aquella noche vi a un hombre correr hacia un coche aparcado allá abajo, al final de la calle. Me es imposible decirle si tenía la cabeza rapada o si era calvo. Cojeaba, eso es seguro. Era alto y delgado.

—¿Y eso te ha bastado para identificar al sospechoso? —gritó Farid.

—Yo no he identificado a nadie. Me llevaron a comisaría para enseñarme a una persona a la que jamás había visto en mi vida. El teniente me dijo que el único delincuente habitual que respondía a la descripción que yo había dado a la policía era el pobre desgraciado que estaba sangrando tras el cristal, delante de mí. Le han dado tal paliza que todavía me siento culpable por ello. Dije que no estaba seguro. No pararon de presionarme.

—¿Lo viste huir en un coche?

—Dije que vi a alguien huir en un coche.

—¿Qué tipo de coche?

—Estaba aparcado demasiado lejos.

—¿Por qué lado se subió el fugitivo?

—Por el lado del conductor.

—¿Había alguien más dentro?

—Eso no podía verlo desde aquí.

Driss, que hasta entonces había estado escuchando sin intervenir, carraspeó como si acabara de despertar de un profundo sueño. Meneó la cabeza, deslizó la mirada por la fachada del bonito chalé y, tras dar un momento de respiro al anciano, le preguntó:

—¿Qué hora era?

—Alrededor de las dos de la mañana.

—¿Puedes ser más preciso?

—Recuerdo que el reloj de pared del salón había sonado dos veces unos minutos antes.

—¿Y tú dónde estabas?

—Ahí, en el porche. Estaba fumando.

—¿Y desde aquí oíste sonar el reloj?

—Sí, señor.

—¿Y fue en ese instante cuando viste correr al hombre?

—Sí, señor.

—¿Desde el porche tienes el suficiente ángulo de visión para seguir viendo al fugitivo hasta el final de la calle?

—No, bajé hasta la verja. Quería saber por qué corría o si lo estaban persiguiendo.

—¿Qué pasó antes?

—¿Es decir?

—Exactamente lo que quiere decir. Estabas fumando en el porche hacia las dos de la mañana. Oyes a alguien correr. Y antes, ¿qué había pasado?

—Nada. Tranquilidad absoluta.

—¿No oíste un coche subir o bajar la calle algo menos de media hora antes?

—No.

—¿Porque estabas dentro de la casa?

—No tengo derecho a entrar en la casa cuando mi patrón está fuera.

—O sea que pasaste toda la noche en el porche.

—Eso es.

—¿Y no viste pasar ningún coche entre la una y media y las dos?

—No, señor.

—¿Estás seguro?

—Completamente, señor.

Drissladeó la cabeza estirando los labios hacia atrás.

El anciano comprendió que el teniente había detectado un fallo en su declaración. Miró con cara de pánico a Farid, cuya mirada era impenetrable.

—Te voy a decir una cosa, buen hombre —lo acorraló Driss—. Lo más probable es que estuvieras roncando en el porche entre la una y las dos de la mañana. Porque justo antes de las dos yo mismo subí la calle en mi coche para regresar a mi casa.

El vigilante nocturno alzó las manos para calmar al teniente.

—Es verdad, estuve dormitando. Pero juro que me despertaron los dos toques del reloj de pared.

—Lo mismo fueron tres o cuatro.

—No, porque no me volví a dormir. Y vi a alguien bajar la calle corriendo. Me acerqué a la verja para ver lo que pasaba y vi al hombre ese meterse en un coche y salir disparado. Lo juro por el Corán. No tenía ningún motivo para inventarme esta historia. Hoy no estarían atormentándome. Solo he dicho a la policía lo que he visto. Lo juro, lo juro, lo juro...

Driss lo amenazó con el dedo.

—El falso testimonio también es un delito grave, o sea que ándate con cuidado.

—Juro por la vida de mis hijos que estoy diciendo la verdad.

Driss volvió al coche y ordenó a Farid que lo llevara a casa.

Cuando llegaron ante la vivienda rodeada por una tapia agrietada, Driss no se atrevió a apearse del vehículo. Se quedó un largo rato mirando las persianas bajadas, la puerta, que parecía contener todas las desgracias del mundo, el buzón lleno de publicidad. Respiró hondo y dijo con voz sorda:

—Llévame a un hotel.

—No vaya a volver a las andadas —objetó Farid—. ¿Qué piensa hacer en un hotel? ¿Acaso le han sabido a poco sus diez días de zozobra?

—Me sentiré mucho más infeliz en mi casa.

—Yo que usted iría a buscar a mi mujer en vez de ponerme hasta las patas.

—No estás en mi lugar. Además, ¿qué sabes tú de mujeres? —arguyó el teniente con tono enigmático.

Encendió un cigarrillo. Le temblaba la mano. Dio una profunda calada y luego soltó un hilo de humo:

—No desearía a nadie que se hallara en mi lugar.

Apretaba con saña las mandíbulas como si pretendiera masticar su propia cara.

Se volvió hacia el sargento con una extraña mueca en los labios y le dio un leve cachete en la mejilla, condescendiente.

—Las mujeres son un misterio abisal, candoroso simplón. Cuanto más crees entenderlas, menos lo consigues.

—Mire las cosas de frente, jefe. Podía haber sido peor. Se suponía que pasaba usted el fin de semana en Casablanca. Imagínese lo que el ladrón hubiera hecho con su esposa de no haber regresado antes de lo previsto. Su mujer está viva gracias a usted. Dios quiso que regresara antes aquella noche. Ahora está esperando que coja su coche y vaya en su busca. Seguramente estará consumiéndose en casa de sus padres, desconsolada y preocupada por usted.

—Dios no se entromete en temas de pareja, amigo. Así que métete en tus asuntos.

Farid no insistió. Había algo que no acababa de entender en las extrañas palabras del teniente. Parecía estar guardándose una verdad aún más abrumadora que la que todo el mundo creía conocer.

El teniente Alal estaba poniéndose tibio en un figón de la medina cuando su móvil se puso a vibrar en un bolsillo. Cuando leyó en la pantalla el nombre de su interlocutor, rugió:

—¡Quééé!

—Soy el inspector Brik.

—Ya lo sé, imbécil. ¿Qué pasa ahora? ¿Se ha muerto ya el sospechoso?

—Todo lo contrario, el teniente Driss lo acaba de soltar.

—¿Cómo?

Su aullido de animal electrocutado dejó de piedra a toda la clientela que almorzaba a su alrededor.

## 5.

Eran justo las doce del mediodía de aquel fatídico 8 de abril. El teniente Driss estaba saboreando una cerveza en la huertecita de su casa, esperando a que su mujer pusiera la mesa. Era un bonito día de fin de semana. Los pájaros revoloteaban en un cielo soleado que presumía de su esplendor como un guerrero de su medalla de héroe.

Aquella tarde, Sarah estaba invitada a una fiesta entre íntimos en casa de la cantante Wafa.

Driss tenía previsto pasar la velada en casa de su compañero Malik Bahri. Habría amigos, una barbacoa en la playa y ganas de pasarlo bien. El teniente estaba pensando en todo ello cuando Slimane Rachgoune lo llamó a su móvil:

—Siento molestarte un sábado, Driss. El jefe está invitado a la fiesta que da esta noche Muley Zarhoun en Casablanca, pero no puede ir por culpa de la ciática que lo tiene encamado. ¿No te importa ir tú en representación suya?

Toda la prensa marroquí hablaba de los esponsales de Lalla Nour, la hija pequeña de Muley Zarhoun. Allí iban a estar todos los mandamases del reino. Para el teniente Ikker, aquello era una oportunidad de codearse con lo más granado del país. Un encuentro con un ministro o un pez gordo podría impulsar su carrera.

Aceptó gustosamente ejercer de suplente.

—Perfecto —dijo Slimane—. Menudo peso me quitas de encima. No veía quién más podía representar dignamente al jefe. Llamo de inmediato al hotel Le Sebou para reservarte una habitación. Es un establecimiento estupendo que está a un paso de la sala Ez-Zouhour, donde tendrá lugar la ceremonia.

Driss estaba encantado.

Tras el almuerzo, que apenas probó por las prisas que tenía de viajar a Casablanca para ver de cerca a los grandes dignatarios del reino, se duchó y se puso su mejor traje, comprado en una lujosa boutique parisina. Mientras se estaba perfumando delante del espejo, Sarah se acurrucó contra su espalda y pasó sus brazos de hurí alrededor de su cintura.

—Llévame contigo.

—Imposible, amor mío. Las invitaciones son limitadas y yo no hago más que representar al jefe de la policía de Tánger.

—Por favor...

—Sabes perfectamente que no depende de mí. Si por mí fuera, te ofrecería el paraíso con todos sus ángeles dentro... Además, estás invitada a casa de la diva Wafa.

—Siempre puedo excusarme.

—No sería una buena idea.

Dejó de insistir.

—He metido tu traje azul, dos camisas, dos calzoncillos, calcetines, una corbata y tu bolsa de

aseo. ¿Quieres algo más?

—No, gracias. Con eso basta.

Se deslizó bajo su axila para colocarse delante de él, se puso de puntillas y lo besó con ternura en la boca.

—Amor, te voy a echar de menos.

—Ni siquiera te va a dar tiempo a notar mi ausencia, cielo. Mañana estaré de regreso a primera hora de la mañana.

Lo acompañó hasta la cochera, lo ayudó a meter el equipaje en el maletero, volvió a besarlo y, despidiéndose con la mano, se quedó viendo cómo se alejaba el coche.

Ikker llegó a Casablanca hacia las cinco y media de la tarde. Fue directamente al hotel Le Sebou. Mientras estaba registrándose en la recepción, alguien le puso una mano en el hombro. Era su suegro, Abderrahmane Chorafa, el inflexible director de la escuela de policía de Kenitra.

—¿Qué estás haciendo en Casablanca, chico?

—He venido para los esponsales de Lalla Nour.

—Pues yo también. ¿Cómo te las has arreglado para que te inviten? Conozco a un montón de peces gordos a quienes no han convidado.

—Sustituyo al comisario Rachid Baaz.

—Ya me lo imaginaba —miró su reloj—. Tengo cinco minutos por delante. ¿Te invito a un café?

—Se agradece.

Driss pidió a un botones que llevara su maleta a su habitación.

Su suegro lo llevó al bar del hotel, pidió un expreso para su yerno y un largo para él.

—Sarah me ha dicho que todo os va de maravilla en Tánger.

—Es verdad. El comisario Baaz nos mima.

—¿Cómo está ese viejo zorro?

—Muy bien. No para de hablar de usted. Le tiene auténtica veneración.

—Lo tuve bajo mi mando hace unos doce años. Era un chico un tanto especial, pero le tenía mucho aprecio. Tenía ambición y carácter. Un poli como Dios manda.

—Y él le corresponde. Dice que sin usted habría echado a perder su vida.

—Pues no exagera. Si no fuera por mí, ahora sería un vulgar burrero en cualquier zoco de su Essaouira natal. —Esperó a que el camarero colocara sobre la mesa las dos tazas de café y se retirara para proseguir—. Rachid estuvo a punto de caer. La cagó en serio. Muy, muy en serio. El consejo disciplinario iba a expulsarlo del cuerpo y hasta invalidarlo para todo tipo de función pública. Tuve que intervenir para salvarle el pellejo. Me las arreglé para tenerlo apartado hasta que se olvidaran de él, luego volví a encarrilarlo y a mí me debe estar al mando de la policía de Tánger.

—Ahora entiendo por qué nos privilegia tanto a Sarah y a mí.

El suegro miró su reloj, bebió su café y se excusó por tener que despedirse:

—Tengo que dejarte, Driss. Tengo cita con el ministro.

—No faltaba más.

—Nos vemos en la ceremonia.

Los esponsales de Lalla Nour empezaban a las ocho de la tarde. El teniente tenía tiempo por delante. Decidió echar una cabezada para estar en plena forma durante la fiesta. Subió a su habitación, se desnudó, colgó con esmero su traje y su camisa y se tumbó sobre la colcha. Activó el mando a distancia de la tele, bajó un poco el sonido y se dejó mecer por la voz de una locutora que estaba publicitando las maravillas de Agadir.

Unos rutilantes coches de alta gama iban soltando a sus excelsos pasajeros ante el patio cubierto de césped de la sala de fiestas en la que se aglutinaba la crema y nata del reino alauí. Personalidades, capitostes, celebridades y famosos locales hacían cola ante la entrada del santuario, unos rodeados de señoras lujosamente enjoyadas, otros pegados a jovencitas recién salidas de un desfile de modelos.

Driss se preguntó si su traje Cerutti era auténtico por la pinta de cateto endomingado que tenía entre tanto convidado prestigioso. Esperó con paciencia su turno en medio de la fila.

El señor con aspecto de sepulturero que controlaba la lista de invitados se echó las gafas a la frente y dijo, obsequioso pero con firmeza:

—Lo siento, no veo su nombre.

—Represento al comisario Rachid Baaz, comandante de la policía de Tánger. No ha podido venir.

—Las invitaciones son nominativas, señor.

—No estoy aquí por gusto y no me he recorrido medio país para que me den un portazo en las narices.

—Por favor, señor, hay gente esperando.

—Quiero ver a su jefe.

—¿Es usted sordo o qué? —le espetó un negro maqueado como un reyezuelo selvático—. Le están diciendo que las invitaciones son nominativas. No aparece usted en la lista, de modo que márchese de aquí. No vayamos a eternizarnos.

El «sepulturero» hizo una señal a dos gorilas apostados ante la verja. Driss prefirió retirarse. Regresó al hotel cabreadísimo, hizo la maleta y entregó la llave de su habitación a la recepcionista. Antes de meterse en su coche para regresar a Tánger, se pidió una copa de coñac en el bar para intentar aplacar la ira que lo consumía.

Llegó a su casa hacia las dos menos cuarto de la madrugada. Dejó su coche en la calle. La puerta de la cochera chirriaba demasiado y no quería despertar a su mujer. Abrió sin hacer ruido y dejó su maleta en el vestíbulo. Justo cuando se disponía a dejar sus llaves en el colgador, oyó un gemido ahogado. Sarah solía sofocarse mientras dormía, debido a sus alergias.

—Soy yo, cariño, he vuelto.

Subió la escalera aflojándose la corbata. La puerta del dormitorio estaba abierta. La lámpara de la mesilla de noche estaba encendida. Driss se quedó desconcertado al ver a su mujer totalmente desnuda, tumbada boca abajo en la cama. Tenía las manos atadas al cabecero, algo negro en la boca y una cinta de pelo tapándole los ojos. No le dio tiempo a entender, aún menos a reaccionar. Un violento golpe en la cabeza lo hizo caer sin sentido al suelo.

## 6.

—¿Qué diablos ha pasado aquí? —rugió el comisario golpeando con el puño un taco de folios.

Al entrar en el imponente despacho del comisario y ver al teniente Alal sentado en un sillón con el ceño fruncido y al secretario Slimane de pie junto a la ventana con los brazos cruzados, Driss comprendió que le iban a echar una buena bronca. Pero estaba decidido a pelear. La desgracia que se le había venido encima esfumaba todos sus pequeños temores de subalterno. Habían violado a su mujer. Habían mancillado su honor. Nada en el mundo podía dolerle más.

Driss no se arredró cuando el comisario lo fulminó con la mirada.

—¿Es que ya no hay autoridad, o qué? ¿Qué significa esto? ¿Que todo te importa una mierda, que ahora vas de pasota por la vida?

Driss miró primero fijamente a Alal, que parecía estar disfrutando para sus adentros, y luego a Slimane, que fingía estar ahí por casualidad, antes de volverse hacia el jefe:

—¿Se me puede explicar qué está pasando? —preguntó.

—¿No estarás tomándome el pelo, teniente Ikker?

—En absoluto, señor.

—¿Quién te ha dado permiso para soltar al sospechoso?

—No tiene nada que ver en este asunto.

—Eso no es lo que opina el teniente Alal.

—Alal tiene menos cerebro que un mosquito. Su opinión no vale un pimiento. Lo que ha tramado con el vigilante nocturno tiene un nombre: se llama intimidación de testigos.

Alal se levantó de un bote.

—¿No te estarás aplicando más de la cuenta para demostrarnos que tienes un máster en derecho?

—¡Cierra el pico! —aulló el comisario.

Alal resopló como un penco, con el rostro repentinamente arrasado por tics y los puños vibrando de rabia.

—No tiene por qué hablar de mí de ese modo —se rebeló—. Pido permiso para regresar ahora mismo a mi puesto.

—Lárgate —le ordenó el comisario.

Alal echó una mirada tenebrosa a Driss y salió del despacho. Se le oyó dar un empujón a un agente en el pasillo.

—Tú también —dijo el comisario a Slimane—. Y cierra la puerta al salir.

El secretario obedeció.

El comisario se relajó un poco aunque sin dejar de poner cara de perro.

—¿Cómo se te ha ocurrido soltar al único sospechoso que teníamos a mano?

—No era el bueno.

—Estaba a punto de confesar.

—Habría confesado cualquier cosa bajo tortura. Alal se ha adjudicado al primer golfo que ha encontrado. Sin molestarse en comprobar sus informaciones. Yo sí las he comprobado. Tengo testigos que dan una versión muy distinta. La noche de la agresión, Arslène Lebben estaba en un dispensario con su tío y su hijo, que tenía cuarenta de fiebre. Alal ni siquiera se ha molestado en interrogar al médico ni a la enfermera que estuvieron atendiendo al chiquillo. Yo sí lo he hecho.

—Así y todo, no tenías por qué soltarlo de ese modo, por tu propia cuenta. Aquí el que manda soy yo. Las decisiones las tomo yo. Has actuado como si esto fuera un jolgorio donde cada cual hace lo que le viene en gana. Lisa y llanamente, has agraviado mi autoridad.

—No era esa mi intención.

El comisario se presionó las sienes con ambas manos antes de soltar:

—¿Qué van a pensar tus colegas si no te sanciono?

—Sancióneme.

—¿Acaso no me he portado bien contigo desde que te destinaron aquí?

—Extremadamente bien, señor, y le estoy muy agradecido.

—¿Acaso crees que tus compañeros no se han dado cuenta de ello?

—Sí se han dado cuenta.

—Entonces, ¿por qué me comprometes de ese modo?

—Solo quiero que me ponga al mando de la investigación.

—Imposible.

—¿Puedo saber por qué?

—Por el reglamento, y lo sabes perfectamente. La víctima es tu mujer. La carga emocional podría afectar a la buena marcha de la investigación.

—Con un inútil como Alal es como no tenemos posibilidades de resolver el caso. Parece no darse cuenta de la gravedad de la situación. Para él, se trata de un suceso como otro cualquiera. Como no hay sintonía entre nosotros, no se siente obligado a hacer un esfuerzo.

—¿Y tú qué sabes? Todavía no estás repuesto de tus borracheras.

—Seguro que el agresor ha dejado alguna huella dactilar y su ADN en mi casa. Mi mujer estaba esposada, amordazada y con los ojos tapados con una cinta de pelo. ¿Adónde han ido a parar esas pruebas? Las he visto con mis propios ojos. ¿Cómo han podido desaparecer?

—Puede que el agresor se las llevara consigo.

—Pongamos que sí. Pero no podía llevárselo todo. Seguro que ha dejado huellas de su fechoría. ¿Qué puñetas hace la policía científica?

—¿Qué quieres que haga? Tu suegro pasó a buscar a su hija al hospital a primera hora de la mañana y tú te habías volatilizado. Tampoco íbamos a echar abajo la puerta de tu casa.

—Cuando recuperé el conocimiento, había todo un equipo a mi alrededor. ¿Qué han descubierto? Además, ¿quién avisó a la policía? Mi mujer y yo estábamos inconscientes cuando los primeros efectivos se presentaron en mi casa.

—Tú mismo llamaste a la Comisaría Central, Driss.

—Esa supuesta llamada no ha quedado registrada en mi móvil.

—Usaste el teléfono de tu casa.

—¿Y cómo es posible que no lo recuerde?

—Es muy normal. Te dieron un golpe muy fuerte en la cabeza. Debiste de recobrar el sentido durante unos segundos, momento que aprovechaste para llamar a comisaría, y luego volviste a

desmayarte. Lo ha confirmado el telefonista.

Driss ya no lo escuchaba.

Contempló vagamente el retrato del rey por encima de la cabeza del comisario y luego, tras recobrar cierta acuidad visual, preguntó:

—¿Qué dice el médico forense?

—Como puedes imaginar, es lo primero en que pensamos. Pero no hay restos de esperma. El agresor utilizó preservativos. Pero confía en mí, lo pillaremos. Yo mismo le cortaré la polla con mi cortapuros.

El comisario rodeó su mesa y puso sus manos sobre los hombros de Driss.

—Siéntate, por favor. Sigues en estado de *shock*. Debiste permanecer unos días más en la clínica. Te debates entre la ira y la impotencia, y con eso no haces más que perjudicarte. Sé cuánto quieres a tu mujer, pero no es destrozándote aún más como vas a ayudarnos a atrapar al cabrón que nos ha jodido a todos, a Sarah, a su padre, a su familia, a ti y a mí. No te imaginas la vergüenza por la que estoy pasando todavía, Driss. No me he atrevido a reunirme con el señor Chorafa en el hospital donde ingresaron a su hija. Ha hecho tanto por mí... Me indigna que hayan agredido a su hija en mi circunscripción. Si la tierra se hubiera abierto aquella mañana, me habría arrojado por el agujero. Sarah es como una hija para mí. Te prometo que voy a hacer lo indecible para atrapar al perro que se atrevió a ponerle la mano encima.

—No es la impresión que tengo.

—He asignado al caso a mis mejores hombres. Alal es un poli eficaz...

—¡Menudo pedazo de inútil!

—No lo subestimes. Es un tanto caótico, pero siempre acaba resolviendo los casos. Solo llevas unos pocos meses en Tánger. Alal ha nacido aquí. Se conoce la ciudad como la palma de la mano y te puede decir de memoria, uno tras otro, los nombres de todos los golfos locales, cada uno con su especialidad, sus escondrijos y su modo de operar. Ya sé que no lo tragas pero, por una vez, haz el favor de contenerte. Y, sobre todo, no pierdas la calma.

Obligó a Driss a sentarse en el sillón donde un momento antes estuvo el teniente Alal, volvió a sentarse a su mesa, sacó de un cajón una botella de whisky, se sirvió un vaso y ofreció otro a su subordinado.

—Tómame una copa. Te ayudará a serenarte.

Bebieron unos tragos en silencio.

—Estás pasando por un trance muy duro —admitió el comisario—. Tienes que cuidarte un poco, cambiar de aires. ¿Qué te parece si te doy una semana de permiso?...

—No lo necesito.

—Pero yo sí. Ya estoy harto de verte con esa cara de perros. Me tienes amargado... Vas a volver tranquilamente a tu casa, darte una buena ducha y coger el coche para recoger a tu mujer en Kenitra. Por lo que me cuenta su padre, a quien llamé esta mañana, no se encuentra nada bien. Una mujer violada se siente como un cadáver podrido que no consigue apagarse de tanto arder por dentro. Haces mal en dejarla a solas con su dolor. Reúnete con ella. Demuéstrale que la quieres. Ayúdala a recuperarse. Llévatela a alguna parte y olvidaos del mundo.

El teniente Alal no había vuelto a su puesto, tal como había dado a entender en el despacho del comisario. Estaba esperando a Driss en el aparcamiento de la comisaría con la cara descompuesta

de rabia.

—¿Qué estuviste insinuando antes, delante del jefe?

—Ya sabemos que eres duro de mollera, pero creo que me he explicado con claridad, ¿no te parece?

—¿Acaso me has abierto el cráneo para contar mis neuronas, sabihondo? ¿Quién te crees que eres? Por mucha corbata que lleves, no dejas de ser un cateto. Todavía apesta al corral de cabras donde te criaste con el pastor de tu padre... En inteligencia no me llegas al tobillo. Yo soy el mejor poli del reino.

—Demuéstralo, gilipollas. Ahora, apártate porque tu sucia boca apesta más que un dragón de Komodo.

Driss empujó al teniente contra la garita del puesto de control y se dirigió hacia su coche.

—Voy a hacer que te tragues tus palabras a patadas en el culo, enchufado de mierda —le gritó Alal—. Puede que caigas bien al comisario, pero conmigo lo tienes claro.

—Claro que sí, capullo.

Driss se metió en el coche y salió del aparcamiento a toda pastilla. No habría dudado en atropellar a Alal si no se hubiera apartado justo antes.

El comisario lo vio todo desde la ventana de su despacho.

—¿Por qué no lo destinas a otra parte, jefe? —le sugirió Slimane—. Solo lleva aquí unos meses y cree que puede hacer lo que le da la gana. Además, te falta al respeto delante de todos nosotros.

El comisario encendió un puro cubano con un mechero de oro macizo en cuya tapa estaba grabado el apellido de un tal El Fassi.

Echó el humo a la cara de su secretario y dijo:

—Es yerno de alguien a quien tengo mucho aprecio. Si no fuera por eso, le asaría los huevos en una parrilla para enseñarle a comportarse.

Driss llamó por teléfono a Farid para pedirle que acudiera a su casa. Cuando llegó, ya estaba el sargento ante su puerta.

El teniente le dio largas un buen rato antes de decidirse a entrar. Tenía el estómago agarrotado y el corazón acelerado. Era como si estuviera entrando en el antro del Diablo.

Farid tuvo que darle un leve empujón para que cruzara la puerta.

El vestíbulo estaba envuelto en una penumbra insana.

Driss quiso retroceder, pero su subordinado le cortaba el paso.

—Tengo ganas de vomitar.

—Esto es duro —reconoció Farid—, pero ya se irá acostumbrando.

Inspeccionaron detenidamente el vestíbulo, luego la planta baja, la cocina. Todos los utensilios estaban colocados en su sitio. El fregadero estaba reluciente; el lavavajillas, vacío. Driss examinó las ventanas y contraventanas, todas cerradas con pestillo. No había cristal roto en el lavadero. Fue a la cochera y vio que la puerta no estaba cerrada con llave.

—¿Cree que el agresor pudo entrar por aquí? —preguntó Farid.

Driss no contestó.

Subieron al piso. Nada sospechoso en el rellano.

A Driss se le acrecentó el malestar ante la puerta abierta del dormitorio.

—¿Se encuentra bien, teniente?

Driss solo oía los latidos de sus venas en las sienes. Respiró hondo, soltó el aire, apretó los dientes y entró en el cuarto. Las huellas de violencia saltaban a la vista. En la entrada, una silla volcada junto al tocador, una pantalla desprendida de su lámpara colgaba al pie de una mesilla de noche, la colcha estaba hecha una bola a un lado del colchón, el vestido de noche y la ropa interior de Sarah estaban dispersos por el suelo. Daba la impresión de que el intruso había intentado maquillar la escena de su fechoría, aunque sin mucha presencia de ánimo, constató Driss. Todos los cajones estaban cerrados. En el ropero, sus trajes y la ropa de Sarah estaban colgados de sus perchas, los zapatos cuidadosamente alineados en la parte de abajo; no faltaba una sola corbata. Sobre el tocador, cada objeto estaba en su sitio, los pendientes de Sarah, sus pulseras Messika, sus anillos y su reloj Cartier, su bolsito Vuitton, el estuche de maquillaje.

—¿Esto es suyo, teniente?

Farid tenía un gemelo en la palma de la mano. Era una joya de metal blanco engastado con brillantes y una piedra verde en medio. Driss lo cogió y lo miró desde todos los ángulos, seguro de haberlo visto en alguna parte, pero imposible recordar dónde. Dijo con voz repentinamente vacilante:

—Sí, es mío. ¿Dónde lo has encontrado?

—Debajo del tocador.

Se guardó el gemelo en un bolsillo y prosiguió con su inspección. Se inclinó sobre un vaso que había en la mesilla de noche y vio un residuo lechoso reseco en el fondo.

—¿Conoces a alguien fiable en el laboratorio?

—Claro que sí —dijo Farid.

—Envuelve con cuidado este vaso. Quiero saber qué es este fondo blanco.

Siguieron buscando. Al no encontrar nada interesante, regresaron a la cochera para asegurarse de que la cerradura de la puerta no había sido forzada; no lo estaba.

—El intruso entró seguramente por aquí —insistió Farid.

—Puede ser. Normalmente me encargo yo de cerrar esta puerta con llave. Sarah debió de olvidar hacerlo cuando me marché a Casablanca... Pero el agresor salió por la puerta de entrada, si no ¿cómo se explica que el equipo de intervención la encontrara abierta?

—Lógico.

—Pide al del laboratorio que me dé a mí directamente el resultado del análisis y que no informe de ello a la comisaría.

—Tiene la obligación de cumplir con el procedimiento.

—No esta vez.

—Vamos a ver, quien lleva la investigación es Alal. No se va a alegrar cuando se entere de que lo está puenteando.

—Que se joda. Ese fanfarrón no da un paso adelante. Ni siquiera es capaz de tomar una huella dactilar de una cinta adhesiva.

A Farid no le hacía la menor gracia infringir el reglamento.

—Hay chivatos por todas partes, teniente —lo previno.

—Limitate a dar con el analista adecuado y dile que es algo estrictamente personal. Cuando tengas los resultados, llévatelos a tu casa.

—¿A mi casa? —dijo tragando saliva.

—Voy a estar fuera una semana.  
Farid frunció el ceño.  
El teniente lo tranquilizó:  
—Voy a buscar a mi mujer.  
Farid suspiró hondamente.  
—Ya iba siendo hora...

## 7.

Abderrahmane Chorafa estaba dando instrucciones a sus colaboradores más cercanos en la sala de reuniones de la escuela de policía. Al ver por la ventana al teniente Ikker apeándose de su vehículo, levantó la sesión y se apresuró en recibir a su yerno en el patio de entrada de aquel templo de la Administración. Con las manos en las caderas, esperó a que Driss subiera los escalones del porche para acogerlo con los brazos abiertos.

—Por Dios, ¿dónde te habías metido?

—Eso me pregunto yo.

Al abrazar al teniente, el suegro se dio cuenta de que había adelgazado.

—Al menos estás entero. Algo es algo.

Subieron al despacho, en el piso de arriba. El secretario, siempre el mismo mamífero de mirada traicionera, se puso en posición de firmes. El director le ordenó que no permitiera que nadie les molestara.

—El señor Langri lleva ya un buen rato aguardando en la sala de espera.

—¿Tenía cita?

—No, señor.

—Entonces que se largue. Esto no es una casa de putas.

Empujó amablemente a su yerno dentro del despacho, le señaló un sillón y cerró la puerta.

—Estaba preocupadísimo por ti.

—Lo lamento de veras.

Colgó su chaqueta del perchero y sentó sus posaderas frente a él.

—¿Estás bien?

—Te confieso que no lo tengo muy claro.

—Pues vas a tener que reaccionar, hijo.

—No es fácil.

Abderrahmane le sirvió una taza de café.

—¿Te apetecen unas galletas?

—No, gracias.

—Las ha hecho El Hajja.

Driss negó con la cabeza. Bebió un trago de café, le supo amargo y cogió un terrón de azúcar de un cuenco de porcelana.

—Menudo susto nos has dado —le reprochó su suegro—. ¡Mira que desaparecer de ese modo, sin avisar ni dar señales de vida!...

—No salí de Tánger.

—¿Y quién podía saberlo? Tenías el contestador del móvil conectado. No sabíamos dónde te habías metido ni cómo localizarte. Al pobre comisario Baaz lo tenía atosigado. Él mismo estaba angustiado.

—Ignoro lo que me ha ocurrido.

Abderrahmane levantó el mentón de su yerno con un dedo paternal.

—Un hombre tiene que encarar las cosas tal como vienen.

—Es muy duro.

—En eso estamos de acuerdo, pero tampoco apruebo tu reacción. Te recuerdo que soy el padre de la víctima. Estaba tan enfurecido como tú, pero mantuve la serenidad. —Cogió el teléfono—. Voy a avisar a Sarah de que estás aquí.

—No, quiero darle la sorpresa.

—Está muy afectada.

—Me lo puedo imaginar.

—Tu desaparición no ha hecho sino agravar su estado de *shock*. ¿Te das cuenta de lo que habría ocurrido de no haber regresado aquella noche antes de lo previsto?

—Por favor, no quiero hablar de ello.

—Lo entiendo —dijo el suegro posando el auricular—. Doy gracias a Dios por haber impedido que ocurriera lo peor. Sarah está bendecida. Otra no habría tenido su suerte. Baaz me ha prometido detener al intruso y encargarse de que le caiga la pena máxima.

En Tánger, hasta el último mono conocía el caso con todo detalle; en cambio, Abderrahmane Chorafa no daba la impresión de estar al tanto de lo que había ocurrido realmente la noche del 8 al 9 de abril. Puede que no le contaran que su hija había sido «violada», si no, un hombre con su pundonor y su temple no estaría dando gracias a Dios.

La llamada del muecín se expandió por toda la ciudad, dispersando una bandada de pájaros alrededor del minarete. Kenitra salía de su siesta digestiva con su indolencia legendaria. Todavía faltaba mucho para el verano, pero ya se estaba asfixiando bajo el polvo. De ahí a un rato, a la salida de las mezquitas, las callejas iban a conectar de nuevo con el tráfigo de sus zocos y el alboroto de la chiquillería.

Driss aceleró para llegar al chalé de Abderrahmane Chorafa antes de que se desplegara por la plaza el barullo de vendedores ambulantes, colegiales y paseantes.

—Te has saltado un stop —le señaló su suegro.

—No lo he visto.

A Driss no le gustaba Kenitra. Para él, era una ciudad rural achicharrada por el sol, al igual que sus *chibanis*, sus eternos viejitos. Por mucho *lifting* que se hiciera, no conseguía disimular su fisonomía de pueblo aburrido a más no poder. De la ciudad solo conservaba recuerdos escolares, que poco tenían de alegres, y de fines de semana tan frustrantes como castigos cuartelarios. Un lugar donde vivió durante un periodo de prácticas y tocó fondo tantas veces, y por tanto del que se esfumó en cuanto pudo.

—Detente en la carnicería, ahí a la derecha. Esta noche vamos a hacer una buena barbacoa para conjurar el mal de ojo. Desde lo de Sarah, en casa todo el mundo está deprimido.

—No pienso quedarme a cenar.

—¿Por qué?

—He venido a buscar a mi mujer para llevármela a un lugar tranquilo y *olvidarnos del mundo*.

—Podéis iros mañana.

—Le agradezco la invitación, pero necesito estar a solas con mi mujer.

—El Hajja se va a disgustar.

—Estoy seguro de que lo entenderá.

—Lástima... Me habría gustado pasar un rato contigo. Pero no voy a insistir si consideras que es lo mejor para tu mujer y para ti.

—Nos veremos pronto, se lo prometo.

Ammi Laoufi, un viejo criado que Abderrahmane Chorafa alojaba en su casa, tardó una eternidad en abrir la verja del chalé. No tuvo ninguna reacción al ver a Driss en la entrada, se inclinó obsequiosamente ante su jefe y se acercó cojeando al coche aparcado en la acera.

—No hace falta —le dijo Chorafa—. No hay nada en el maletero.

El sirviente asintió con la cabeza y volvió a su tarea, fantasmal como una sombra.

El Hajja, la suegra, se llevó las manos a las sienes.

—Por fin apareces —amonestó a su yerno—. ¿Dónde te habías metido? La diabetes se me ha disparado desde que desapareciste.

—Se lo he dicho —añadió el suegro.

El Hajja dio cuatro besos sonoros a su yerno, lo abrazó con fuerza y retrocedió para verlo mejor.

—¡Qué mal aspecto tienes, hijo!

—¿Dónde está Sarah?

—En su habitación.

—No —dijo una sirvienta—, está en el jardín.

Driss fue hacia el jardín, en la parte trasera de la casa. El Hajja se dispuso a acompañarlo, pero su marido la retuvo por el brazo.

—Quiere estar a solas con su mujer.

Driss recorrió un sendero largo bordeado de rosales, provocando a su paso los ladridos de un perro encerrado en una jaula. Ammi Laoufi, que estaba reparando una valla, le señaló la dirección con un leve movimiento de la barbilla.

Sentada en un banco a la sombra de un algarrobo, Sarah se diluía en su melancolía. No se volvió al oír los pasos acercarse.

Driss se detuvo a pocos metros de su mujer, con las piernas repentinamente temblando. No tuvo fuerzas para seguir adelante.

Sorprendida por el silencio que acababa de abatirse sobre el jardín, Sarah giró lentamente la cabeza. Se sobresaltó al descubrir a su marido de pie tras ella. De pronto, los ojos se le anegaron en lágrimas.

—¿Qué nos está ocurriendo? —gimió.

—Todo se arreglará.

## 8.

En Marruecos, cuando se procede de un sector social desfavorecido, la única manera de evitar que lo traten a uno a patadas es hacerse magistrado o policía.

En el instituto, Driss Ikker soñaba con ser fiscal.

Nacido en una aldea de los montes altos del Rif, de padre cabrero y madre bestia de carga, el pequeño Driss se negaba a acabar de pastor como sus hermanos mayores, que tenían el rostro curtido por los vientos gélidos del Jebel Tidirhine. Cada mañana, al amanecer, ya lloviera o nevara, recorría kilómetros para llegar a su escuela, situada en un pueblo monte abajo. Llegaba a su destino medio muerto de frío, con el calzado empapado de agua y el uniforme escolar embarrado. Pero aguantó el tipo, consciente de que solo el éxito en sus estudios podría cambiar su vida. Aún no soñaba con la toga de magistrado, pero ya odiaba el uniforme de los polis por culpa del sargento Rogui, que trataba a los campesinos como un señor medieval a sus siervos. Un día, cansado de que lo putearan, Ikker padre decidió ir a la ciudad para denunciar ante las autoridades locales las tropelías del sátrapa uniformado que, en vez de velar por el orden público como era su deber, se dedicaba a extorsionar sin el menor escrúpulo a los pobres. El bumerán le golpeó de vuelta en plena cara. Ikker hijo estaba haciendo autostop para ir al colegio cuando lo detuvieron por ebriedad en la vía pública. Lo tuvieron encerrado siete días con sus noches en un calabozo lleno de cucarachas, solo para que su progenitor se enterara de una vez de que quien toca a un poli, sea honrado o corrupto, atenta contra todas las instituciones alauíes.

En el transcurso de su arbitraria detención, Ikker se juró no volver a permitir que un cabrón lo tratara como si fuera un felpudo.

Una vez licenciado en Derecho, llamó sin éxito a todas las puertas. Luego, un notario corrupto hasta la médula se dignó a contratarlo a prueba. Lo tuvo dos años con un sueldo de miseria. Muy a su pesar, Driss fue durante todo aquel tiempo cómplice de un sinfín de fraudes. Aquello no era lo que deseaba para su vida. En el Rif, como la valía de un hombre se asienta exclusivamente en su honra, se enseña a los hijos a ser valientes y dignos para que su indignancia se perciba como una condición social y no como una naturaleza.

Driss se puso a buscar un empleo en los tribunales antes de constatar que el enchufe y el nepotismo suplantaban escandalosamente a la competencia y a la honradez. Entonces le dio por probar suerte en el Instituto Real de la Policía de Kenitra. Aprobó por los pelos la prueba de acceso y solo fue admitido gracias a la baraka de sus padres.

Sus notas durante los dos primeros años de estudios fueron muy mediocres. El estudiante Ikker se las apañaba en el plano teórico, pero en la práctica era una nulidad. Sus instructores no veían nada claro su porvenir en el cuerpo. En realidad, poco le faltaba para verse devuelto a su aduar, donde se pasaría el día contemplando a los borricos revolcándose en el polvo.

Seis meses antes de acabar sus estudios, mientras se pasaba las noches imaginándose muerto de asco en esa localidad natal que apeataba a boñiga de cabra, lo invitaron a una fiesta de gala

que un magnate del *holding* industrial celebraba en su residencia. En el *riad* del potentado, adornado con guirnaldas y farolillos, la gente guapa brindaba por su prosperidad en un ambiente acogedor. Esa gente tenía mucha clase, sostenían sus vasos con elegancia y reían llevándose una mano a la boca. Driss, el cateto cohibido e incapaz de anudarse la corbata, sentía como si lo hubieran soltado en un universo ubicado en las antípodas del suyo. Acurrucado en su rincón, no paraba de mirar su reloj, ansioso por verse en su dormitorio, cuando una voz le pio al oído:

—No hay derecho a sentirse infeliz cuando se es un invitado de Hach Ghaffar.

Era Sarah, maravillosamente ceñida en un vestido blanco que resaltaba la firme redondez de sus caderas.

Sostenía una naranjada entre sus dedos de uñas pintadas; al sonreír le salían unos hoyuelos preciosos en las mejillas.

—Soy del interior del país —le dijo.

—Razón de más. Si ha venido de tan lejos para llegar a una de las casas más prestigiosas de Kenitra, nada le impedirá comerse el mundo.

Parecía salida de una novela de Truman Capote, con su mirada atrevida y su carisma de vestal.

—¿Tiene usted alguna relación con Hach Ghaffar?

—Solo soy compañero de dormitorio de su sobrino.

—¿Se dedica a los negocios?

—Estoy de prácticas en la escuela de policía.

Ella cogió al vuelo una copa de champán de la bandeja de un sirviente vestido como un eunuco abasida y se la ofreció al estudiante.

—La melancolía le sienta bien, joven, pero carga el ambiente.

—¿Eso cree usted?

—No solo lo creo, lo confirmo. ¿Tiene problemas en su escuela?

—¿Quién no los tiene en este mundo?

—¿Qué tipo de problemas?

—¿Qué más da?...

—Tengo muchas relaciones, ¿sabe?

Driss se llevó la copa a la boca para no contestar.

—¿Insubordinación?

—En eso no se me puede reprochar nada.

—Entonces, ¿qué?

—No quiero hablar de eso.

—Y yo no quiero ver triste a un chico guapo. Me da mucha lástima.

Chascó los dedos hacia un sirviente que zigzagueaba con una bandeja en la mano entre los invitados y eligió un canapé de caviar.

—¿La señora desea otra cosa? —le preguntó el camarero con voz impostada.

—Sí, que desaparezca de mi vista.

El hombre tragó saliva antes de perderse como una sombra abominada entre la multitud de bienaventurados.

A Driss no le hizo gracia.

—¿Le he resultado desagradable?

—Un poco, sí, la verdad.

—Entonces, si no quiere que lo traten durante toda su vida como a un lacayo, aprenda a no agachar nunca la cabeza. Yo nunca trato a nadie de ese modo. Solo estoy intentando que reaccione usted.

—Muy amable por su parte, señorita, pero su pedagogía deja mucho que desear.

Enarcó una ceja, divertida y sorprendida a partes iguales.

—¿Y si fuéramos a un lugar tranquilo para que usted me ayude a suavizar mis modales?

Sin esperar respuesta, empujó a Driss hasta una especie de pérgola, algo apartada, cubierta por buganvillas.

—¿De verdad no quiere decirme nada?

—No me gustaría darle un disgusto. Además, no sé quién es usted.

—¿No sabe quién soy?

—No.

Por supuesto, Driss estaba mintiendo. ¿Quién, en Kenitra, no conocía a Sarah Chorafa, la adorada hija de su papá, el inflexible director de la escuela de policía?

Ella vació su copa de dos o tres tragos y, con ojos achispados, volvió a la carga:

—Eso de obligar a una mujer a insistir no resulta muy galante.

—¿Qué quiere usted que le cuente, señorita?

—Sus problemillas en la escuela.

Para Driss, la providencia le estaba echando un cable; no se perdonaría en la vida no haber sabido aprovechar la oportunidad. Su madre siempre había rezado por él cuando, con un mendrugo de pan en el bolsillo y la cartera atada a la espalda, caminaba hacia el colegio en la oscuridad, bajo la lluvia y a veces con nieve hasta las rodillas.

—Al parecer, no tengo un buen nivel —acabó reconociendo.

—¿Acaso cree que aquí todo el mundo lo tiene?

—Cuando se está bien relacionado, no es necesario tenerlo —replicó Driss con ese tópico tan habitual entre los arribistas suertudos.

Sarah le cogió la barbilla y le dirigió la cara hacia un farolillo.

—¿Cómo se llama usted, joven?

—Driss Ikker.

—Es usted demasiado guapo para andarse con preocupaciones —le declaró antes de volver a reunirse con la crema y nata que banqueteara en el jardín.

Dos días después convocaron a Driss en el despacho del director. El secretario, un mamífero demacrado de mirada alevosa, le ordenó que esperara su turno en un cuartucho deprimente. Mientras el alumno Ikker se iba haciendo un montón de preguntas sobre la suerte que le esperaba, oyó al director despotricar. Su voz de paquidermo hacía vibrar las paredes:

—¡Haré que os cuelguen por los cojones!

—Pero, señor director, no tenemos nada que ver en este asunto —lloriqueaba una voz de falsete.

—Es verdad —confirmaba otro—. Latif y yo ni siquiera estábamos allí.

—Tú, cierra el pico —fulminó el director—. Cuando dos imbéciles van seguidos, el segundo se pone en infinitivo.

A Driss le dio un retortijón. Se sentía incómodo cada vez que cruzaba el umbral del templo

administrativo. Pidió un vaso de agua; no se lo dieron. Su sed se acrecentó cuando vio a dos alumnos salir hechos unos guiñapos del despacho del director.

El secretario le hizo una señal con la cabeza para que pasara al purgatorio.

Driss entró y se puso en posición de firme con el cuello hundido para amortiguar el impacto del cielo al caer sobre su cabeza.

Bajo el retrato del rey, el siguiente rótulo enmarcado con cristal: *Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me aborreció antes que a vosotros.*

Firmado: *Jesucristo.*

El director estaba mirando un informe, de pie detrás de su mesa de despacho. Y cuando el director se hallaba de pie tras su mesa de despacho, eso significaba que estaba muy cabreado. Driss creyó estar alucinando cuando vio al *mudir* sentarse y acomodarse en su trono.

—Ignoraba que fuera usted muy amigo de Sarah.

—¿Quién?

—¿No es usted el alumno de tercer curso Driss Ikker?

—Afirmativo, señor.

—Se vio usted con mi hija en una fiesta, antes de ayer, ¿no es así?

—¿Era su hija, señor director? —fingió Driss con toda la hipocresía de que era capaz—. Le aseguro que en ningún momento le he faltado al respeto.

—¿Quién ha dicho eso? Al contrario, le ha caído usted muy bien. Hasta diría que está bajo su hechizo.

¿Hechizo? ¿Qué hechizo? Cada vez que Ikker se sonreía ante un espejo, su reflejo le devolvía una mueca. Sin embargo, era guapo, con su barbilla partida y sus ojos azules que relucían como brillantes desde su metro setenta y tres de estatura.

El director volvió a mirar el informe, releyó las observaciones expeditivas de los instructores y se detuvo en las notas poco alentadoras de las principales asignaturas del programa. Luego se alisó la nariz con cara de preocupación y refunfuñó:

—No va a ser fácil enderezar esto.

Esa misma tarde, Sarah lo llamó por teléfono para invitarle a un restaurante en Mehdia, un pequeño puerto pesquero, ideal para los amoríos de estreno, a pocos kilómetros de Kenitra. Driss no intentó averiguar cómo había conseguido su número de móvil la hija del director. Una estrella parecía estar brillando para él y no pensaba quedarse mirando el dedo que se la señalaba. Se puso su traje más lustroso y pasó por el puesto de policía para recoger el permiso excepcional que el oficial de guardia tenía que entregarle.

Sarah lo estaba esperando fuera del cuartel, al volante de un descapotable blanco.

El restaurante era agradable. El cocinero, que conocía a Sarah, los atiborró de pescado fresco y de mariscos que se derretían en la boca. Después de la cena, Sarah se llevó a su protegido a la playa y, sentados en lo alto de una duna frente al mar estremecido, hablaron de Al-Mutanabbi y de literatura. Sarah elogió a sus autores favoritos y luego, como Driss nunca había salido de Marruecos, ensalzó París, Viena, Ámsterdam y Roma, así como otras ciudades europeas que había visitado, antes de pasar al tema del príncipe encantado que echaba de menos en un país en el que

los hombres solo pensaban echar un polvo antes de esfumarse.

Sarah no creía en las fases de exploración. Por mucho que hubiera viajado por medio mundo y gozado de los placeres terrenales, era soltera con treinta años. En Marruecos, haya nacido con una cuchara de plata en la boca o con una albarda en la espalda, toda soltera es objeto de burla, cuando no de desprecio. Sarah tenía tres años más que Driss, pero este no tenía el mismo punto de vista.

—Tiene usted que estar preguntándose qué tipo de mujer soy para ir tan rápidamente al grano, ¿no es así, señor Ikker? Pues no tengo tanta prisa como parece. Muy al contrario, si he esperado hasta tener unas cuantas canas para decidirme es porque me tomo mi tiempo. Pero cuando he tomado una decisión, voy directa al grano. Quiero formar una familia.

Se volvió hacia Driss y lo miró fijamente a los ojos.

—Llevo más de un año observándolo. Por supuesto, de lejos, pero muy atentamente. Es usted la única persona que me ha hecho sentir algo.

Driss estaba asombrado. No sabía qué decir ni qué pensar.

—Relájese, por favor. No lo estoy poniendo entre la espada y la pared. Solo le estoy confesando que siento interés por usted.

—Me pilla usted desprevenido, señorita. No sé qué hacer.

—No haga nada por ahora. Le pido que aprenda a conocerme un poco más. Si tiene planes con otra persona, la próxima vez que le llame por teléfono cuelgue cuando suene por segunda vez. Le prometo que dejaré de importunarle y, para demostrarle que no soy rencorosa, obligaré a mi padre a que le consiga a usted su título de oficial.

Sarah llevó al estudiante Ikker a su cuartel y regresó a su casa, convencida de haber sacado el número de la suerte.

En cuanto a Driss, aquella noche no pegó ojo. Se mantuvo en vela hasta la mañana siguiente, sopesando los pros y los contras: Sarah era guapa, rica y tenía carácter. Su padre era un hombre influyente en el ámbito de la policía. Siendo hijo de cabrero, desnortado en un mundo donde todo iba y venía tan velozmente, no podía dejar pasar una oportunidad como esa.

Tres días después, cuando reconoció la llamada de Sarah en la pantalla de su móvil, contestó antes de que sonara por segunda vez.

Sarah y Driss salieron unas cuantas veces juntos, primero intentando no ser vistos, luego abiertamente.

Tres meses antes de haber acabado el curso, ya estaban casados.

Para bendecir esa unión, y para estupor general, el estudiante Ikker fue declarado primero de su promoción y destinado a Fez, la ciudad de origen de su familia política. Al cabo de un año, ya estaba harto. Siempre había gente en su casa: las primas de Sarah, sus tías, su madre, parientes lejanos, antiguas compañeras del colegio, su niñera con pinta de madrastra, y todos los días aparecía sin avisar algún tío o amistad para defender la causa de un socio o amigo implicado en un asunto escabroso. El teniente Ikker estaba harto de tener que cerrar los ojos ante tal o cual infracción o de exculpar a auténticos canallas. Por otro lado, se aburría como una ostra en aquella ciudad burguesa en la que no ocurría gran cosa. Al ser yerno de Abderrahmane Chorafa, uno de los nombres más reverenciados de la ciudad, Driss no podía siquiera emborracharse en un garito clandestino sin arriesgarse a cubrir de oprobio a su familia política, que durante siglos había dado

imames, exégetas y eruditos.

Cuando no pudo más, pidió que lo destinaran a otra parte.

Su suegro le propuso varias plazas. Driss no tenía más que poner el dedo sobre el mapa y el lugar que indicara le sería asignado oficialmente. Optó por Salé. Allí no permaneció más de tres años por culpa de los nuevos ricos, que no hacían más que hablar de coches de lujo, de bellas turistas calentonas y de veladas con mucho alcohol. A Sarah tampoco le gustaba Salé. Había demasiadas mujeres ricas, casadas con oficiales de mayor rango que su marido, que la miraban por encima del hombro y solo la invitaban para darle envidia.

Driss necesitaba acción. Quería meterse en la boca del lobo, ir tras algún peligroso asesino en serie, capturar a un capo de la droga, resolver un crimen complejo; o sea, buscaba subidones de adrenalina y artículos de prensa que relataran sus proezas de inspector fuera de serie, con su foto en primera plana.

Su suegro le prometió hacer valer su influencia en las altas esferas. Lo hizo de inmediato y le bastó dar una palmada para que Sarah y su marido fueran a parar a Casablanca. Pero ahí también el teniente Ikker tardó poco en desengañarse. Su equipo habría desmoralizado a un autor de novelas policiacas. Una vez por trimestre, se abalanzaba de improviso sobre las zonas rojas de Bousbir o de Hay El Kebir, arrestaba sobre la marcha a todo el que pillaba en su camino y regresaba a su puesto para separar el trigo de la cizaña.

Driss no estaba orgulloso de su trabajo. Y Sarah, que seguía sin conseguir quedarse embarazada, empezaba a deprimirse. Se puso a consumir antidepresivos y a consultar a todo ginecólogo y charlatán que pillara en busca de un tratamiento o de un elixir capaz de convertirla en madre. Por ello, cada vez que tenía una menstruación, se sumía en una espantosa depresión.

—¿Por qué no os vais a Tánger? —les sugirió la madre de Sarah una de las veces en que visitó a su hija—. Allí tenemos casa y un montón de amigos.

—Ya he abusado demasiado de mi suegro —dijo Driss con tono falsamente apurado, pues en realidad estaba deseando largarse cuanto antes de una ciudad voraz que lo tenía atomizado—. Va a acabar pensando que me aprovecho de su generosidad.

—¿Acaso crees que se andan con remilgos todos esos chupópteros que están día y noche revoloteando a su alrededor? Sarah necesita cambiar de aires. Casablanca es demasiado ruidosa y contaminante para ella. El cosmopolitismo de esta ciudad no es nada adecuado para la vida de mis hijos. Mi hija procede de una gran familia. Su sitio está entre los grandes. No se ha educado en un apartamento, y el que tenéis ahora no es digno de ella. Sarah aprendió a correr en el jardín de nuestro *riad* de Fez, rodeada de sirvientas y de arbustos floridos. En Tánger volverá a estar en su elemento una vez que os hayáis instalado en la preciosa casa que tenemos allá.

—Estoy de acuerdo —dijo Sarah.

La madre llamó de inmediato a su esposo.

Dos meses más tarde, Sarah y Driss estaban en Tánger. El teniente reconoció que su suegra no había exagerado: la segunda residencia de los Chorafa tenía poco que envidiar a los palacios de Salé.

Como toda la gente de su Rif natal, Driss era supersticioso. Creía en las señales y a menudo tomaba sus sueños por premoniciones. Cuando se presentó en la Comisaría Central de Tánger y la vio vacía, tuvo un mal presentimiento. Aparte de unos cuantos agentes deambulando por los

pasillos, no había ningún oficial para recibirlo. Decidió regresar a su casa y volver por la tarde. Justo cuando se disponía a dar media vuelta, un sargento se presentó ante él.

—¿Es usted el teniente Ikker?

—El mismo...

El sargento le tendió la mano:

—Sargento Farid. Tengo orden de enseñarle su despacho.

Le rogó que lo siguiera al primer piso.

—¿Qué ocurre? Cualquiera diría que se están mudando.

—Uno de nuestros tenientes se ha suicidado —explicó el sargento—. La mayoría del personal está en el cementerio para el entierro.

El mal presentimiento de Driss se avivó.

—¿Por qué se ha suicidado?

—Solo Dios lo sabe. El teniente Athman era una buena persona, muy profesional y prudente. Nada en su comportamiento hacía suponer una tragedia como esta. Hace apenas una semana, me estuvo hablando de su próximo viaje a La Meca. Y ayer lo encontraron en la playa. Se había pegado un tiro en la cabeza.

—¿Están seguros de que se ha suicidado?

—Había gente en la playa. Todos han dicho lo mismo: el teniente Athman aparcó su coche frente al mar, puso el cañón de su arma reglamentaria contra su sien y apretó el gatillo. El motor del coche seguía girando cuando llegó la primera patrulla.

—¡Dios mío!

El sargento introdujo al recién llegado en un cuartucho que daba al patio trasero de la comisaría. En el suelo había una caja de cartón llena de objetos.

—Son las cosas del pobre Athman.

—¡O sea que, para colmo, aquí era donde trabajaba! —exclamó Driss con un nudo en la garganta.

Tantas coincidencias invalidan la casualidad, pensó. Una comisaría vacía, un entierro a modo de recibimiento y la asignación del despacho del suicida no auguraban nada bueno.

—No tiene por qué ocuparlo hoy. Primero entregaremos la caja de cartón a la viuda, archivaremos el papeleo que hay en las estanterías y, dentro de dos o tres días, podrá usted instalarse tranquilamente.

Driss vio un marco de madera dentro de la caja y lo cogió. Era el retrato de una pareja sonriendo al objetivo. La mujer era guapa, con unos ojos preciosos de cervatillo y un lunar en el mentón. El hombre parecía encantado de estar posando junto a un ser al que, por la felicidad que emanaba su mirada, sin duda quería mucho.

—¿Es él, el teniente Athman?

—Sí... Era muy discreto, casi apocado, pero lo vamos a echar de menos.

—¿Estaba llevando algún caso complicado?

—No, las investigaciones no eran lo suyo. No era un hombre de acción. Se ocupaba de la administración. Al comisario le caía muy bien. Confiaba en él.

—¿No queda otro despacho vacío?

—No creo. Pero nada le impide hablarlo con el jefe.

En espera de que lo recibiera el comisario, comandante de la policía de Tánger, el teniente Ikker estuvo una semana pudriéndose en el despacho del difunto junto a un teléfono mudo, sin ni siquiera un folio para leer. Se pasaba todas las horas del día contemplando el patio trasero, donde un perro atado a una cadena yacía resignadamente junto a un montón de trastos polvorientos. El comisario, cual entidad demoniaca, rondaba el edificio sin que nadie lo viera.

Driss Ikker tuvo que esperar hasta una recepción oficial que daba el gobernador de Tánger, a la que estaban invitados los notables y los oficiales con sus esposas, para cruzarse con el comisario Rachid Baaz, un tipo alto con el pelo medio canoso que se parecía un poco a Richard Gere en *Invisibles*. Se dieron un simple apretón de manos ya que el comisario estaba mucho más interesado en charlar con el amo de la casa que en perder su tiempo con la morralla. Pero tuvo un repentino cambio de comportamiento, abriendo bruscamente los brazos, como si se dispusiera a levantar una montaña, al ver a Sarah en medio de un grupo de señoras maquilladas como geishas.

—¡Dios mío, la señorita Chorafa! Qué privilegio volver a verla. ¿Se acuerda usted de mí?

—No creo, señor...

—Baaz, comisario Baaz, jefe de la policía de Tánger. Fui asistente de su padre hace unos quince años en Mequínez. A veces cenaba en casa de ustedes. Rachid Baaz, por favor..., su madre me llamaba Joha. ¿No se acuerda?

Sarah se golpeó la frente con la palma de la mano.

—¡Ya, es usted aquel bromista redomado que me regaló un horrible *gadget* para mi cumpleaños!

—Era usted una preciosa adolescente gran lectora de novelas. De hecho, está usted igual de sublime. ¡Dios mío, qué felicidad! ¿Qué está haciendo en Tánger? Sé que sus padres tienen aquí una segunda residencia, pero hace tiempo que nadie la pisa. ¿Han venido también sus padres?

—No, han destinado a mi marido a la comisaría de Tánger.

—¿Qué? Sé que un teniente acaba de incorporarse, pero... ¿Es usted la esposa del teniente Akdar?

—Ikker —rectificó el teniente presentándose otra vez.

El comisario se metamorfoseó de repente. El jefe arrogante que, cinco minutos antes, hendía la muchedumbre como un rompehielos ya solo era un azucarillo disolviéndose en un vaso de agua. Hasta se le olvidó el gobernador, al que un rebaño de cortesanos monopolizaba por turno en la terraza. En lo que quedaba de velada, el comandante no dejó de dedicar elogios a su antiguo jefe, Abderrahmane Chorafa.

—Se lo debo todo, hasta mi matrimonio. Era mi mentor y lo seguirá siendo por siempre en el fondo de mi alma. Me había anunciado que un familiar suyo iba a unirse a mi equipo, pero estos últimos días he tenido que hacerme cargo de un lamentable incidente y no he tenido tiempo de recibirlo. Pues bien, querida Sarah, sepan usted y su esposo que dentro de mi distrito están en su casa. No escatimaré medios para que su estancia en Tánger sea tan agradable como fructífera.

Y cumplió su promesa.

Al día siguiente, el comisario invitó a ambos tortolitos a su casa para presentarles a su mujer Narimène y a sus tres hijas.

—A partir de ahora, somos una misma familia —les declaró.

En comisaría, asignaron a Driss otro despacho, más grande y soleado, con vistas a la ciudad. Y en el tercer piso, cerca de Dios.

Todo iba pues como la seda para los cónyuges, hasta aquella terrible noche del 8 al 9 de abril en que la sinecura se convirtió en pesadilla.

## 9.

El Hajja pretendía que su hija y su yerno se quedaran aquella noche en su casa, pero su marido la disuadió de insistir.

—Deja que se vayan. Necesitan estar solos.

—Podrían irse mañana por la mañana. Driss tiene aspecto de cansado. Además, acaba de llegar. Una buena cena y una noche de sueño les sentarían bien.

Driss rechazó amablemente la invitación de su suegra. Rogó a su mujer que preparara su maleta, la acompañó a su habitación. Sarah abrió un armario y se quedó un momento como ausente. No parecía tener prisa en dejar la casa familiar. Driss estaba tras ella, con los brazos cruzados, rumiando en silencio su impaciencia. Sarah se lo quedó mirando por la luna del armario, notó su irritación y se puso a rebuscar entre su ropa antigua algunos vestidos y ropa interior para llevarse.

—Pudiste quedarte a mi lado en vez de dejarme sola y desamparada.

—Nadie estaba más solo y desamparado que yo.

—¿Dónde has estado metido?

—Del otro lado del espejo.

Sarah asintió con la cabeza y siguió metiendo ropa en una maleta con gestos cargados de ira.

Los esposos salieron de Kenitra hacia las cinco de la tarde. No se dirigieron una sola palabra durante buena parte del trayecto. Driss conducía mirando al vacío. Sarah estuvo esperando en vano que su marido le dijera algo. Desconcertada por su mutismo, se encogió sobre su asiento mirando hacia la carretera y el paisaje que iba desfilando, jalonado de huertas, de cultivos, de pueblecitos pintorescos. Lentamente, mecida por el zumbido del motor, se le fueron cerrando los párpados y se quedó dormida.

Era de noche cuando llegaron a Marrakech.

Driss dejó el coche en el aparcamiento del hotel Sofitel. Un empleado llevó las maletas de los esposos a una bonita *suite* donde los esperaban, adornados con lazos, una cesta de fruta de temporada y un enorme ramo de flores sobre la mesa baja del salón.

—¿Quieres que cenemos en el restaurante?

—Prefiero que nos sirvan la cena en la habitación —dijo Sarah.

Driss llamó a la recepción para que les trajeran algo de comer.

—Voy a darme una ducha.

—Hay un spa abajo —le propuso Driss.

—No creo que pueda soportar que alguien desconocido me ponga las manos encima.

Driss asintió.

—Lo entiendo.

—No lo creo —dijo Sarah con un trémolo en la garganta.

Se miraron como dos seres desnortados, cada cual presa de su malestar, sin saber cómo interpretar la actitud del otro. Harta ya de la situación, Sarah aventuró un primer paso hacia su marido, se decidió por fin y abrazó a quien se suponía que debía confortarla y parecía tan perdido como ella. Driss tardó un momento en rodear con sus brazos un cuerpo transido de sufrimiento íntimo y se limitó a mirar fijamente la lámpara de techo cuya luz cruda le hendía las pupilas como una navaja.

Mientras Sarah se duchaba, salió al balcón para fumar un cigarrillo. Alrededor de la piscina, unos cuantos clientes charlaban acomodados en sus tumbonas. Un camarero recogía vasos y botellas vacías de las mesas. Una señorita embutida en un traje austero escribía algo en una libreta. Driss expulsó el humo hacia el cielo constelado de gemas centelleantes, buscó el lucero del alba y no consiguió ubicarlo.

Cenaron en silencio. El tintineo de los tenedores y cuchillos rebotaba en las paredes como proyectiles. Sarah comía con una voracidad anormal; Driss, sin apetito, apenas picoteaba.

—Necesito estirar las piernas.

—¿Vas a volver a dejarme sola?

—El viaje me ha agotado.

—Llevo dos semanas esperando a poder estar contigo.

—Estoy aquí.

—Pero con la cabeza en otra parte.

—Quizás por eso necesite salir. Eso me ayudará a ordenar mis ideas.

—¿Qué ideas?

—Lo que nos ha ocurrido es un cataclismo, Sarah. No podemos hacer como si no hubiera ocurrido nada.

—Entonces aclaremos las cosas. ¿Por qué eludir las preguntas incómodas?

—No rehúyo nada. Solo tengo ganas de tomar el fresco.

Sarah se agarró la cabeza con ambas manos y se acurrucó en su asiento.

Driss salió con intención de caminar. Apenas llegado al jardín del hotel, se le pasaron las ganas y se instaló en una tumbona, junto a la piscina, se pidió un descafeinado y encendió otro cigarrillo, abrumado por sus pensamientos.

Cuando regresó a la *suite*, Sarah estaba en la cama. Driss pensó que estaba durmiendo. Se desnudó en la oscuridad y se acostó a su vez. Apenas posó la cabeza sobre la almohada, su mujer le echó el brazo encima.

—¿No estás durmiendo?

—¿Cómo quieres que duerma, cariño? Llevo noches sin pegar ojo.

Pegó su cuerpo al suyo, le acarició suavemente la mejilla. Driss sintió el aliento de su mujer en su rostro, luego unos labios estremecidos rozar los suyos.

—Estaba muy preocupada por ti.

Él no dijo nada, le devolvió furtivamente su beso, un detalle que ella advirtió.

—¿Qué pasa, Driss?

—Estoy muerto de sueño. Intentemos recobrar energías. Mañana te llevaré al palmeral.

—Te deseo ahora.

—No estoy preparado.

Ella se echó hacia atrás con brusquedad.

—¿No estás preparado o más bien te doy asco?

—No digas tonterías.

—Te doy asco, ¿verdad? ¿Te repugno? Ya no me miras del mismo modo. Das la impresión de estar resentido conmigo...

—Por favor, déjalo ya.

Sarah dio la espalda a su marido y abrazó sus rodillas para sofocar sus sollozos.

Resonó la llamada del muecín, despertando a Sarah de un sobresalto. Aún era de noche. Su mano buscó a Driss en la oscuridad, pero solo encontró un espacio vacío y casi frío. Se incorporó y vio una silueta de pie ante la ventana.

—¿Driss?

La silueta no se dio la vuelta.

Sarah apartó las sábanas y, sin encender, fue junto a su esposo, que estaba contemplando las luces de la piscina vacía. Driss dio un leve respingo al sentir el cuerpo de su mujer pegarse a su espalda.

—¿Qué te pasa, cariño?

—...

—Dime qué te pasa.

—...

—Háblame, te lo suplico. Dime qué tengo que hacer, cómo tengo que comportarme, estoy completamente perdida. Me has dejado sola en casa de mis padres, y ahora que estás conmigo me siento todavía más sola. Es como si me rechazaras del todo, y eso me rompe lo poco de corazón que me queda. Lo que nos ha ocurrido es monstruoso, tremendo. Si consideras que la culpa es solo mía, no te lo reprocharé, pero, por el amor de Dios, habla, grita, ruge. Tu silencio es más cruel que todas las torturas juntas.

—¿Qué quieres que diga?

—Lo que te corroe por dentro.

—No hay palabras para describirlo.

Driss casi la asfixió de un abrazo que delataba todo su desamparo.

—Me cuesta asumir la desgracia que se me ha venido encima.

—No te ha ocurrido solo a ti. Tú solo eres un daño colateral. A quien se le ha venido realmente encima es a mí. Sé que no es fácil para ti. Pero para mí es un desastre. Estoy abrumada, destrozada, devastada. No sé cómo deshacerme de mi cuerpo, que ya es solo carne contaminada. Ya ni siquiera me atrevo a mirarme en un espejo... Habría preferido que no regresaras aquella noche antes de lo previsto, que me encontraras muerta sobre mi cama, despedazada por mi agresor.

—Esa noche no fuiste la única que fue despedazada.

—Me habría defendido hasta la muerte. Tu honor lo es todo para mí. Pero no me dejó tiempo para comprender lo que me estaba ocurriendo. Apenas cerré la puerta, me neutralizó por detrás tapándome la nariz con un pañuelo empapado de cloroformo. Cuando recuperé el conocimiento,

estaba en el hospital.

—Pues yo sigo sin poder despertar.

Se apartó violentamente de él.

—No se trata solo de ti.

Estalló en llanto, ocultando su rostro en el pecho de su marido.

Driss se dio cuenta de que estaba martirizando aún más a su mujer. Le dijo, no muy convencido.

—Si queremos ser inmortales, debemos aprender a sobrevivir a lo que supuestamente debe destruirnos.

## 10.

Los Ikker pasaron cuatro días en Marrakech. Sus paseos por el palmeral y el jardín Majorelle, el barullo festero de Jemaa el-Fna y sus cenas a solas en el Jad Mahal, un restaurante de moda en la ciudad, les ayudaron mucho. A ratos, un taimado malestar los asediaba tras un momento de descuido, pero lo superaban de noche cuando, tumbados en su cama, callaban en la oscuridad. Driss seguía sintiéndose incapaz de hacer el amor, pero Sarah no se lo tenía en cuenta: lo entendía.

Cuando regresaron a Tánger, ambos esposos tardaron un rato en apearse del coche. Quedaron como clavados a sus asientos, paralizados, sin apenas atreverse a mirar hacia su casa. Sarah fue la primera en salir del vehículo. Se volvió hacia el vecindario para asegurarse de que nadie la estaba observando desde una ventana o un balcón. Por supuesto, tenía claro que todo el mundo, en el barrio, estaba al tanto de lo ocurrido la noche del 8 al 9 de abril.

Driss se unió a ella con una maleta en cada mano. Empujó la verja con la rodilla, subió la escalinata y esperó a que su esposa abriera la puerta. Pisó el vestíbulo, colocó ambas maletas junto a la pared y dijo a su mujer, que no conseguía cruzar el umbral de aquella preciosa vivienda con jardín:

—Anda, pasa de una vez.

Sarah no se movió. Se quedó como pegada a un cristal invisible, pálida, con los hombros contraídos.

Driss tuvo que volver hasta ella.

—Por favor, no nos quedemos fuera.

—No creo que pueda volver a vivir en esta casa.

—¡Pues imagínate yo!

Driss subió al primer piso y se detuvo en seco ante la puerta del dormitorio. La cama estaba hecha a conciencia, no había ropa por medio, todo estaba perfectamente ordenado.

—Mi madre ha venido aquí con su sirvienta de confianza y su jardinero mientras estábamos en Marrakech —le explicó Sarah.

—No tenía por qué hacerlo.

—Es que yo no quería encontrarme la casa tal como la dejó mi agresor.

—La policía científica aún no ha hecho su trabajo.

—Pues debió hacerlo mientras estábamos fuera.

Driss admitió que su mujer tenía razón; él era el culpable de que los expertos no hubiesen sido avisados. Abrió las ventanas y las persianas, dejó que la luz del día inundara la habitación mientras Sarah seguía sin moverse ante la entrada. La habitación le pareció de repente tan infecta como un calabozo, y la luz del día, tan violenta como un *flashback*. Aquel malestar que lo estuvo acosando por momentos en Marrakech se incrustó en su cuerpo. Se quedó sin aliento y se puso a sudar profusamente por la frente. Dijo con un nudo en la garganta.

—Bueno, ahora tengo que irme.

—¿Adónde vas?

—A comisaría, quiero ver cómo va la investigación.

—No tienes más que llamar. No quiero quedarme sola en esta casa.

—No tenemos otro lugar donde meternos. Tienes que superar tus angustias y adaptarte a la situación.

—Quédate conmigo, te lo ruego.

—¿Y qué adelantamos con eso? No hay duendes en esta casa.

—Algunos recuerdos son más terroríficos que los fantasmas, Driss.

—No vamos a tener más remedio que convivir con ellos.

Se aseó un poco en el cuarto de baño y se cambió de camisa.

—No tardo nada, te lo prometo.

Fue tras él hasta el vestíbulo, atormentada.

La besó furtivamente en la boca.

Antes de salir de casa, le levantó la barbilla para mirarla directamente a los ojos.

—¿Te pusiste tus joyas y tu reloj Cartier cuando fuiste a la fiesta en casa de la cantante Wafa?

—Sí, ¿por qué?

Le sonrió y, sin contestar, fue hacia su coche.

Sarah permaneció un largo rato en el vestíbulo, sin moverse, con el ceño fruncido, preguntándose en qué estaría pensando su marido.

Al cruzar la entrada de la comisaría, Driss tuvo la impresión de estar exhibiéndose como un animal de circo. Cada mirada que se cruzaba con la suya lo dejaba en pelotas. Los agentes rasos se apartaban para dejarlo pasar, otros callaban bruscamente al verlo acercarse. Los escalones le parecían más altos que de costumbre, y los pasillos, interminables. Se sintió aliviado al alcanzar el tercer piso y se apresuró a refugiarse en su despacho.

Llamó al ordenanza, un anciano valetudinario apenas perceptible dentro de su traje desgastado.

—Dile a Farid que venga a verme.

—No está aquí, señor.

—Pues díselo cuando haya regresado.

—Va a estar ausente todo el día, señor.

—¿Le han dado el día libre?

—Llamó esta mañana. Un dolor de muelas, señor.

Driss despidió al hombre y marcó de inmediato el número del sargento. Le salió por tres veces el contestador automático.

El ordenanza regresó con una taza de café y la colocó con mucho cuidado sobre la mesa del teniente.

—Gracias, Tahar.

—De nada, señor. ¿Desea alguna otra cosa?

—Creo que no... ¿Qué noticias tenemos?

—Tiene usted el periódico sobre su mesa, señor.

—Me refiero a la investigación. ¿Alal ha encontrado algo?

—Realmente no. Está en el despacho del secretario. ¿Quiere que vaya a pedirle que pase a verle?

—No es necesario —restalló una voz tras el anciano.

El teniente Alal entró sin llamar, expulsó con un meneo de cabeza al viejo Tahar y cerró la puerta tras él. Sus aletas nasales palpitaban como las de un búfalo a punto de embestir.

—¿Qué me dijiste el otro día en el aparcamiento?

Driss se llevó la taza de café a los labios, bebió un trago y, con el revés de la mano, hizo un gesto al intruso para que se largara.

—¿De qué me trataste? ¿De gilipollas? ¿Yo, un gilipollas?

—Te pega mejor cerdo, pero es algo que ni siquiera se dice a un musulmán no practicante.

Alal se estremeció. Se le puso el rostro entero al rojo vivo. Se apoyó sobre la mesa, soltando por las comisuras de la boca una baba lechosa.

—Sal fuera, para que arreglemos esto como hombres.

—¿Acaso crees que lo eres?

—Si tienes alguna duda, puedo solucionarlo —replicó Alal llevándose una mano a la bragueta—. ¿Quieres que te la enseñe?

—Todo el mundo sabe que los asnos están bien dotados.

Alal se inclinó aún más sobre la mesa, con la cara descompuesta. Su aliento apestoso a alcohol obligó a Driss a echarse hacia atrás. Ya sin capacidad de respuesta, optó por la invectiva:

—Cabrón. Nenaza. Sal fuera si tienes cojones. Iremos donde quieras. A la colina, a la playa, a un descampado. Te dejo elegir.

—¿No tienes la sensación de haber fracasado vocacionalmente, teniente?

—En todo caso, puedes estar seguro de que contigo no voy a fracasar.

—No te pega nada ser policía. Te veo mejor como adiestrador de monos en el zoco de tu aduar. Deberías pensártelo, te lo aseguro.

Alal perdió los estribos. Agarró a Driss por el cuello de la camisa y lo atrajo hacia sí con saña. No le dio tiempo a cerrar su puño libre. Driss giró en redondo para deshacerse de la mano que lo agarraba por el cuello, rodeó de un bote su mesa y golpeó. Su gancho se perdió en el vacío. Alal respondió de inmediato, alcanzando a su adversario en el hombro. Ambos oficiales se agarraron entre crujidos de mobiliario, se asieron por la cintura entre jadeos, tropezando con las sillas, estrellándose contra las paredes. Alal resultó ser más coriáceo que una sanguijuela gigante. Driss consiguió liberar un brazo, dio codazos sin éxito, se aferró al cabello de su enemigo jurado y le arrancó un mechón, que arrojó al suelo.

—¡Basta ya! —tronó el comisario Baaz, frenando en seco las hostilidades.

Los dos tenientes se dieron un último empujón, desaliñados como dos espantajos en un cultivo abandonado. Se retaron ferozmente con la mirada, sin aliento, zumbando de furor.

—¿Os habéis creído que esto es un patio de colegio?

—Me ha faltado al respeto —rezongó Alal intentando recomponer su atuendo.

—Tú eres el que estás en su despacho —le señaló el comisario—. Por tanto, la culpa es tuya. Preséntate mañana a primera hora en el mío.

Se volvió hacia Driss.

—En cuanto a ti, tengo un par de cosas que decirte.

Le hizo una señal para que lo siguiera.

Slimane, que estaba ante la puerta, se apartó para dejar pasar al comisario y al teniente Ikker y esperó a que ambos hombres se alejaran para cruzar los brazos y hacerle una mueca

desaprobadora.

—Ya te dije que no era una buena idea —reprochó a Alal.

—Odio a los enchufados.

—Pero no en la comisaría, joder, no en el tercer piso, a dos pasos del despacho del jefe.

—No he podido contenerme.

—Tienes la corbata atravesada.

—Me importa un carajo. Ese hijo de perra me ha llamado gilipollas. Me mira por encima del hombro... y eso que no me llega al tobillo. Se cree que puede hacer lo que le da la gana porque el jefe se las pasa todas. Hace meses que está aquí y todavía no se ha jugado el tipo en la calle. El señorito llega por la mañana a la hora que le da la gana, lee la prensa tomándose su café, hace sus crucigramas y luego regresa a su casa, a esperar que lo asciendan, como si esto fuera un paseo. Mientras tanto, yo me parto el culo a diestro y siniestro sin que le importe a nadie un comino. No es justo.

—Así es la vida —dijo Slimane.

—¿Por qué el jefe lo mimaba tanto? ¿Qué tiene ese que no tengan los demás?

—Hombre, es que Driss es yerno de Abderrahmane Chorafa.

—¿Y qué?

—Que el jefe debe muchos favores al suegro de ese capullo.

—Si es por dinero, podemos rascarnos entre todos el bolsillo.

—Amigo, hay deudas que no se pagan con dinero. Hala, recoge tu chaqueta de cuero y vayamos a alguna parte a tomar una copa. Daré un toque al comisario para que mañana no te joda vivo.

El comisario, comandante de la policía de Tánger, no sermoneó a Driss, ni siquiera aludió a la pelea con Alal. Parecía preocupado por otra cosa. Rogó al teniente que se sentara en un sillón y le ofreció un whisky.

—¿Qué tal ha ido la cosa en Marrakech?

—Bien.

—¿Y Sarah?

—Se le va pasando. El que no lo lleva bien sigo siendo yo.

—Pues tienes que superarlo, Driss. Si no, esto se va a poner muy feo para ti.

—Intento...

—¡Qué va, no haces ningún esfuerzo! Te estás dejando llevar por tu amargura, y eso es muy malo. He hablado esta mañana con el señor Chorafa. Me ha contado que ni siquiera habéis pasado por Kenitra a vuestro regreso a Tánger. Te recuerdo que Sarah es hija suya. Tiene derecho a saber cómo ha reaccionado tras vuestro reencuentro. Te aseguro que no está nada contento. Lo menos que podías haber hecho era detenerte en Kenitra para tranquilizar un poco a la familia.

—No se me ocurrió.

—¿Lo ves? Estás obsesionado con tu pesadumbre y se te olvida lo esencial.

Le sirvió otra copa.

—Driss, he estado dándole muchas vueltas mientras estabas fuera. Necesitas romper con la desgracia que te ha ocurrido. Tánger es una rémora para ti, te tiene aplastado, asqueado, y se entiene. Lo mismo te ocurre con tus colegas. ¿Qué te parece si te destinamos a la escuela de policía de Kenitra? La cercanía de sus familiares ayudaría a Sarah a rehacer su vida, y tú

cambiarías de aire.

—Tiene usted razón, comisario. No soporta más Tánger. Pero no me iré de aquí antes de haberle ajustado las cuentas al cabrón que ha profanado la integridad de mi pareja.

—No te pido que te vayas ahora mismo. Pero estaría bien que lo hicieras después.

El comisario Rachid Baaz fue a sentarse a su mesa de despacho y esgrimió una carpeta.

—Tu expediente actualizado. Me he retrasado un poco, pero en la dirección general me han prometido hacer una excepción por ti.

—Gracias —dijo Driss sin entusiasmo—. ¿Puedo irme?

—Por supuesto.

Driss dio un último trago a su whisky y se dirigió hacia la salida.

—Driss... —lo llamó el comisario.

—¿Sí?

El comisario iba a decirle algo, pero luego se lo pensó.

—No, nada.

Driss asintió con la cabeza y cerró la puerta tras él.

El sargento Farid había desaparecido. Driss estaba empezando a perder la paciencia. Conducía sin rumbo, un ojo puesto en el asfalto, al acecho de cualquier llamada. Farid no llamaba.

La noche cayó lentamente sobre Tánger. El olor a sal marina se expandió por el aire, suave como una caricia. Las calles estaban atestadas de transeúntes sosegados; las terrazas, abarrotadas. Un grupo de turistas se iban haciendo selfis en cada esquina, arrobados por el frescor crepuscular. Bonita ciudad, Tánger. De sus entrañas emanan alegres vibraciones. Allí descansan en paz los dioses de la mitología mediterránea. Sin duda, en algunos lugares, la miseria abuchea al singular esplendor de los barrios antiguos, pero apenas altera la quietud de la gente. En Tánger, el gesto es benevolente, la mirada sana, la mentalidad bonachona. Para quien busca un punto de caída para volver a saltar, no hay mejor trampolín que Tánger. Basta con dar un apretón de manos para percibir el pulso de la reconciliación con uno mismo, y con abreverse en las fuentes de una sonrisa para rejuvenecer. Pero Driss no veía nada de esas calles que trasladan a uno mar adentro como arcas de Noé, y nada de esos rostros afables capaces de consolar cualquier mirada perdida. Conducía con los ojos vueltos hacia el interior de su cráneo saturado de negrura y de pestilencia. Pensaba en las propuestas del comisario, que no lo atraían en absoluto. Ya podían destinarlo a la escuela de policía o al ministerio, ascenderlo a comisario o al grado de comandante, solo veía a su mujer desnuda, esposada, mancillada, tumbada boca abajo sobre una cama que lo devoraba cada noche como si fuera un manojo de ortigas.

Cuando salió de su ensueño, se sorprendió acodado en un bar con una copa de alcohol entre las manos. A su alrededor, unos cuantos clientes charlaban atrincherados tras sus jarras de cerveza, otros soltaban grandes risotadas sin aparente motivo, felices de estar borrachos como cubas. El barman, un hombrecillo apenas más alto que un palo de escoba, ordenaba su espacio con un trapo colgado del cinturón. El camarero limpiaba las mesas y vaciaba los ceniceros con aire ausente. Driss esperó a que se fueran dos individuos con traje y corbata para sentarse en su mesa, en el fondo de la sala. Se pidió otra copa, que le sirvieron de inmediato, encendió un cigarrillo e intentó olvidarse de su alborotada cabeza.

A su lado, dos chicos jóvenes se contaban sus barrabasadas. El más delgado no paraba de

tronarse los dedos mientras su amigo le contaba cómo pensaba echar un polvo con la mujer de su jefe:

—¿Su marido no sospecha nada? —babeaba el más delgado con los ojos como platos, entre maravillado y angustiado.

—¿Cómo quieres que sospeche algo? Se pasa la vida tras la caja contando su dinero. Solo le interesan sus ganancias. Después de cerrar, se encierra en su tienda para hacer y rehacer sus cuentas. Su mujer lleva semanas haciéndome guiños. Ayer, cuando le llevé sus compras, ella...

No pudo acabar su relato. Driss se abalanzó sobre él y le estrelló su vaso en la frente. El joven cayó hacia atrás con la cara ensangrentada, tan pasmado como aturdido.

—¿Estás mal de la cabeza, o qué? —exclamó el flaco.

—Ahora un poco mejor —replicó Driss saliendo del bar ante las miradas de asombro de los clientes.

Como no conseguía ponerse en contacto con Farid por teléfono, decidió ir a su casa. El sargento vivía en Val Fleuri, un barrio popular bastante bonito desde que sus moradores se movilizaron para devolverle algo del lustre de antaño. La casa del sargento hacía esquina detrás de una placeta cubierta de césped y llena de chavales a pesar de la hora tardía. Driss llamó al número 17 y esperó unos minutos antes de oír el chirrido de un pestillo.

Farid se quedó sorprendido al toparse con su jefe ante la puerta de su casa.

—¿A qué juegas, joder? ¿Por qué no contestas a mis llamadas?

Farid estaba confuso, algo asustado. No esperaba esa visita.

—Hay gente en mi casa. ¿Vamos a un café?

—No voy a ninguna parte —lo cortó el teniente—. He venido a recoger los análisis.

Farid tragó saliva. Parecía un animal acorralado; no sabía a qué santo encomendarse.

—¿Qué pasa? —lo presionó Driss—. ¿No irás a decirme que el laboratorio los envió a la Central? Creo que te lo dejé claro. Le entregas el vaso a un analista de confianza y te las arreglas para que la cosa no salga de nosotros.

Farid se rascó la cabeza con cara de mucho apuro.

—¿Qué? ¿Te has quedado sin lengua?

—No sé cómo explicárselo, teniente. Si he faltado en comisaría, no ha sido por un dolor de dientes sino porque no me atrevía a presentarme ante usted.

—Pues ya me tienes delante.

Farid se secó el sudor de la cara con un pico de su camisa, se tragó los mocos y siguió rascándose, ahora detrás de la oreja.

—Lo siento de veras, teniente. Todo ha sido culpa mía. El analista de confianza libraba ese día. Llevé el vaso a mi casa. Lo guardé en el cajón de mi mesilla de noche, bien envuelto en un sobre...

—¿Y...?

—Pues... que mi mujer lo encontró y lo lavó con la vajilla.

Driss estuvo a punto de saltarle al cuello.

—¡Esa sí que es buena!

—Debí decirle a mi mujer que no lo tocara, pero no se me ocurrió pensar que fuera a rebuscar en el cajón de mi mesilla de noche.

Driss alzó los brazos para ordenar al sargento que no añadiera una palabra más, dio unos pasos atrás, conteniéndose para no arrancarse los pelos, y fue hacia su coche aparcado al final de la calle dando patadas a una lata vacía.

## 11.

En la cocina, Sarah tenía la cabeza agarrada con ambas manos y los codos sobre la mesa. Se sobresaltó al oír cerrarse la puerta de la entrada.

—Soy yo —soltó Driss desde el vestíbulo.

Ella, con los ojos hinchados y las comisuras de los labios hundidas, agarró un vaso de agua y se lo bebió de un trago. Parecía estar emergiendo de un profundo sueño.

—¿No has preparado nada para comer? —le preguntó Driss aflojando el nudo de su corbata.

—No había gran cosa en el frigo.

—Pudiste llamarme para que hiciera una compra.

—Te he dejado varios mensajes en el contestador.

Driss colgó su chaqueta en el perchero. Estaba de mal humor.

—¿Tienes hambre?

—Sí, tengo hambre.

—¿Quieres que te haga una tortilla? Quedan unos cuantos huevos.

—No merece la pena. ¡Además, ya está bien así! Subo a acostarme.

Salió de la cocina bufando de rabia.

Sarah se reunió con él en la habitación media hora después. Driss estaba en la cama, vuelto hacia su mesilla de noche con todas las luces apagadas.

Sarah se desnudó, se puso un camisón y preguntó:

—Si quieres, puedo acostarme en el dormitorio de invitados.

—¿Por qué?

—No soporto más la cara de perro que me estás poniendo.

—Estoy en mi derecho de verlo todo negro.

—No en casa, Driss. Ya estoy harta de tu bipolaridad. Puede que te haga gracia montar tus numeritos a solas, pero a mí no.

—Esta noche no estoy para discusiones.

Ella asintió con la cabeza, contrariada.

—No consigo entenderte, cariño. Tus cambios de humor me descolocan. Das la impresión de estar ensayando conmigo actitudes extremas. Lo mismo me das un respiro que luego me vienes con agobios. No sé de qué vas con todo esto y necesito tenerlo claro de una vez por todas. Pongamos ya las cosas claras, y peor para mí si la cosa no tiene arreglo. ¿Qué está pasando? —Apartó las sábanas con rabia—. Ya dormirás luego. —Driss se tapó de nuevo y Sarah volvió a apartar las sábanas hasta arrojarlas al suelo—. No te tapes la cara, Driss. Ya estoy harta de soportarte como si fueras un cargo de conciencia añadido. Bastante tengo con mi propio sentimiento de culpa.

Driss encendió la lamparilla de noche y se incorporó. Con los brazos alrededor de sus rodillas, se quedó mirando a su mujer con cara de pocos amigos.

—Te tranquilizas, ¿vale?

—¿Acaso me estás ayudando en ese sentido? Yo creí que habíamos decidido en Marrakech superar todo esto. Tú eres el que decía que para volverse inmortal, hay que superar lo que pretende destruirnos. Yo he hecho esfuerzos por mi parte. Esfuerzos titánicos. Oculto mis heridas y me bebo mis lágrimas para intentar estar a la altura de lo que esperas de mí. Pero tú lo que haces es quitarme con una mano lo que me has dado con la otra. Este juego tuyo, de tanto repetirlo, se ha vuelto completamente estúpido y exasperante a más no poder.

—No es un juego. Mi mujer ha sido violada por un cabrón, y ese cabrón está en alguna parte riéndose de mí. La investigación no avanza y el teniente que la tiene a su cargo prefiere ocuparse de sus propios asuntos. No es contigo con quien estoy cabreado, sino con esos incompetentes que no hacen nada.

—No te creo. Es a mí a quien se lo estás haciendo pagar.

Rodeó la cama para colocarse delante de él.

—¿A qué venía esa pregunta que me hiciste hace un rato, antes de salir?

—¿Acerca de qué?

—De mis joyas y de mi reloj Cartier.

—Quería hacer un perfil de tu agresor. En comisaría dicen que se trata de un ladrón. Sin embargo, no te han robado nada.

—No le dio tiempo a robar nada.

—Dices que te durmió aplicándote cloroformo en la nariz. ¿Por qué se molestó en quitarte los pendientes, el collar, el reloj, que colocó tranquilamente sobre el tocador; en desnudarte sin desgarrarte ninguna prenda, en violarte sin ensañarse contigo? No tenías en el cuerpo la menor señal de violencia.

—¿Y qué deduces de ello?

—Que no se trata de un vulgar ladrón, sino de un perverso que necesitaba dar rienda suelta a su obsesión. Sabía que esa noche ibas a estar sola. Se las arregló para entrar por el garaje, que se te olvidó cerrar, y te estuvo esperando con sus pertrechos de maniaco.

—¿Cómo podía saber que iba a estar sola?

—Puede que sea un vecino, o alguien que me vio meter mi equipaje en el maletero antes de salir para Casablanca. Quien lleva una maleta consigo no regresa esa misma noche a su casa. ¿Estás segura de no haber notado nada raro al regresar a casa aquella noche?

—Ya te he contado que no me dejó tiempo para darme cuenta de lo que me estaba ocurriendo. Se abalanzó sobre mí apenas cerré la puerta. Era fuerte, de elevada estatura, me neutralizó como si fuera una muñeca de trapo. Intenté arañarle la cara pero no conseguí alcanzarlo. Luego, un agujero negro en la memoria.

—¿Te echaste la siesta antes de ir a la velada en casa de la cantante Wafa?

—No, ¿por qué?

—¿No tomaste tus medicamentos?

—Sabes muy bien que estoy siguiendo mi tratamiento desde que vivíamos en Salé. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Estuviste un buen rato sin conocimiento.

Sarah apartó los brazos en señal de ignorancia, pero algo no cuadraba en las hipótesis de su marido. Estaba segura de que estaba recurriendo al engaño para saber la verdad, de que tenía otras ideas en la cabeza y estaba disimulando para ocultar sus intenciones.

—Voy a acostarme en el dormitorio de invitados —dijo saliendo de la habitación.

Driss no durmió.

Por la mañana, a primera hora, fue a una joyería del centro de la ciudad. La tienda estaba cerrada. En espera de que abriera, desayunó en el café de al lado. Hacia las nueve, oyó cómo levantaban la persiana metálica. No dio tiempo al joyero a instalarse tras su mostrador. Le tendió el gemelo que Farid había encontrado bajo el tocador del dormitorio.

—Es para un peritaje.

El joyero lo cogió y se retiró en su trastienda.

Regresó a los cinco minutos.

—No tengo medios para comprárselo, señor.

—No es para vender —le dijo Driss—. Quiero saber si es una baratija o no.

—¿Esto, una baratija? —exclamó el joyero—. Es una auténtica joya, un Boucheron puro y duro, engaste de platino con diamantes y esmeraldas de 17 quilates.

—¿Ha llegado a vender algo así?

—No, esta es una joyería pequeña. No vendo joyas de importación. Compro a particulares, a menudo oro barato. Mis clientes no se pasean con objetos como ese.

—He perdido el otro gemelo. ¿Dónde lo puedo encontrar?

—En la plaza Vendôme de París —bromeó el joyero.

—¿No hay en Tánger una joyería de gran lujo?

—Claro que sí, pero su joya cuesta entre siete y ocho mil euros el par, y no veo quién podría exponerla en su vitrina sin arriesgarse al mal de ojo. ¿Ha ido usted a la tienda de Haddou, en Sahat el-Omam? Ese sí que tiene poderío. Podrá informarle mejor que yo.

Driss apuntó la dirección de Haddou, dio las gracias al joyero y fue directamente a Sahat el-Omam, en la gran avenida.

La tienda de Haddou era más grande y estaba mejor iluminada. El interior relucía tanto como los tesoros que adornaban la vitrina que daba a la calle. El gerente, un *playboy* engominado con *piercing* en la oreja y corte de pelo de futbolista, estaba enseñando sus estuches aterciopelados a dos señoras que vacilaban entre una gargantilla con diamantes Diveene y un precioso collar de perlas Maty.

—Pruébeselos, señora. Tiene usted mucho porte. Estoy seguro de que le irán de maravilla.

—¿No serán demasiado imponentes?

—El Maty es impresionante.

—Mi cuñada tiene el mismo.

—Entonces, llévase el Hermès.

—Tengo dos en casa.

Driss se lo tomó con calma durante diez minutos y luego, no aguantando más, se coló entre las dos señoras.

—Policía —dijo—. Es urgente.

—Estamos aquí antes que usted —protestó la mayor de ellas.

—Lo siento, pero tengo mucho trabajo. Vuelvan a su casa para ponerse de acuerdo y, una vez que se hayan decidido, regresen con su chequera.

Las señoras alzaron sus indignados ojos al cielo, como dos matronas prestas a abandonar una

corte principesca por haber un pelagatos pisado la misma alfombra roja que ellas.

—¿Sabe usted quiénes son esas dos señoras? —le preguntó el irritado joyero—. La esposa del gobernador y su nuera. Mis mejores clientas.

—Lo lamento de veras. Estoy cumpliendo una misión especial y mis superiores llevan una semana esperando mi informe. No le quepa duda de que estas señoras regresarán. Pero yo lo que me estoy jugando es el puesto.

El joyero se avino a perdonarle su grosería.

—¿En qué puedo ayudarle?

Driss le entregó el gemelo.

—Estamos buscando el otro. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Esto se vende por pares, señor mío...

—Ya lo sé. Es un Boucheron.

—Conozco mi oficio —lo cortó el joyero con fatuidad—. Reconozco las marcas con una simple ojeada. —Examinó el gemelo con una lupa minúscula—. Esta joya no ha sido comprada en nuestras tiendas. Somos los únicos en Tánger que vendemos joyas de esta calidad, y esta no la tenemos catalogada.

—¿Está usted seguro?

—Tan seguro como que ningún masón irá al paraíso.

Volvió a mirar la joya.

—Ha sido reparado.

—¿Cómo?

—Sí, veo la huella de una soldadura muy bien hecha, ahí, justo debajo de la esmeralda. Un trabajo de alta precisión. ¡Admirable, chapó!

—¿Hacen ustedes reparaciones?

—Se las entregamos a un artesano fuera de serie. En Tánger solo hay dos de ese nivel. Los mejores del país. El nuestro está en el 93 del bulevar Pasteur. El otro, en la esquina de la calle Bella Vista.

Driss apuntó ambas direcciones en su libreta, se excusó por la molestia ocasionada a las dos señoras y volvió a su coche.

El artesano del bulevar Pasteur era un joven sobrio y tranquilo con pintas de empleado de funeraria. Llevaba un traje negro con cuello Mao y guantes blancos. Parecía tomarse muy en serio su oficio, rodeado de un montón de utensilios tan rutilantes como los instrumentos quirúrgicos que se ven en los quirófanos. Echó una leve ojeada al gemelo.

—Nunca he tenido esa joya entre mis manos.

—¿Quizás su asistente?

—No tengo asistente. Recuerdo todas las joyas que reparo. La suya no me dice nada.

Driss no insistió.

La rigidez del joven, su voz de ultratumba y su mirada vidriosa avivaron la susceptibilidad supersticiosa del teniente; un presentimiento que resultó acertado cuando, al aparcar su coche en la esquina de la calle Bella Vista, se encontró con que la tienda del segundo artesano estaba cerrada.

—Hach Yallel se ha ido a su pueblo para casar a su hija —le dijo un vecino.

—¿Cuándo regresará?

—Puede que dentro de una o dos semanas.

Eran más de las doce del mediodía. Driss recaló en un bar. Se pidió una cerveza y telefoneó al inspector Brik, que había estado de guardia la noche del 8 al 9 de abril.

—¿Puedo pasar a verte?

—Estoy de vacaciones —le contestó el inspector—. ¿De qué se trata?

—De algo que no se cuenta por teléfono.

Se produjo un silencio.

—¿Sigues ahí?

—Sí, sí... ¿Es urgente?

—Debí hablarte de ello antes, pero estaba muy confuso.

Un nuevo silencio. Luego le dijo:

—¿Dónde estás exactamente?

—En un bar de la calle Bella Vista.

—¿El Liban?

—En otro menos fino, frente a la BNP.

—Ya sé cuál es. Bueno, no ando lejos. Llegaré dentro de un cuarto de hora.

El inspector Brik tardó menos de diez minutos en aparecer. Iba con vaqueros y deportivas, su gorra de visera larga le llegaba a las cejas. Era un buen chaval, cortés y honrado al que Driss apreciaba mucho.

—No sabía que estuvieras de vacaciones.

—Hasta mañana no salgo para Uxda.

—Gracias por venir.

—De nada.

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias. Hoy ayuno.

—¿No te importa que siga con mi cerveza?

—Soy piadoso, no integrista.

—Escucha —le soltó el teniente a bote pronto—, no quiero entretenerte mucho tiempo. Estabas de guardia la noche en que mi mujer y yo fuimos agredidos. Apuntaste en tu registro una llamada de auxilio hacia las dos de la mañana.

—A las dos menos seis minutos exactamente. Una llamada de vuestra casa. El número de vuestro teléfono fijo está apuntado en la lista de la centralita. ¿Por qué me lo preguntas?

—No recuerdo haber llamado a nadie aquella noche. Me golpearon la cabeza. Cuando desperté, había policías en mi dormitorio. Mi mujer estaba inconsciente. La habían tapado con una sábana. Intenté despertarla. No lo conseguí. Luego llegó la ambulancia. No recuerdo qué ocurrió después. Ignoro si fui al hospital con mi mujer y...

—Efectivamente, los dos fuisteis al hospital. En estado de *shock*. El médico tuvo que daros un sedante para que os calmarais.

—No lo recuerdo. Lo que menos me convence es que pudiera llamar al servicio de urgencias y luego me volviera a desmayar. Eso no me cabe en la cabeza. ¿Estás seguro de que era mi voz?

—Eso es lo que dice el telefonista. Envié de inmediato una patrulla y una ambulancia a vuestro domicilio. El jefe de la patrulla me llamó apenas llegó para confirmarme la agresión. La puerta de vuestra casa estaba abierta. Los dos estabais sin sentido. Informé de inmediato al comandante, que

me ordenó que fuera inmediatamente allí para hacerle un informe detallado. Cosa que hice.

—¿Pudo ser la voz de otra persona?

—Me parece poco probable, teniente. ¿Quién más podía haber llamado aparte de ti? ¿El agresor? ¿Algún vecino testigo de la agresión? ¿Por qué habría fingido ser tú?

—¿Puedo pedirte un favor, inspector?

—En la medida de mis posibilidades.

—¿Por cuántos días te vas de vacaciones?

—Por 78 horas.

—Puedo esperar hasta tu regreso. Necesito una lista de las llamadas de mi teléfono fijo. ¿Es posible?

—La puedes pedir directamente a la oficina de Correos.

—Lo sé, pero prefiero que alguien lo haga por mí. Es muy importante.

—De acuerdo, lo haré a mi regreso.

Cuando el inspector Brik se fue, Driss se pidió otra cerveza y mandó al camarero a que le trajera un bocadillo del chiringuito de la acera de enfrente, donde el vendedor de pinchitos estaba avivando las brasas de su barbacoa.

Se zampó su bocadillo, se bebió su botellín de cerveza y encendió un enésimo pitillo contemplando a una piara de mocosos que jugaban al fútbol en la misma calle con una pelota remendada. Mientras apagaba su cigarrillo en el cenicero, vio al sargento Farid de pie tras él.

—¿Te han encargado que me sigas o qué?

—He reconocido su coche en el aparcamiento —dijo Farid.

Luego, algo confuso, añadió:

—No he podido conciliar el sueño la noche pasada. Se lo aseguro. No paro de echármelo en cara. Si no tuviera a mi suegra en casa, habría ajustado las cuentas a mi mujer.

—Ella no tiene culpa de nada.

—Podía haberme preguntado si el vaso, que por algo estaba metido en una bolsa...

—Siéntate y deja de gimotear. Si lo que pretendes es partirme el corazón, estás perdiendo el tiempo. Estoy hasta las narices de la mala suerte que no me abandona...

Farid se sentó enfrente de su superior, patético en su remordimiento.

—¿Has almorzado?

—No podría tragar nada. No sabe usted cuánto lamento lo que he hecho.

—No te preocupes.

—¿Cree usted que había algo interesante en el fondo del vaso?

—No creo. Debe de tratarse de los restos de algún medicamento que mi mujer se tomó después de mi partida.

—Me tranquiliza usted. —Hizo una señal al camarero—. Un zumo de naranja natural, por favor... Parece que se ha enganchado usted con ese desgraciado de Alal. En mi humilde opinión, hay que evitar a ese energúmeno. Es un pajillero que se las da de semental. Con él lo único que se cosecha son follones y broncas. Según el ordenanza, esta mañana el comandante le ha dado un buen repaso.

—Farid, ¿por qué no estás currando?

—¿Perdón?

—Te escaqueaste todo el día de ayer, y hoy estás haciendo lo mismo. ¿Te parece normal?

—Estaba en la oficina. He salido para dejar a mi cuñado por aquí cerca. Estaba a punto de regresar cuando he visto su coche en el aparcamiento.

—Por favor, deja de seguirme.

—¿Qué?...

—Puede que esté un tanto paranoico, pero necesito que me dejen tranquilo mientras se me aclaran las ideas.

Farid se levantó, asombrado a la vez que ofendido.

—Si es así, lo dejo ahora mismo... tranquilo, quiero decir.

Tras lo cual, salió del bar sin darse la vuelta.

Driss se dio cuenta de que se había pasado bastante.

Miró fijamente su cerveza y murmuró para sus adentros:

—Mi pobre Driss, necesitas cuanto antes un buen psicólogo.

## 12.

El lugar estaba lleno de moscas sobreexcitadas. El aire apestaba a putrefacción, obligando a los tres policías uniformados, que estaban un poco apartados, a taparse la nariz con pañuelos.

Tumbado boca abajo, el cadáver estaba medio oculto dentro de un matorral. Desnudo. Esposado. Una serie de rasgaduras en las pantorrillas, las nalgas y los hombros.

Con la punta de una rama, el inspector Brik intentaba retirar algo debajo de la cadera del cadáver. Su compañero de equipo, apenas salido de la adolescencia, tuvo una arcada y corrió a vomitar al pie de un árbol.

Al pie de la colina, en la carretera asfaltada, un coche se detuvo detrás de la ambulancia. El teniente Alal se apeó de él. Subió el terraplén que llevaba al lugar del macabro descubrimiento, estuvo a punto de romperse la crisma al tropezar con una piedra que se desprendió bajo su pisada y tuvo que asirse a los matorrales para seguir ascendiendo.

El inspector Brik se apartó para que su superior pudiera acercarse al cadáver.

Alal se aplicó un clínex contra la nariz, guardando las distancias. Siempre tuvo pánico a pillar un microbio en presencia de un cuerpo en descomposición.

—Quiero ver su rostro.

El inspector pidió a dos o tres agentes uniformados que dieran la vuelta al cadáver. Era una chica joven, de entre veintidós y veinticinco años, de tipo saheliano, pelo corto, casi al rape. Le habían sajado la garganta.

—¿Crees que es de aquí? —preguntó Alal.

—Del África subsahariana —dijo Brik—. Una migrante. Creo que se trata de la persona que un chico maliense nos señaló como desaparecida hace una semana.

—Es probablemente obra de un perverso —masculló Alal—. Hay que estar enfermo para penetrar con una porra a su víctima tras haberla torturado y degollado. Mucho me temo que tenemos a un asesino en serie suelto.

—¿Cómo? —se sobresaltó Brik, sorprendido por la expeditiva deducción de su jefe.

—Podría tratarse del mismo violador que atacó a Sarah Ikker.

Brik prefirió ocuparse del cadáver. Se conocía demasiado bien las paridas que era capaz de soltar su jefe con tal de enturbiar una investigación.

Driss languidecía en su despacho cuando sonó el teléfono. Descolgó de inmediato como si estuviera esperando una llamada capital. En realidad, estaba harto de rumiar ideas negras, atrapado en un despacho que apestaba a tabaco y por el que ya no aparecía ni el ordenanza.

—¿Sí?

—Soy Farid... Acaban de dejar en el depósito del hospital el cadáver de una joven asesinada.

—No soy médico forense.

—Al parecer, la mutilaron salvajemente, la violaron y degollaron.

—¿Y bien?

—Estaba esposada.

Driss aplastó su cigarrillo en el cenicero y esperó que el otro siguiera. Farid, que pensaba suscitar alguna curiosidad en su jefe, hizo tiempo durante un largo minuto. No hubo reacción. Solo un aliento entrecortado acompasado al sonido de interferencias del teléfono.

—¿Teniente?

—Te oigo bien.

—La víctima estaba esposada.

—Lo he oído.

—Pues...

—¿Pues qué?

—¡Pues yo qué sé! —farfulló Farid—. Puede ser un indicio... Alal piensa que podría tratarse del agresor de...

—Frena, sargento.

—Vale, es que este asunto de las esposas me pareció interesante.

—Lo que a mí me resulta interesante en la vida, mi pobre Farid, son las prisas con que la gente da por cierta cualquier historieta que le suelten. A este paso, de aquí a una generación o dos, los seres humanos nacerán sin cerebro ni conciencia. En su lugar tendrán una pulga electrónica para poder transmitir, con los ojos cerrados, cualquier rumor.

—¿Usted cree?

—Pongo mi mano en el fuego. El ser humano se embruteció en el momento en que renunció a su sentido común para poner su libre albedrío en manos de los manipuladores. ¿Te has fijado en una cosa? Basta con que sueltes cualquier burrada en la calle, por inverosímil o absurda que sea, para que todos se encarguen de difundirla por el mundo entero sin importarles un bledo estar haciendo el ridículo. Si no deseas que te arrastre a ti también la riada, intenta comprobar por ti mismo cuanto te propongan como santa verdad, y no ladres más con la jauría si no quieres que esta te devore a poco que flaquees.

Al colgar, el sargento Farid quedó convencido de que en su jefe se estaba operando un formidable cambio mental; solo ignoraba si se trataba de esquizofrenia o de depresión.

Los dos empleados de la morgue saboreaban sus bocadillos junto a un cadáver tapado sobre la mesa de operaciones. Tenían cierta edad, uno con las sienes canosas y un bigote poblado, el otro achaparrado y con una tonsura monjil.

El bigotudo contaba:

—Solo comíamos higos chumbos, a todas horas del día. Al final, teníamos tal estreñimiento que, de tanto apretar para poder cagar, a uno se le reventó el nervio óptico del ojo derecho.

—No me lo puedo creer —relinchó el otro.

—Te juro que es verdad. El chaval se quedó tuerto al instante.

—¿Y tú?

—Yo pillé una fisura anal que tardó años en curar.

El ruido de pasos por el pasillo obligó a ambos enfermeros a ocultar lo que les quedaba de bocadillo en el bolsillo de su bata y a recomponer su actitud. Los batientes de la puerta de la cámara frigorífica se apartaron para dar paso al inspector Brik y a un adolescente negro vestido

con un chándal arrugado y deportivas desastradas.

Se destapó la parte alta del cadáver.

El adolescente se tapó el rostro con las manos y titubeó; el inspector lo agarró por la cintura para que no cayera al suelo.

—¿Es ella?

El chico no consiguió emitir un sonido; estaba en estado de *shock*, a punto de desmayarse. Asintió con la cabeza. Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas.

El inspector lo abrazó para confortarlo.

El teniente Ikker quiso asistir a la declaración del chico. Dijo llamarse Adama y que era maliense, tenía quince años y quería ir a Europa con su hermana Aminata. Llevaban siete meses en Marruecos, estafados repetidamente por los traficantes de pateras y malviviendo al día. Contó que a su hermana la chuleaba un tal Ashoa, un bruto burkinés que extorsionaba a los migrantes y apaleaba a los que no tenían nada que ofrecerle.

Alal también se hallaba en el despacho del inspector Brik, que estaba tecleando en su ordenador la declaración del chico.

—¿Por qué Ashoa ha asesinado a tu hermana?

—Porque iba a denunciarlo a la policía. Aminata no quería prostituirse. Ashoa había montado en el bosque una tienda de campaña con los restos de lona de una obra. Allí dentro era donde ocurría todo. Cuando fui a verlo para que dejara tranquila a mi hermana, Ashoa me dio un navajazo. —Levantó su chándal para enseñar la cicatriz de un corte de varios centímetros en la espalda—. Me dijo que eso era solo un aviso y que, si no cerraba el pico, lo que me esperaba sería mucho peor.

—¿Dónde podemos encontrar a ese cabrón? —le preguntó el inspector Brik.

—Hace una semana que ha desaparecido. Yo iba cada día a la guarida de Ashoa para ver a Aminata. En un momento dado, ya no pude verla. Cuando pregunté a los hombres de Ashoa dónde había ido a parar mi hermana, no quisieron decirme nada. Por su manera de evitarme, comprendí que algo había ocurrido. Por eso denuncié a la policía la desaparición de mi hermana.

—¿Y cómo es ese Ashoa?

—Es muy alto, tiene una oreja torcida. Cojea un poco —Alal dio un respingo que contuvo de inmediato— porque tiene una pierna más corta que la otra. Tiene los dientes de delante partidos y un tatuaje en el brazo, un cuchillo con una serpiente alrededor.

El inspector Brik le pidió más información sobre la zona donde operaba el asesino y trazó un círculo rojo sobre el área en cuestión en el plano claveteado en la pared. Mientras Alal se llevaba al joven a otro despacho, Driss se volvió hacia el inspector.

—Al parecer, la víctima llevaba esposas.

El inspector sacó de un cajón una bolsa de tela y se la enseñó al teniente.

—Aquí dentro están.

Eran esposas medio oxidadas de fabricación casera, con eslabones unidos por alambre: nada que ver con las que vio en las muñecas de su mujer la noche de la violación.

El asesino de Aminata fue detenido dos días después, al anochecer. Estaba a punto de saquear un

contenedor en una zona abandonada de la estación de ferrocarril. Al principio lo negó todo categóricamente; luego acabó confesando. Driss exigió estar presente en los interrogatorios para asegurarse de que las confesiones no fueran, todas ellas, resultado de una sesión de tortura. El asesino lo soltó todo, hasta el menor detalle, explicó a los investigadores que Aminata se había quedado embarazada y lo había amenazado con denunciarlo a la policía. Cuando le preguntaron por qué se había ensañado tan salvajemente con su víctima, contestó sin más:

—Para que sirviera de ejemplo a las demás.

Tras esa detención, once chicas obligadas a prostituirse, todas de origen subsahariano, fueron liberadas por la policía: estaban secuestradas en locales improvisados en las colinas. Algunas estaban enfermas, deshidratadas por la disentería, otras presentaban marcas de malos tratos y estaban hambrientas.

Para el teniente Alal, que tenía la esperanza de haber echado el guante al violador de Sarah, aquello fue una catástrofe.

## 13.

—¡Qué aspecto más penoso tienes, querida mía! —se lamentó Narimène en la puerta de entrada.

Sarah se apartó para que entrara la esposa del comisario Rachid Baaz.

Se besaron en las mejillas en el vestíbulo.

Narimène tenía en una mano una caja con un bonito envoltorio; colocó la otra bajo la barbilla de Sarah y expuso su rostro hacia la luz.

—¿Te has visto en un espejo? Cualquiera diría que llevas meses ayunando.

—Algo de cierto hay en ello —confesó Sarah llevando a su visitante al salón.

—Hasta los fantasmas tienen mejor aspecto que tú, pobre mía. ¿Qué ha sido de tu garbo?

—Se me ha extraviado.

—Además, estás deprimida. Eso no es nada bueno. Reacciona ya, por favor. ¿Quién no tiene sus preocupaciones hoy en día? ¿Acaso es eso un motivo para privarse de las alegrías de este mundo?

Se sentaron en unos asientos acolchados y forrados de terciopelo granate que recorrían todas las paredes, dentro del más puro estilo marroquí. Una gacela disecada se revolcaba sobre una alfombra bereber, entre un samovar plateado y un quinqué gigante.

Narimène depositó su caja sobre una mesa baja de hierro forjado.

—He traído para nosotras dos una estupenda tarta de Chez Ghizou.

—Gracias, pero no tengo gran cosa que ofrecerte. Mi frigo está vacío.

—¿Por qué?

—A Driss se le ha olvidado hacer la compra. Prefiere comer fuera, y yo no tengo más remedio que pedirme *pizzas*.

Narimène sacó su teléfono, llamó a su sirviente y le ordenó que fuera de inmediato al zoco para aprovisionarse de frutas y verduras, que comprara carne en su carnicero habitual y lo llevara todo a casa de los Ikker.

—No era necesario que se tomara tantas molestias —dijo Sarah con voz cansina.

—Para eso se le paga... Menudo despiste tiene tu marido. Y qué egoísta es... Espero que al menos tengas agua corriente en casa.

Sarah sonrió.

—Así es como me gusta verte —la felicitó Narimène—. No cuesta nada sonreír, pero vale más que todas las estrellas del cielo... Bueno, no te muevas. Voy a preparar un té de esos que no se olvidan.

—Todavía me quedan energías para atender mi hogar.

—No he dicho que estés moribunda. Estamos hablando de té, y yo soy hija del desierto. Nadie en el mundo prepara el té como la gente del sur.

Fueron las dos a la cocina. Mientras Narimène calentaba el agua en un hervidor eléctrico, Sarah salió al jardín para coger un poco de menta.

—Con menta fresca está mucho mejor.

—Yo no puedo vivir sin ella. En el piso de Casablanca, la cultivaba en macetas que tenía en el balcón.

—Desgraciadamente, yo compro mis verduras en el mercado. Ya me gustaría cultivarlas yo misma, en mi casa. Me sobra espacio para ello. Pero los pijos locales opinan que tener un huerto propio es cosa de catetos...

El hervidor emitió un pitido.

Narimène dijo:

—El jueves te estuve esperando. Todas las invitadas eran de muy buena familia, te lo aseguro. Wafa nos deleitó con un recital impresionante.

—Os habría aguado la fiesta con mi melancolía.

—Ni mucho menos, te habría sentado de maravilla. Además, nos lo habías prometido.

—¿Qué es una promesa sino un compromiso que no hay por qué cumplir?

Regresaron al salón con una tetera humeante sobre una bandeja. Narimène cortó dos porciones de tarta. Bebieron unos sorbos de té en silencio y luego, tras limpiarse los labios con un pico de pañuelo bordado, la esposa del comisario miró con preocupación a la del teniente.

—Estoy preocupada por ti, querida. Eso de recluirte en una casa sin nadie que te haga compañía es una monstruosidad. No permitas que la pena se adueñe de tu vida o te destruirá más rápido que una gripe aviar. Has sido agredida, estamos de acuerdo, pero ¿por qué prolongar tu sufrimiento? Todas las mujeres son violadas de un modo u otro, con o sin su consentimiento. A veces me duele la cabeza, estoy agotada tras una dura jornada, no tengo ganas de que me toquen, y sin embargo me veo obligada a ponerme patas arriba y, por momentos, a apartar yo misma mis nalgas.

—No es lo mismo.

—Es lo mismo, salvo que los contextos son distintos... Escucha, cielo, he venido para recordarte que no estás sola, que tienes una amiga que te quiere como si fueras su hermana pequeña. Me apena saberte infeliz. La vida va más allá de un incidente, por grave que este sea. Tienes que volver a disfrutar de las cosas de este mundo y seguir adelante. Esta noche, la diva argelina Nassima da un concierto andaluz en el teatro Darna. Tengo dos invitaciones, una para ti y otra para mí. Después, si te parece bien, podríamos cenar en la Posada del Hafa.

—Ni siquiera tengo el valor de salir a mi propio balcón, Narimène. Apenas salgo fuera, tengo la sensación de que todo Tánger me está compadeciendo.

—Pues que se vayan al diablo los mirones. Lo hecho hecho está. ¿No ves la tele? Hay estrellas internacionales que no dudan en hablar de las violaciones de que han sido objeto delante de millones de telespectadores, celebridades que cuentan cómo han sido víctimas de incestos. La gente las compadece, se moviliza para apoyarlas y para ayudarlas a superar su trauma.

—No en nuestro país, con nuestras mentalidades medievales.

—No te estoy pidiendo que salgas en la tele, sino que superes tu trauma, querida. Tu público soy yo, son tus familiares, la gente que te quiere. No tienes por qué hacer tuya la vergüenza que le corresponde tener al cabrón que te ha mancillado. Cuando se es víctima, no debe uno culpabilizarse.

—¿En qué planeta vives, querida Narimène? La mujer siempre es culpable de ser la víctima, y así ha sido desde siempre.

—Así y todo. El mundo se mueve al revés, ya lo sabemos, pero a nosotras, las mujeres, nos corresponde hacerle cambiar de rumbo.

—No se me dan bien las revoluciones.

—Nada se te puede dar bien si renuncias a luchar.

—¿Crees que no lo he intentado? Cada mañana, al levantarme, me digo: dale un bocado al sol, hija de los Chorafa, y aprieta bien los dientes para no dejar la menor migaja a la mala suerte que has tenido. Pero cuando veo la cara que pone Driss, me desanimo. En ese tipo de lucha, se necesita contar con aliados, y Driss no me ayuda. Se ha replegado sobre sí mismo y eso arruina todos mis esfuerzos.

—Driss es un hombre, y los hombres no saben valorar las cosas en su justa medida. Tú eres la que ha sido violada, pero él cree ser el que más sufre. Tu carne profanada no tiene tanto valor como su supuesto honor. Estoy al tanto de su ofuscación. Por más que Rachid intenta ayudarlo, tu marido no deja de regodearse en su condición de víctima expiatoria...

—No le guardo rencor —la interrumpió Sarah—. No es mala persona, te lo aseguro. Siempre ha sido bueno conmigo. Sufre porque no consigue aceptar. Es por mí, y no por su honor, por lo que no sabe a qué atenerse.

—Me pareces más ingenua que indulgente, querida. Todos los hombres son iguales. Nos consideran una posesión, no personas de pleno derecho. Para algunos, es tan grave que violen a su mujer como que les pintarrajen el coche.

—Estás exagerando. No puedo estar de acuerdo contigo.

Narimène le cogió ambas muñecas con ternura.

—En cualquier caso, por lo que respecta a nosotras, Driss no cuenta porque ahora se trata de ti. Quiero que saques la cabeza del agua, que respires aire puro para descontaminarte el alma. No tienes derecho a emparedarte en tu soledad. Esta noche iremos al concierto de Nassima.

—Me encantaría pero no puedo.

—¿Por qué?

—No me imagino divirtiéndome teniendo como tengo el corazón destrozado.

—Te vas a venir conmigo, ¿está claro? Y te aviso de que no pienso salir de esta casa sin ti. Ya sabes lo testaruda que soy.

Sarah recuperó sus manos y las masajeó brevemente porque el apretón de Narimène le había dolido un poco.

—Tienes que moverte, Sarah. Demuéstrate a ti misma que estás viva.

Sarah entornó los ojos alrededor de un lejano pensamiento, repitiendo «viva» en un susurro imperceptible.

—Probablemente tengas razón —admitió tras honda meditación—. Me siento como si estuviera disolviéndome en la oscuridad. Tengo que salir de este agujero.

—Esa es una gran decisión, querida. Vamos a escuchar buena música y a dejarnos mecer por la celestial voz de Nassima. No hay mejor terapia que un concierto andaluz. Ya verás lo bien que te va a sentar.

—¿Cómo se lo va a tomar Driss?

—Nos importa un bledo. Debería hacer lo mismo por su cuenta. Que se junte con sus amigos en los bares o se divierta como le dé la gana. Eso es asunto suyo, no nuestro. —Volvió a cogerle ambas muñecas—. Por cierto, ¿habéis vuelto a hacer el amor?

—Todavía no.

—¿Y a qué estáis esperando?...

—Driss no está todavía preparado.

—¿Cómo puede ser? ¿Está ciego o qué? Un bombón como tú resucitaría a un muerto. —Se la quedó mirando de soslayo, enarcando una ceja—. Sé sincera conmigo, guapetona, ¿no será tu marido un poco...?

Sarah soltó una carcajada, colmando de alegría a su amiga.

—¿Qué va! ¿Qué te hace suponer algo así?

—¡Pues es como para preguntárselo! Por ti se volvería lesbiana hasta una respetable ama de casa.

Sarah volvió a reír.

Dijo:

—Driss es de lo más normal, aunque tampoco es un fanático del sexo.

—No me extraña. Es del interior del país. En su aduar, dedican más tiempo a meneársela que a buscar el punto G.

—Deja ya de decir obscenidades, Narimène —le rogó Sarah, roja como un tomate—. El sexo no lo es todo. Quiero a mi marido y soy feliz con él.

—No digas disparates, Caperucita Roja. El sexo es la base de todo. Tienes que hacer todo lo posible para que tu marido te haga el amor. Solo así podrás conseguir que espabile de una vez. Si te da la espalda bajo el plumón, pasa por encima de él y vuelve a ponerte enfrente, mirándole directamente a los ojos. La pareja no se sustenta solo en un buen entendimiento, querida. Las relaciones sexuales son su regadío. Si cierras las compuertas, tu oasis se seca y se desvanece como un espejismo.

Driss se imaginó lo peor al encontrarse la casa sumida en la oscuridad. Encendió la luz del vestíbulo y llamó a su mujer. Al no obtener respuesta, subió al piso a la carrera, temiendo que Sarah hubiese sufrido una sobredosis de antidepresivos.

El dormitorio estaba impecablemente ordenado, pero no había nadie. Fue a las demás habitaciones donde a veces se refugiaba Sarah para leer alguna novela y bajó de nuevo con el corazón en un puño. Sobre la mesa de la cocina había bolsas con provisiones, dos vasos y una tetera en el fregadero, un trozo de tarta sobre una bandeja. Por tanto, alguien había estado allí mientras estaba trabajando. Miró su reloj, las diez y cuarto. ¿Dónde estaba Sarah? ¿Por qué no lo había llamado para decirle que iba a salir? Driss se preguntó si Sarah no se había quejado a su madre y esta había venido para llevársela a Kenitra. El Hajja era capaz de aparecer sin avisar y de meter a su hija en un coche sin necesidad de rendir cuentas a nadie.

Driss estaba tan desconcertado que no se fijó de inmediato en el papel pegado en la nevera. Cuando por fin lo vio, se sintió aliviado.

*He salido con Narimène. Puede que llegue tarde. Tu cena está en el horno.*

A modo de firma, la huella de un beso.

Driss se desvistió para ducharse. Se entretuvo una eternidad achicharrándose bajo el agua caliente. Se puso un albornoz y bajó a la cocina para comiscar unas galletas antes de acomodarse en el salón. Cogió el mando de la tele, zapeó atropelladamente sin encontrar nada susceptible de interesarle, apagó y fue a acostarse. Al no conseguir pegar ojo, fumó un cigarrillo en la cama, otro

en el balcón, volvió a vestirse y salió fuera para despejarse las ideas.

Caminó calle abajo hasta el final. La noche era suave y apacible. Algunas familias cenaban en los porches de sus viviendas. Algunos jóvenes insomnes se emporraban en las zonas oscuras. De aquí y allá brotaban risas junto con la llantina de bebés y los refunfuños de cabreo de algún que otro abuelo cascarrabias harto de tanto griterío...

Driss regresó para sacar su vehículo del garaje. Puso un CD de los Hermanos Mégri y fue conduciendo sin rumbo por los anchos bulevares. Sin percatarse de ello, se cruzó toda la ciudad y acabó tomando la carretera de la playa de Mercala. Aparcó a un lado de la carretera para contemplar los barcos atracados. La niebla difuminaba las luces marinas.

Encendió la luz interior del vehículo, sacó de su bolsillo el gemelo y lo colocó en el hueco de su mano con impasible mirada.

Cuando regresó a casa, Sarah estaba esperándolo en el dormitorio con el camisón puesto. Su silueta destacaba en el contraluz tamizado de la lamparilla de noche, detrás de ella. Al verlo, aflojó con lasciva gestualidad la sujeción sedosa de su prenda, que se deslizó desvelando el espléndido contorno de su cuerpo. Driss no tuvo opción de repeler aquella acometida cuando fue hacia él. La agarró con una rabia animal, la arrojó sobre la cama, la puso boca abajo y la poseyó violentamente. Sarah dejó que se desahogara, apretando los dientes, con lágrimas de dolor corriéndole por las mejillas. Tuvo la sensación de que su marido la estaba violando porque nunca antes la había poseído de tal modo.

## 14.

Ir a casa de la cantante Wafa era como adentrarse en un cuento de las *Mil y una noches* y cerrar el libro tras de sí. Una vez traspasado el umbral de su casa, uno se sentía propulsado por una galería de ensueño con aroma a incienso y a adormidera.

Era la primera vez que Slimane Rachgoune pisaba la casa de la artista. Había oído decir de Wafa que era extravagante, que traspasaba los años y los folclores como un meteorito, que por la mañana era diosa hindú, por la tarde sultana de Arabia y sacerdotisa de Hera por la noche, pero lo que nunca pudo imaginar era la apabullante naturalidad con que se movía en su mundo paralelo.

El fámulo apostado en la entrada, travestido de eunuco otomano, le hizo tal reverencia que casi barrió el suelo con el belfo para señalarle con teatral gestualidad el sendero bordeado de rosales y apresurarse a acompañar al secretario de la Comisaría Central hasta una cancela donde otro sirviente, este disfrazado de Aladino, tomó el relevo. Slimane no acababa de creérselo. La morada de la cantante era un palmeral encantado poblado por mariposas multicolores y bonancibles murmullos. Una pareja de antílopes se solazaba al sol en un cercado; un zorro sahariano deambulaba por su jaula a proximidad de una pitón albina apresada en su terrario; un cisne se contoneaba en una piscina tapizada por nenúfares de ensueño; dos loros se desgañitaban sobre su percha. Solo faltaba una jirafa para que el arca de Noé soltara amarras. Slimane estaba patidifuso. Conocía a la mayoría de los grandes ricachones de la ciudad, sus palacios y sus fastos, pero esta era la primera vez que tenía la impresión de entrar en el túnel del tiempo.

Aladino se detuvo ante otra cancela, señaló el camino al visitante y se perdió de vista en un santiamén.

Rodeada de una servidumbre obsequiosa atenta a la menor señal de mando, la diva de Tánger estaba repantigada sobre un mullido cojín, en pleno centro de su paradisiaco jardín, volátilmente ataviada con un simple sari, una pipa entre sus ahusados dedos de largas uñas esmeradamente pintadas. Un coloso negro, pura fibra muscular, le estaba masajeando los tobillos mientras, bajo una sombrilla blanca, una especie de bonzo recién salido de un fumadero de opio rasgaba beatíficamente su cítara con los ojos en blanco.

Slimane carraspeó en su puño para señalar su presencia. La diva le rogó con mística gestualidad que no la molestara.

El secretario del poderoso jefe de la policía de Tánger se lo tomó con paciencia, de pie sobre el césped, tan cabreado como acojonado.

Slimane nunca se había fiado de artistas ni de intelectuales en general. Esos iluminados que, en vez de comerse el mundo a dentelladas, se pasaban la vida mariposeando entre exquisiteces. Además, cómo fiarse de una gentecilla tan engreída que anteponía su estúpido ideario a los mayores valores de este mundo; de unos fanáticos tozudos y suicidas a quienes no importaba acabar pudriéndose por siempre en una cárcel en defensa de un poema o un eslogan por el que habían apostado con una ceguera ideológica indefendible a todos los efectos. Slimane era un

hombre de su época, metódico, concentrado y pragmático, para quien el tiempo es algo contante y sonante como el propio dinero, y la existencia, un espacio idóneo para el trapicheo y la inversión. No recordaba haber tratado jamás con alguien sin antes haber visto en ello algún beneficio. Pero precisamente porque siempre había intentado sacar tajada de cualquier asunto, sabía que la misión que le habían encomendado esa mañana podía acabar costándole el puesto. La mujer con la que iba a tener que tratar no era de las que regalaban nada; y, para colmo, sus influencias y su propia malignidad podían acabar con su carrera.

Una vez acabada su pieza, el bonzo colocó delicadamente su cítara sobre un caballete y se dispuso a esperar las siguientes órdenes con patética humildad.

—Ha estado perfecto, Himèche. Bravo.

—¿Desea Lalla Moulati que le toque otra cosa?

—Luego, más tarde. Por ahora puedes descansar.

El músico juntó las manos bajo su mentón y se retiró retrocediendo como un duende escapista.

La diva dio unas cuantas chupadas a su pipa, espiró el humo y, apoyándose en un codo, se dignó por fin a volverse hacia el secretario.

—Creía habérselo dejado claro al gobernador. Me prometió enviarme al propio comandante de la policía —dijo con retintín.

—Al comandante le ha surgido un compromiso a última hora, señora. Él mismo me ha rogado que venga yo.

—Me parece que no se entera usted de nada, joven. ¿Acaso pretende decirme que hay asuntos más prioritarios que atender mis problemas?

—No he dicho nada parecido, señora.

—Entonces, cuide su lenguaje si no quiere que sus jefes le callen la boca. He pedido insistentemente al gobernador que exija al comandante de la policía que se ocupe de mi caso. No soporto que se me desatienda.

—El comisario lo lamenta profundamente, señora...

—¿Y quién es usted?... —lo interrumpió con un dejo de cabreo.

—Su secretario particular, señora. Slimane Rachgoune, para servirla.

Se lo quedó mirando como si estuviera en un museo de alimañas venenosas, antes de señalarle de mala gana el asiento del músico.

—Prefiero estar de pie, señora. Me duelen las rodillas.

—En ese caso, siéntese en la silla de anea —le ordenó—. Odio que me hablen desde las alturas.

—Es lo que menos pretendo, señora.

—Le estoy hablando de mi posición, joven. No me hace ninguna gracia mirar de abajo arriba a la gente de medio pelo.

Slimane obedeció con una rapidez que lo dejó asombrado. Él, que tenía por costumbre mirar por encima del hombro a los ricos, ser grosero con los puritanos y altivo con los advenedizos, se sorprendió diluyéndose en su propia transpiración. Es normal, pensó para conservar un mínimo de autoestima: la diva tenía una relación privilegiada con Su Majestad. Nadie podía permitirse cometer un lapsus con ella sin hacerse de pasada un corte en la lengua.

—¿Sabe usted, señor Rachgoune, por qué el mundo va a la deriva?

—No, señora.

—Porque ya no hay respeto en ninguna parte.

A Slimane se le atascó la nuez en la garganta.

—No se respeta al poeta, ni al músico ni al comediante.

Él se limitó a asentir con la cabeza.

—En el teatro, unos incultos parlotean detrás de usted y le impiden escuchar lo que se está diciendo en el escenario. En el cine, la gente no para de toquetearse en la oscuridad sin manifestar el menor interés por la película. En la inauguración de la exposición de un pintor eminente, una se ve rodeada de muertos de hambre que solo han ido hasta allí por el *catering*. ¿No es para desesperarse?

—Desde luego, señora.

Dio una palmada y un fámulo apareció como por arte de magia, con una bandeja de plata en su mano enguantada de seda.

—¿Un zumo de naranja, señor Rachgoune?

—No quisiera abusar de su hospitalidad, señora.

—Es un cóctel que yo misma he inventado —insistió.

—En ese caso, con mucho gusto.

Le dejó tiempo para que probara su mejunje mágico, expulsó con lánguida mano al sirviente y se recostó en su cojín.

—¿Cuál es el peor de los ultrajes, señor Rachgoune?

El secretario casi se atragantó por los nervios.

—¿Usted perdona, señora?

—¿Cuál es el peor de los ultrajes?

Slimane se lo pensó a la carrera, intentando captar todos los matices posibles de la pregunta, y solo consiguió incrementar su nivel de transpiración. Se preguntó en qué tipo de encerrona estaba cayendo y maldijo al comisario por haberle tendido esta trampa, convencido de que el precioso día que se había prometido pasar al despertar aquella mañana iba a acabar muy mal para él, pues la cortesana del rey estaba resultando ser tan susceptible como un cable de alta tensión.

—No tengo la respuesta, señora.

Dio una larga chupada a su pipa y soltó el humo, esta vez directamente a la cara del visitante.

Dijo, tras profunda meditación:

—Molestar a un poeta en plena inspiración, querido señor, es el peor de los sacrilegios. Si el mundo va mal, no es porque haya un energúmeno como Trump en la Casa Blanca, ni tampoco por culpa de la crisis financiera, ni de los éxodos masivos que desplazan fronteras y hacen que las naciones se replieguen en su hipotético ego... Si el mundo va mal, es porque se entorpece la creación artística tan necesaria para la paz de las almas.

Poco ducho en lirismo, Slimane no alcanzaba a descodificar las alusiones de la diva. Se arrepentía de estar allí, en el corazón de un oasis edénico, con la sensación de estar muerto de sed y de insolación. Se bebió la naranjada hasta la última gota intentando imaginarse lejos, muy lejos de esta dama cuya mirada alucinada parecía atravesarle el cuerpo.

—¡Moussa! —exclamó de repente al coloso que le estaba masajeando los pies.

El sirviente se quedó fijo.

—Te he dicho mil veces que tengas cuidado con mi tobillo izquierdo.

—Hay un nudo ahí, Lalla.

—Me haces daño, animal.

El coloso negro siguió masajeando a su ama, ahora con más cuidado.

La diva se lo quedó mirando un momento con una mueca de enfado en los labios; luego lo dejó correr con un suspiro de hartura.

Dijo a Slimane:

—Hace cuatro días con sus noches que no consigo parir una estrofa, señor Rachgoune. Cada vez que agarro mi pluma, la hoja en blanco me remite a un vacío abismal... Ya ve usted, señor mío, hasta qué punto un poeta necesita serenidad para crear. Así son las cosas. Necesita estar en sintonía consigo mismo, desconectado de un mundo embarullado en sus estupideces. Necesita ponerse a salvo de todo lo susceptible de convertirlo en una sombra chinesca sobre una pantalla improvisada.

—Totalmente cierto, señora.

—Cuando un poeta ya no consigue producir, para él la vida se convierte en una espantosa agonía.

—Me lo imagino, señora.

—Si el mundo va mal es porque el poeta sufre. Y yo odio sufrir. Estoy hecha para que el sueño permanezca, señor mío, para que el espíritu y el cuerpo se fusionen en una alquimia reparadora, para que el pulso del solfeo supla todas las cacofonías del mundo. Soy la diva Wafa santificada por su gracia. Insufla una segunda alma a los desesperados, vuelvo a dar valor a quienes han perdido la fe, reconcilio a los seres con las cosas. Soy la música, el canto y la poesía combinados, tan necesaria como el pan y el vino, tan sagrada como la oración y el amor.

Slimane estaba a punto de estallar. Suplicaba a santos y demonios para que la megalómana maniacodepresiva le explicara de una vez por qué estaba allí, padeciendo su delirio.

—¿Acaso la ha ofendido alguien, señora? —preguntó con la esperanza de empezar a enterarse de algo.

—¿Por qué motivo cree usted que he estado hostigando al gobernador? ¿Por el simple gusto de ser desagradable?

—Por eso mismo me ha ordenado el comisario Rachid Baaz que venga a verla, señora. Da toda su importancia a...

—Si diera la menor importancia a mis preocupaciones —lo cortó—, no me mandaría a su ordenanza.

—Soy su secretario.

—Es lo mismo. A quien estaba esperando es al propio comisario. Pero bueno, ya que está usted aquí, no lo voy a entretener mucho más tiempo. Sepa que considero la defección de su jefe una ofensa que no pienso olvidar. Dígaselo, por favor. Mi problema se merece una atención particularizada porque implica al mando de la policía.

Slimane se contrajo como un cangrejo.

—¿El mando de la policía, señora?

—Lo que está usted oyendo, señor. Si no consigo inspirarme desde hace cuatro días y cuatro noches, es por culpa de un maldito oficial de policía perteneciente a su unidad.

—¿Cómo puede ser eso posible, señora?

—Eso le pregunto yo.

—¿Ese oficial tiene nombre?

—Driss Ikker.

Slimane se dio una palmada en la frente.

La diva prosiguió:

—No deja de importunarme. Ya son tres las veces que ha venido a sacarme de mis casillas: el lunes, el martes y el miércoles. Precisamente a la hora en que me dispongo a entrar en trance. Echando a perder los escasos momentos en que me siento en sintonía conmigo misma...

Slimane se secó la frente con un pañuelo. Febrilmente.

La diva alzó un poco el tono:

—Poco le falta a ese oficial para hacerme responsable de la violación de su esposa. Se planta en mi casa sin previo aviso, zarandea a mi vigilante, como si en este país no hubiera orden ni contención.

—¿Puede decirme cuál es el motivo de sus intrusiones en su casa, señora?

—Eso habría que preguntárselo a él. La primera vez fue para preguntarme si su mujer había asistido a la fiesta que organicé en mi casa la noche del 8 de abril con motivo de la circuncisión de mi sobrino. Le dije que, efectivamente, su esposa había estado aquí y que había pasado una estupenda velada con nosotros. Al día siguiente, regresó para hacerme las mismas preguntas. Sin anunciarse y con todo el descaro del mundo. Intenté ser amable por respeto a su dolor. Esto es algo que nunca hago con los bellacos. Y el miércoles, vuelta a lo mismo. Pensaba que ya no tendría que volver a verlo cuando esta mañana ha vuelto a plantarse en mi casa, pero esta vez he ordenado a Moussa que lo largara directamente.

—Sin la menor duda, es una actitud lamentable por parte de un oficial de policía.

—Es absolutamente inadmisibile, señor Rachgoune. Si me he limitado a hablar con el gobernador, es por la alta estima en que tengo al cuerpo de policía. De haber sido otro, habría llamado al mismísimo ministro.

—¿Y qué quería saber exactamente para volver a molestarla tantas veces?

—Acosarme a preguntas como si fuera una vulgar sospechosa. Quería saber cómo estaba su mujer aquella noche, con quién había hablado, si había llegado sola o con alguien, quién la había acompañado hasta su casa. Le expliqué que aquella noche tenía muchos invitados y no pude estar pendiente de todo el mundo. Su mujer llegó con la señora Baaz, eso sí lo recuerdo bien. La recibí con toda la amabilidad del mundo, como a mis demás invitados, que selecciono al máximo. Luego la perdí de vista. Ignoro a qué hora se fue. No vino a despedirse. Además, no me corresponde acompañar a mis invitados a su casa. Son bastante mayorcitos para arreglárselas solos... Ayer, el teniente estuvo especialmente agresivo. Quería que le entregara la lista de mis invitados; bueno, la de los señores. Me dio a entender que el agresor de su mujer podía estar en ella. Le señalé que mis invitados eran todos ellos personas bien educadas y que no se me ocurría quién hubiera podido seguir a Sarah hasta su casa para violarla. El teniente se puso a gritar y a amenazarme. Si Moussa no llega a intervenir enérgicamente, podía haberme golpeado. Cuando se fue, necesité tres dedos de whisky para reponerme del disgusto.

—Alucinante.

—¿Por qué se ensaña conmigo su teniente? ¿Qué culpa tengo yo de lo que le ha ocurrido?

—No tiene usted por qué preocuparse, señora.

—Quien tiene que preocuparse es él, así como su comandante.

—No iremos tan lejos, señora. El teniente Ikker se ha tomado muy mal la agresión a su mujer.

Se está comportando del mismo modo con todo el mundo.

—Yo no soy todo el mundo.

—Desde luego, señora. Le prometo que vamos a amonestarlo muy seriamente. No volverá a perturbar su inspiración.

—Más le vale, créame.

—Por supuesto que la creo, señora. Considere resuelto este lamentable despropósito. El comisario Baaz sabrá ponerle remedio con la máxima firmeza. Hay cosas con las que no se juega. El teniente Ikker será sancionado como corresponde.

La diva empujó con el pie al coloso negro y se incorporó.

—¡Qué torpe has estado hoy, Moussa!

—Lalla, tiene usted tobillos de diosa. ¿Cómo quiere que unas manos tan bastas como las mías los puedan rozar sin dañarlos?

—No me adules con mis propios poemas, Moussa.

—Sus poemas son versículos, Lalla.

Ella soltó una risotada de satisfacción y lo despidió, condescendiente a la vez que misericordiosa.

Tendió su pipa al secretario.

—¿Y si fumáramos un poco de opio para reponernos de nuestras emociones?

Slimane ya había visto y oído bastante.

—Señora, tengo que regresar obligatoriamente para informar a mi superior sobre este desgraciado incidente.

—Lástima —dijo ella dándole la espalda para hacerle entender que era hora de que desapareciera de su vista.

## 15.

—Ahí sí que se ha pasado del todo —admitió el comisario Rachid Baaz tras haber escuchado en silencio a un Slimane traumatizado por su encuentro con la diva Wafa.

—Esa idiota podría buscarnos complicaciones con los de arriba —se alarmó el secretario—. Le bastaría con que una mosca cayera en su taza de té para movilizar a toda la corte real.

El comisario Baaz se cogió la barbilla con los dedos para reflexionar. No parecía tan indignado como su secretario, pero las barbaridades del teniente Ikker parecían preocuparlo mucho.

—¿Por qué quiere la lista de todos los hombres invitados a aquella velada?

—La verdadera pregunta, jefe, es ¿cómo se atreve a reclamar tal lista?

—Yo dirijo la investigación —les recordó el teniente Alal—. Ikker no tiene derecho a entrometerse en ella.

—Eso, por descontado —ratificó Slimane—. Ikker olvida que hay una jerarquía a la que debe atenerse. Su honor humillado no lo exime de un mínimo de contención. Ese cretino no sabe en qué lío se está metiendo.

—Está perjudicando a toda nuestra institución —remachó Alal.

—La cantante Wafa tiene, entre sus fans incondicionales, a la propia reina. Acosarla es como pedirle a un lanzafuego que actúe en un polvorín.

—Así es, Ikker está jugando con fuego en un arsenal —añadió Alal.

El ordenanza trajo café, colocó una taza sobre la mesa del despacho del comisario, dos más sobre la mesa baja alrededor de la cual estaban sentados el secretario y el teniente Alal y se retiró.

El comisario se puso a escrutar el techo haciendo girar sus mandíbulas como poleas mal engrasadas. De cuando en cuando, un resoplido nervioso le hacía respingar la nariz.

Volvió a la realidad.

—¿Cree que el agresor de su mujer estaba en la fiesta aquella noche?

—Piensa lo que le da la gana —dijo Alal—. Predica falsedades, eso es todo.

—No olvidemos lo esencial —insistió Slimane—. Ikker no tiene por qué plantarse en casa de esa señora ni de nadie. Él no dirige la investigación. Se le están cruzando los cables y nos va a electrocutar a todos los que estamos en medio.

—¿Por qué creará que el agresor estaba en aquella fiesta? —se preguntó en voz alta el comisario, que, aparentemente, no estaba escuchando ni a su secretario ni a su sabueso...—. ¿Sabrá algo que nosotros ignoramos? ¿Tendrá alguna prueba que le falta a nuestro rompecabezas?

—En ese caso, ya nos la puede estar entregando si quiere que la investigación progrese —dijo Alal.

—No tiene absolutamente nada —clamó Slimane, molesto porque nadie se interesara por sus propias angustias—. Ese gilipollas ni siquiera es capaz de detectar una multa en su parabrisas.

Hace todo lo que puede para que se fijen en él, pero no hace gracia a nadie.

—Su hipótesis no se sostiene —dijo Alal.

—Su hipótesis nos importa un bledo —remachó Slimane, ya harto.

—Deja que el teniente reflexione —le ordenó el comisario—. Y para ya de menearte, que vas a acabar arrugando la moqueta. El comandante de la policía soy yo. Si nos van a dar un palo, el primero a quien alcanzará será a mí. Así que rebaja los humos y cállate de una vez... Sigue, Alal, cuéntanos lo que no te convence de la hipótesis de Ikker.

Alal bebió un sorbo de café para lubricarse el gaznate y luego dijo:

—Si el agresor había acudido a la velada, eso significa que debió de acercarse a Sarah.

—No necesariamente —objetó Slimane, exasperado.

—Ninguna mujer sola lo sigue estando mucho rato en este tipo de velada —argumentó Alal—, sobre todo si es muy guapa. Siempre hay un rompecorazones rondando para encandilar a las damas solitarias.

—Bueno... pongamos que sea verdad —se impacientó el comisario.

—A Sarah se le acercó probablemente algún invitado. Charlan, brindan, se van conociendo. Hacia medianoche, Sarah está cansada. Quiere regresar a su casa. No tiene coche. El rompecorazones se ofrece para acompañarla. Intentemos ser razonables durante un par de segundos, ¿de acuerdo? Imaginemos que Sarah acepta que la acompañen a su casa...

—Deja ya de marear la perdiz —rugió el comisario.

Alal perdió de repente el hilo de su exposición, no consiguió retomarlo, o quizás se dio cuenta de que andaba descaminado.

—Vale —lo relevó Slimane—, el seductor acompaña a Sarah a su casa. ¿Y luego? Hala, suéltalo ya... Según tú, la habría presionado para que lo dejara entrar en su casa, y una vez dentro la habría violado... ¿Esa es tu hipótesis? ¡Pero bueno, Alal, Sarah dice que la atacaron por detrás justo cuando estaba cerrando la puerta de entrada! Que su agresor la estaba esperando dentro de la casa. Esas son sus declaraciones, debidamente recogidas en el informe que tu ayudante, el inspector Brik, redactó y tú validaste y firmaste. De haberse tratado de un seductor violador al que conoció en casa de la diva, Sarah lo habría identificado, y no estaríamos aquí olvidándonos de la auténtica amenaza para nuestra comisaría que es ese descerebrado de Ikker.

—Quizás ella tomara un taxi para volver a casa —sugirió Alal.

—¿Y qué?

—¿Y si la agredió el taxista?

—Siempre que tuviera el don de la ubicuidad —ironizó Slimane—. Porque ¿cómo podía estar a la vez al volante de su coche y dentro de la casa de su víctima?

El comisario dio un manotazo a su mesa de despacho.

—Bueno, ya está bien de gilipolleces. Tenedme bajo vigilancia a ese teniente de pacotilla.

—¿Por qué no lo convoca y le da un buen repaso, jefe? —preguntó Slimane, desconcertado por la escasa atención que el comandante prestaba a los desvaríos de su protegido—. El teniente Ikker necesita que le den un buen tirón de orejas hasta que una serie de reglas se le metan del todo en la cabeza.

—Eso es lo que pienso hacer. Pero nada impide que este cabezota reincida. Está totalmente desnortado, de modo que me lo vais a tener bajo control.

El teniente Ikker pasó por enésima vez delante del taller sito en la esquina de la calle Bella Vista. Hacía más de una semana que el artesano se había ido a su pueblo para casar a su hija; la cortina metálica del comercio seguía cruelmente bajada.

Driss se detuvo en el primer bar que pilló de camino para rumiar su despecho.

Regresó a su casa hacia las tres de la tarde, alicaído y achispado, se encontró con su almuerzo en el microondas, lo calentó y se sentó a comer en la cocina. Ni una palabra a Sarah, que lo miraba mientras comía, de pie apoyada en el fregadero.

—Soy de carne y hueso —acabó suspirándole.

—Haz el favor, hoy no estoy de humor.

—¿Conque no estás de humor hoy? ¿Por qué? ¿Acaso lo estabas ayer, y anteayer? Llevas ya un montón de tiempo con esa cara de perro.

—Me gusta la cara que tengo y no molesto a nadie.

—Eso te creerás tú, pero te equivocas. Por si no lo sabías, lo estás liando todo. Vale que la pagues conmigo, pero no se puede tolerar que lo hagas con cualquiera... ¿Cómo se te ha ocurrido acosar a Wafa? Has ido cuatro veces a su casa.

—¿Y cuál es tu problema?

—Mi problema eres tú.

—Estoy llevando a cabo una investigación.

—¿No me digas? ¿Y eso desde cuándo?

—Desde que consideré necesario hacerme yo mismo cargo del asunto.

—¿Y qué pista pretendes seguir con la diva?

—No des voces, por favor —gritó Driss soltando el puño sobre la mesa.

Un tenedor salió volando antes de caer al suelo.

Sarah lo recogió y lo volvió a poner sobre la mesa. Muy pálida, se cruzó de brazos y dijo con una tranquilidad desconcertante:

—No estoy gritando. Mira, ni siquiera estoy temblando, y eso que me gustaría romperlo todo a mi alrededor.

Driss apartó su plato y se puso frente a su mujer. Le temblaba un pómulo de puro nervio. Él también parecía querer romperlo todo a su alrededor. Apretó los puños para contener un jadeo que expresaba el furor que estaba brotando como un magma de lo más hondo de su ser.

—Te recuerdo que soy policía. Investigar es parte de mi oficio. Y mi oficio consiste en hallar la verdad.

—Ya conoces la verdad.

—Conozco una sola versión.

—¿Qué insinúas con eso de «una sola» versión? —se indignó Sarah dibujando comillas con los dedos—. Solo hay una verdad y te niegas a afrontarla. Wafa no tiene nada que ver con esto. Lo que nos ha ocurrido no tiene ninguna relación con la velada que organizó. ¿Quieres que te cuente con detalle todo lo que hice aquel maldito día? ¿Por qué quieres que empiece? ¿Por la mañana, la tarde?...

—¿Debo entender que has dejado tu tratamiento?

—Eres tú el que me desquicias, no mi tratamiento. ¿Qué quieres saber? Hala, haz las preguntas que quieras, incluso las que no te atreves a hacerte a ti mismo. ¿Quieres que te haga la cronología de ese maldito 8 de abril?

Driss se levantó y salió de la cocina.

—¿Por qué te escaqueas?

—Sarah, déjame tranquilo, no tengo ganas de sufrir una migraña.

—¿Porque le das demasiadas vueltas a la cabeza?

Lo agarró por una muñeca.

—Mírame, Driss.

—Para ya, por favor.

—Déjame primero acabar... Cuando te fuiste a Casablanca, subí a mi habitación. Me tomé mis pastillas y eché una cabezada. Luego me duché y me arreglé para la fiesta. Narimène tenía que recogerme a las siete. Me llamó para decirme que llegaría un poco más tarde. Cogí un libro y la estuve esperando en el salón. Al final llegó a las nueve. La fiesta ya había empezado. Había gente a la que conocía, otra a la que veía por primera vez. Hacia medianoche, Narimène tuvo que regresar para hacerse cargo de sus hijas porque su marido tenía que ir urgentemente a alguna parte. Yo me quedé hasta pasada la medianoche. Pensé que Narimène regresaría, pero no lo hizo. Entonces llamé a un taxi y regresé a casa. Eso es todo... Lo demás te lo sabes de memoria. ¿Más preguntas?

Driss colocó la palma de su mano en la mejilla de su mujer y se la quedó mirando con la cabeza levemente ladeada y una extraña sonrisa en los labios.

—¿Qué puede estar asustándote tanto, cariño?

Algo en su tono de voz disgustó a Sarah.

Driss subió la escalera agarrándose a la rampa, con el cuerpo rígido.

—Salgo —le dijo Sarah.

—Estupenda idea.

—¿No me preguntas adónde voy?

Como única respuesta oyó el ruido seco de un portazo.

Un claxon sonó en la calle. Sarah miró por la ventana del salón, reconoció el coche de Narimène y salió a reunirse con ella.

—Llegas a tardar un minuto más y me da un ataque —dijo a la esposa del comisario.

—Lo siento, tenía a un fontanero en casa. ¿Qué numerito te ha montado esta vez el degenerado de tu marido?

—Cada vez está más insoportable.

—Todos los hombres lo son, querida. No hay más remedio que tomárselo con paciencia.

La señora Baaz parecía una *vamp* hollywoodiense con sus gafas de sol, su sombrero de ala ancha y su larga bufanda. No era muy guapa pero tenía encanto y dos ojos de gacela que le ocupaban media cara. Metió la marcha con desenvoltura y arrancó haciendo chirriar las ruedas y provocando los ladridos de un perro del vecindario.

—Este es nuestro programa, querida —le anunció—. Vamos a casa de Rokaya para tomar una sauna. Al parecer, tiene un nuevo fisioterapeuta que hace maravillas. Luego iremos al club para ver a unas cuantas amigas. Anissa ha prometido reunirse con nosotras.

—¿Anissa la costurera?

—No, esa no; ya sé que no te cae bien. Anissa, la hija del gobernador... Ahora cuéntame, cariño, qué te está haciendo ese bestia. ¿Cómo prefieres que lo llame, el Bestia o el Bruto?

—Me está volviendo loca. Por momentos me dan ganas de llamar a mi madre para que venga a buscarme.

—Eso ni se te ocurra, querida. Debes mantenerte en tu sitio, no dar un solo paso atrás, y tu sitio es tu casa. Refugiarte en Kenitra equivaldría a una deserción.

—Ya no puedo más, Narimène. Driss se está comportando como un psicópata. Tiene un discurso codificado y una actitud de lo más extraña. No consigo entenderlo. Si le hablo de una cosa, me viene con otra que no tiene nada que ver con el tema. Es como si hiciera todo lo posible para exasperarme.

—Puede que sea totalmente cierto. Los hombres se vengan a menudo de sus mujeres cuando algo se les escapa de las manos. No vayas a creer que mi vida con Rachid es un paseo. También él tiene sus momentos, pero he conseguido acostumbrarme. No tenemos elección. Una pareja nunca es un marido y una esposa. Una pareja es una madre y un niño mimado. Siempre ha sido así.

—Pues no sé qué hacer con el mío.

—No tienes más remedio que seguirle el juego.

—¿Acaso crees que esto es un juego?

—Por Dios, deja de pensar en eso por un momento. Vayamos a la sauna y luego al club para olvidarnos un poco de las putadas que nos gastan los hombres.

Insertó un CD de Nassima en el reproductor y puso el volumen a tope.

## 16.

—¡Contesta ya, por favor! —gimió la mujer del inspector Brik tapándose la cabeza con la almohada.

El inspector despertó a duras penas. Las agujas fosforescentes de su despertador señalaban la una y veintiocho. Descolgó el auricular y estuvo a punto de soltar una burrada al reconocer la voz gangosa del sargento Farid.

—Espero que no me estés llamando para preguntarme la hora, Aghroub.

—El teniente Alal está haciendo de las suyas en el Jabel Tarek. Tienes que ir a calmarlo antes de que alguien llame directamente a comisaría.

—Los pollos que monte el teniente Alal me importan un pepino.

—Es absolutamente necesario que lo saques de allí. Como el comandante se entere, la va a pagar con toda vuestra unidad.

—¿Estás tú allí?

—Estoy en mi casa. Estaba durmiendo. Me ha llamado un amigo para contarme que el teniente Alal está cavando su propia tumba con pies y manos. No me gusta mucho tu jefe, pero tú sí me caes bien. Y sé que cuando el comisario se cabrea con un mierda, suele optar por el castigo colectivo para que sirva de lección a todos.

—¿Qué es el Jabel Tarek?

—Uno de los restaurantes que hay en la entrada del puerto nuevo con un enorme rótulo rojo sobre la puerta. No tiene pérdida.

El inspector Brik apartó las sábanas y se vistió en la oscuridad soltando maldiciones entre dientes.

El Jabel Tarek era una cervecería de moda frecuentada por hijos de papá, hombres de negocios extranjeros, magistrados famosos y algunos poetas faltos de visibilidad. Era también un espacio de predilección para esos funcionarios «útiles» que no se consideran obligados a sacar la cartera pues tienen por norma no pedir nunca la cuenta. Siendo como era un poli sin blanca a fuer de honrado, el inspector Brik jamás lo había pisado, motivo por el cual se sintió incómodo al adentrarse en aquel olimpo en miniatura que apeataba a fortuna, a maná celestial y a tráfico de influencias.

No había nadie en la barra, salvo el gerente, reconocible por su corbata de potentado, un gorila hercúleo y el teniente Alal, que, borracho perdido, roncaba sobre un taburete alto con la cabeza sobre la barra y un charco de baba alrededor de la mejilla.

—Inspector Mostefa —se presentó Brik—. Vengo a recoger al teniente.

—Ya estaba yo perdiendo la paciencia —le soltó el gerente—. Hace casi dos horas que se fueron nuestros últimos clientes y aquí seguimos, esperando a que su colega se digne a dejarnos cerrar. Me habría bastado con hacer una llamada, pero no quisiera acabar con su carrera.

—Vamos a solucionar esto —prometió Brik.

—Más les vale, inspector. Solo queremos que el teniente se largue de una vez. No ha parado de armar follón desde que apareció. Por su culpa se nos han ido muchos clientes a otros locales de la competencia.

El inspector Brik sacudió a su superior. Este abrió los ojos como platos, aparentemente sin saber dónde se encontraba, y se limpió los mocos con el puño de su chaqueta.

—Quiero una última copa antes de irme.

—Es lo que lleva pidiendo desde el principio —dijo el gorila—. Se la ponemos y pide otra.

—No pienso moverme de aquí hasta que me pongan una última copa —berreó Alal tambaleándose sobre su asiento.

—Basta ya, teniente.

—¡Tú, no me toques! ¿Está claro? Quiero que me pongan de beber hasta no sudar más que whisky. Si no, precintaré este bar de mierda.

—Vamos, jefe, larguémonos de aquí. Ya es muy tarde.

—¿Y por qué se niega a servirme este pelirrojo de los cojones? ¿No será un disidente político? ¿Acaso no le gustan los polis? ¿No irá a creerse que sus músculos lo autorizan a desafiar la autoridad del Estado?

—Este bar tiene que cerrar de noche, jefe. Es la ley.

—Yo soy la ley.

Brik pidió a ambos hombres que le echaran una mano. Entre los tres agarraron al teniente, que se resistió sin éxito.

—Soy el teniente Alal. Aquí en Tánger se hace lo que yo mando. Os voy a meter a todos en un calabozo hasta que vuestros huesos se conviertan en polvo.

Entre los tres llevaron al borracho a rastras hasta el aparcamiento, lo metieron en un vetusto coche y le pusieron el cinturón de seguridad.

—¿Cuánto ha dejado a deber? —preguntó Brik al gerente.

—La casa invita, siempre que no vuelva por aquí a jodernos la vida.

Brik volvió a presentar excusas, dio un fuerte apretón de mano al gerente y a su coloso, se puso al volante y se apresuró a salir de allí.

—¿Adónde me llevas? —farfulló Alal entre salivazos.

—A su casa.

—No quiero volver a mi casa. Búscame un hotel donde pueda beber whisky sin límite. Tengo ganas de emborracharme. Estoy en mi derecho. Quiero emborracharme a muerte esta noche, mañana y todas las noches.

—¿A qué viene esto, jefe? ¿Le han expedientado o ha perdido a algún ser querido?

—No me gusta que me amenacen.

—¿Quién lo ha amenazado?

—¡No es asunto tuyo! Además, ¿quién te ha dicho dónde estaba?

—Alguien a quien no le gustaría ver cómo lo arrastran por el fango.

—¿Y qué pasa si a mí me gusta arrastrarme por el fango? Lo que hago con mi perra vida es solo cosa mía.

—Eso no es motivo para dar el espectáculo de ese modo. ¿Qué va a pensar la gente de usted?

—Lo que piense la gente no importa. Ni mis horas extra, ni las noches gélidas dentro de un

coche en misión de vigilancia, ni los riesgos que corro cada vez que tengo que hacer una redada en los barrios peligrosos, ni mi carrera de poli entregado a su labor en perjuicio de mi familia... Nada de eso importa. Prueba de ello es que se me puede destruir con un simple chasquido de dedos.

—Vamos a ver... nadie pretende destruirlo.

—¿Ah no? Y según tú, ¿por qué estoy paranoico perdido? ¿Por qué veo violadores por todas partes? ¿Puedes contestar tú a eso?

—Para eso, desde luego, no tengo respuesta.

—Pues te la voy a dar yo. Contigo voy a hablar claro. Si no duermo, si tengo miedo, si me cago patas abajo, es porque el comandante me lo ha dicho con toda la claridad del mundo. Exige que le entregue un culpable, aunque tenga que ser yo mismo. Así me lo ha dicho el comandante. «Quiero un culpable, aunque tengas que ser tú mismo.» Así de claro me lo ha puesto. El comisario ha puesto mi cabeza y la del violador en la misma guillotina. Le da igual cuál de las dos caiga en la cesta. Y esto es algo que no consigo entender. ¿Cómo puede hacerme esto a mí, eh? Siempre he cumplido como un perro amaestrado, ya sea pitbull cuando hay que enseñar los colmillos, ya perrito faldero para divertir a sus amigos, presto de día y de noche a corretear alegremente y recoger una pelota en la alcantarilla más asquerosa. ¿Y así es como me lo paga? ¿Poniendo en la misma cesta mi cabeza y la del violador!...

—Siempre ha sido así de vehemente, jefe.

—Pero esta vez ha ido demasiado lejos... ¿Y eso por qué? Porque Ikker es su protegido, y Sarah, la hija de su propio protector. Se ve doblemente implicado en la violación de esa calentapollas. Quiere un culpable, y yo soy quien se lo tiene que inventar como sea si no quiero que me corten la cabeza. ¿Dónde voy a encontrar yo a ese jodido violador?

—No tiene por qué inventárselo, jefe. Está llevando a cabo una investigación...

—¿Con qué datos? ¿Tras qué pistas? He apretado las clavijas a todos mis soplonos, prometido reducciones de condena a auténticos salvajes, y nadie ha sido capaz de darme siquiera un nombre. Y ese maricón de Ikker no para de provocarme. Me ha llamado gilipollas delante del comandante. ¡Delante del comandante! ¿Te das cuenta? Yo, el teniente Alal, condecorado por Su Majestad el rey en persona, que tengo a todo Tánger agarrado por los cojones, soy un gilipollas. ¿Y qué crees que ha hecho el comandante? Nada. Ni se ha inmutado. Pues sí, así es la vida. Unos lo celebran todo con champán y otros se quedan a dos velas. Pero por mal que me vaya, no voy a permitir que ese chulito de Ikker se salga con la suya a mi costa. Un día haré que se arrepienta de haberme faltado al respeto. Pero, mientras tanto, ¿cómo quieres que me mantenga sobrio?

De repente le entraron arcadas.

—Échate a un lado y detente, rápido.

Brik apenas tuvo tiempo de aminorar la velocidad. Alal abrió la portezuela y soltó la papilla sobre la calzada mugiendo como un camello agonizante.

—¿Quiere usted que caminemos un poco, jefe? El aire fresco le sentará bien.

Alal se apeó del vehículo tras conseguir a duras penas despojarse del cinturón de seguridad, fue tambaleándose hasta una farola y se puso a mear contra ella. Tras una sonora sucesión de pedos, volvió hacia el coche haciendo eses.

—Llévame otra vez al bar.

—Debe de estar cerrado.

—Tengo que sacar mi coche del aparcamiento.

—No está en condiciones de conducir, jefe. Deme las llaves. Mandaré a alguien para que lo recoja.

Alal se agachó para volver a vomitar, con una mano sobre el capó y otra sobre el vientre. Brik lo dejó vaciarse de toda la porquería que le estaba corroyendo las tripas, luego lo instaló en el asiento trasero y le volvió a poner el cinturón de seguridad.

—Llévame a un hotel —le suplicó Alal—. Tengo invitados en casa. No quiero que me vean en este estado.

—¿Me promete que no va a seguir bebiendo?

—Joder, ¿quién coño eres tú para tener que prometerte nada? ¿Mi ángel de la guarda?

—Su ayudante.

—Entonces, compórtate como un subalterno y no pretendas enseñarle a papá cómo se hacen los niños.

Brik recorrió a toda velocidad un bulevar desierto. Algunas ventanas seguían encendidas en los edificios circundantes. Un vagabundo hablaba solo sentado en un banco, con un perro enroscado a sus pies. El inspector bajó la ventanilla para ventilar el interior del coche, que empezaba a apestar.

—¿Cómo se enteró Slimane? —farfulló el teniente con la lengua como un zapato.

Brik fingió ajustar el retrovisor.

—¿Crees que hay un topo en mi unidad?

—El sospechoso al que quería usted inculpar tenía un informe médico, jefe. Acababa de salir de una clínica psiquiátrica. No era la primera vez que se denunciaba a sí mismo por un crimen que no había cometido.

—No echés balones fuera, Brik. ¿Quién está detrás de esa filtración? Yo no había enviado todavía mi informe y nadie, aparte de mis hombres, estaba al corriente de que tenía un segundo sospechoso. Entonces, ¿cómo se enteró ese mariquita de Slimane?

—Yo mismo lo avisé.

—¿Cómo? —exclamó Alal repentinamente sobrio.

—Como lo oye usted, jefe. Yo rogué al señor Rachgoune que se acercara a verle la cara a quien pretendía usted usar como trofeo de caza.

A Alal le faltó poco para que se le desorbitaran los ojos.

—¿Tú eres el que me ha apuñalado por la espalda?

—Lo hice por su bien, jefe. Estaba usted a punto de cometer la pifia más grotesca de su carrera.

Alal se sujetó primero la cabeza con ambas manos, como si se negara a admitir lo que acababa de escuchar, luego se quitó el cinturón de seguridad, agarró a su ayudante por detrás y se puso a estrangularlo como un poseso.

—Hijo de puta, traidor, hijo de perra, basura, miserable...

Con una mano en el volante y otra intentando liberar su cuello, Brik perdió el control de su vehículo, que se puso a dar bandazos sobre la acera, estuvo a punto de estrellarse contra una farola y regresó a la calzada entre tremendos chirridos de neumáticos. El coche zigzagueó sin rumbo, rebotó varias veces sobre la acera y chocó contra algo antes de detenerse a diez centímetros de un enorme jarrón decorativo en el centro de un césped.

—¿Se ha vuelto loco, teniente? Por poco consigue que nos matemos.

Alal no contestó. Yacía en el asiento trasero, sin sentido. Los violentos brincos del coche lo habían estrellado contra la puerta. Su frente sangraba lentamente sobre la correa del cinturón de seguridad.

## 17.

Driss se pasaba las noches en un garito discreto sito en un callejón sin salida, rodeado de una patulea de estibadores deslomados y de fracasados que, pese a sus pintas de brutos, se comportaban debidamente. En ningún momento se llegó a sentir en territorio enemigo. Se sentaba al final de la barra y bebía una cerveza tras otra sin que nadie se acercara a darle la lata. El gerente, una especie de gigante con tatuajes en el cuello y una jeta angulosa, ejercía de mandamás entre su clientela como un sargento recién ascendido. No se toleraba la menor bronca, ni una palabra más alta que otra, en su negocio, que parecía una taberna medieval. La gente se emborrachaba en silencio, dentro de una penumbra relativa. La cerveza era barata, y el whisky, más bien peleón, pero nadie protestaba por ello.

A Driss le encantaba aquel local copado por desahuciados de la vida, por la tranquilidad de que allí no iba a toparse con nadie conocido y, por tanto, a tener que contar sus penas a algún colega lloriqueándole al oído. Cuando se notaba lo bastante colocado, pedía la cuenta como quien se rinde sin condiciones y se iba a ver a su amigo Malik Bahri, que vivía en un hermoso chalé en primera línea de playa.

Como soportaba cada vez menos la contagiosa melancolía de su mujer, le costaba volver a casa. De hecho, ya casi ni se hablaban. Convivían como dos entidades incompatibles atrapadas en un mismo laberinto. Sarah cenaba por su cuenta en la cocina, sin apenas inmutarse cuando un coche daba un frenazo en la calle. En cuanto a él, llegaba a casa lo más tarde posible, con el móvil apagado con la excusa de no querer molestar, y se acostaba en el dormitorio de invitados. ¿Cuántas veces habría deseado encontrarse con todas las luces de la casa apagadas, desnudarse en la oscuridad y meterse en la cama con la seguridad de acabar sumiéndose en un sopor insondable y exento de sueños? Pero sus deseos se le derretían en la cabeza como el hielo de una copa cuando, al aparcar, veía encendida la luz de su dormitorio.

—Tienes que ir a ver al doctor Hamel —le había aconsejado Malik Bahri—. Es un buen amigo y además está muy puesto en estos temas. Te ayudará a salir de este atolladero.

Driss le dio muchas vueltas antes de pasar por el aro. Era evidente que las cosas se le estaban yendo peligrosamente de las manos y que, como siguiera dándoles la espalda, acabarían arruinándole la vida... Cuando se tumbó en el canapé de la austera consulta del doctor Hamel, se sintió aún peor. El psicólogo era un señor de cierta edad, cortés y atento, aunque el teniente no tardó en darse cuenta de que no tenía ni la fuerza ni el valor de confiar en un desconocido. Tras la primera sesión decidió que no habría ninguna más.

—Hamel me ha llamado para decirme que no has vuelto a verlo —lamentó Malik.

—Soy musulmán —refunfuñó Driss—. Eso de la confesión no va conmigo.

—¿Qué tiene esto que ver con la confesión, Driss?

—¿Y qué es un psicólogo sino un sacerdote que te cobra por sus servicios sin absolverte?

—Menudo disparate... Por favor, que eres universitario...

—Déjalo ya —lo interrumpió Driss—. He venido a ver el mar.

—Lo importante es que no te ahogues en él. Estás atravesando zonas de turbulencias bastante peligrosas y te empecinas en navegar a ciegas. Debes seguir viendo al doctor Hamel.

—No me va a contar nada que no sepa ya.

—Una cosa es saber y otra muy distinta poner remedio. Puede que no te des cuenta, pero cada día estás más desmejorado. Me tienes muy preocupado, Driss.

Driss y Malik se conocieron seis meses antes en una gala de beneficencia. Jamás se habían visto antes. Hicieron amistad de inmediato. Holandés de origen marroquí, hijo de un obrero emigrado a Holanda en los años ochenta, Malik se había prometido ser digno de los sacrificios de sus padres, que se habían desriñonado para ofrecerle una vida mejor que la suya. Había nacido en Ámsterdam treinta y cinco años antes, obtenido varios diplomas en prestigiosas universidades europeas y sobresalido en todos los proyectos que lanzó en la industria farmacéutica antes de viajar a su país de origen para ofrecer sus servicios. Su capacitación le abrió las puertas de los ministerios implicados y, en menos de cuatro años, fue multiplicando sus éxitos en todo lo que tocaba.

Ambos hombres se instalaron en el porche. En la playa, dos chavales jugaban con un perro. Sus gritos superaban el griterío de las gaviotas. Más allá, sobre una roca, un pescador vigilaba su caña.

—¿Un zumo de naranja?

—Mejor un vodka con limón.

—Deberías dejar de beber.

—El alcohol ayuda a quemar determinadas toxinas.

—La oración también.

Driss hipó despectivamente.

—Cuando era niño, me pasaba las noches rezando para, al despertar por la mañana, reencontrarme con todas mis pequeñas miserias intactas. Mi madre decía que, con un poco de paciencia, siempre se acaba consiguiendo lo que se pide al Señor. Fue paciente toda su vida sin obtener absolutamente nada.

—He conocido a muchos infelices que esperaban ahogar sus penas en sus borracheras —replicó Malik—. Todos acabaron ahogados en sus lágrimas.

Driss estiró las piernas hacia la balaustrada, echó la cabeza hacia atrás, buscó en el cielo una escapatoria y solo vio un vacío uniforme tan vertiginoso como el abismo de su cabeza.

Malik pidió a un sirviente que les trajera unos refrescos.

—¿No has pensado nunca en casarte? —le preguntó Driss.

—Hay un momento para cada cosa.

—Sin embargo, lo tienes todo: un chalé precioso, dinero a espuestas, un gran éxito profesional, una fama inmejorable, clase...

—¿Y qué?

—Pues... que no es normal.

—¿Y qué es lo normal, Driss?

—¿Y yo qué sé? Eres un joven encantador. Tienes éxito con las chicas, pero nunca te he visto llevando a alguna del brazo. Das la impresión de ni siquiera verlas.

—Tengo otras prioridades.

—¿Más importantes que fundar una familia?

—Por el momento, sí.

—¿Tienes alguna amiguita?

Malik sonrió. Ya estaba viendo venir al teniente.

—No tengo ninguna amiguita, lo cual no significa que sea homosexual o impotente.

—No he insinuado eso.

—Pero es lo que estabas pensando.

Driss se sonó con un clínex.

Siguió hablando:

—Te envidio. Debí permanecer soltero.

—Menuda tontería.

—Te estoy siendo sincero.

—La sinceridad no es incompatible con la estupidez. Tienes una mujer estupenda.

El sirviente, un cincuentón de tez oscura vestido con un larga camisa satinada, apareció portando en una bandeja una jarra de limonada, dos vasos grandes y un plato con frutos secos.

—¿Quieres picar alguna cosa más? —preguntó Malik al teniente.

—Bastante tengo con comerme las uñas.

Malik despidió al sirviente.

Dijo a su amigo:

—Ya que no permites que te sanen, intenta al menos cambiar de rollo.

—No tengo otro más que ese.

—¿Quieres que te diga una cosa? Estás al borde de una depresión.

—Ya lo sé.

—¿Y qué estás esperando para ponerle remedio?

—¿Acaso crees que no lo he intentado? No hago otra cosa, el problema es que me faltan las claves.

—Pues tampoco las vas a encontrar solo. Por eso no hay nada vergonzoso en acudir a un psicólogo. Yo me tumbo a menudo en el sofá del doctor Hamel. Eso no significa que esté loco. Solo cuido de mi equilibrio. Llevo una vida muy estresada y necesito reponer energías. El psicólogo es algo más que un confidente, es un guía que nos señala la vía de escape de nuestras crisis, a veces es un espeleólogo que baja a buscarnos hasta lo más hondo de nuestras angustias. Me caes bien, Driss. Eres un tipo estupendo, un poli decente que me tranquiliza. Me entristece verte yendo a la deriva cuando solo te falta reaccionar con un poco de energía para salir de tu atolladero.

Driss prefirió interesarse por los dos críos que jugaban con su perro. Él mismo se decía a diario lo que Malik le estaba diciendo. A veces, cuando estaba acabando de emborracharse en uno de esos garitos sórdidos, se volvía hacia los borrachos sentados en las demás mesas y se daba cuenta de que él era el más digno de compasión.

—Malik, te voy a confesar algo: aquella noche habría preferido encontrarme con mi mujer muerta.

Malik estuvo a punto de atragantarse.

Echó una mirada de consternación al poli.

—Esta es la confidencia más monstruosa que me han hecho en mi vida, y no quiero volver a

escucharla. Después de lo que tu esposa ha tenido que pasar, deberías estar mucho más cariñoso con ella. Millones de mujeres son agredidas a diario. ¿Por qué quieres que encima tengan que morir por ello? Tu honor no deroga el de tu mujer. Además, se trata de una violación, y el honor, en ese caso concreto, no pasa de ser una excusa poco creíble para mirar hacia otra parte.

Driss se levantó, bajó los peldaños que llevaban a la playa, se quitó los zapatos y caminó hacia el pescador. La brisa le hinchaba la camisa. El ruido del oleaje se entrecruzaba con su barullo mental. Se detuvo un momento para mirar a los dos chavales jugando con su perro, dio media vuelta y fue a sentarse sobre una duna.

—¿Qué tío más cabezota! —suspiró Malik apresurándose a reunirse con su amigo—. ¿Qué plan tienes para este sábado?

—¿Qué plan voy a tener! He dejado de tener todo tipo de planes.

—Unos amigos me han invitado a una cacería. ¿Te gustaría venir con nosotros?

—Podría herir a alguien.

—Ya está bien de amargura, por favor. Serías capaz de echar a perder tú solito toda una fiesta nacional. Vente. Haremos una barbacoa. Eso te animará.

Driss cogió un puñado de arena y la dejó correr entre sus dedos.

—Estoy hecho un muermo, Malik. Tus amigos te lo reprocharían luego.

—Es algo que asumo.

—No, prefiero estar a solas conmigo mismo.

De repente apretó los dientes y dijo casi a voz en grito:

—Estoy totalmente desorientado, Malik. Joder, no paro de dar bandazos de un extremo a otro. Cuando vuelvo a casa y veo que Sarah no está, me entra un pánico atroz. De inmediato, pienso en lo peor. Si su cuerpo no aparece por ninguna parte, pienso que su madre ha venido para llevársela consigo a Kenitra. Y en ese caso también, su ausencia me agobia y me doy cuenta de que la echo de menos atrozmente. Al rato, regresa de casa de alguna amiga o de dar un paseo y empiezo a reprocharle que esté ahí o rezo para que desaparezca cuanto antes de mi vista.

—Ese es el motivo por el que debes seguir yendo a la consulta del doctor Hamel.

—Deja ya de darme el coñazo con tu psicólogo de mierda, Malik.

Se levantó de un bote y se fue caminando con furia por la arena hacia la orilla.

## 18.

Hach Yallel, el joyero de la calle Bella Vista que había ido a su pueblo sureño para casar a su hija, colocó el gemelo bajo una lupa sofisticada y lo estudió desde distintos ángulos. Pese a los estragos de la edad, el anciano conservaba una vista tan aguda como un rayo láser.

—Efectivamente, esta joya ha sido reparada por mí.

Driss soltó un suspiro de alivio.

—Tiene usted en sus manos una prueba que no va a tardar en incorporarse al informe de un caso judicial impactante.

Habitualmente, en Tángier, cuando se habla de juicio o de investigación criminal, el auditorio calla de inmediato. El joyero ni se inmutó. Se limitó a colocar de nuevo el gemelo bajo la lupa para reconfirmar lo dicho:

—Este es, desde luego, un trabajo mío.

—¿Puedo saber a quién pertenece esta joya?

—Depende. Si la reparación es anterior a enero de 2017, no podré ayudarle.

—¿Y eso por qué?

El anciano encogió los hombros en señal de pesar.

—En nuestro oficio, nadie está libre de una estafa.

—En el mío tampoco. Los riesgos son parte de la vida.

El anciano asintió pensativamente.

Se explicó:

—Antes había confianza. Cuando me entregaban una joya, me limitaba a apuntar en el recibo la fecha de la entrega y el número de referencia. El cliente regresaba para recuperarla sin tener que identificarse. Con el recibo bastaba. Pero de ese modo no es posible saber quién es el propietario.

—Pues no era una buena idea. Los traficantes y ladrones abundan.

—La discreción es una virtud, *mulay*. Hay otros secretos aparte del médico.

—De acuerdo —se impacientó Driss, a quien el anciano estaba empezando a resultarle demasiado parlanchín.

—Desde que un cliente me entregó una baratija para luego amenazarme con una denuncia ante los tribunales, acusándome de haber cambiado su collar de diamantes por otro de pacotilla —prosiguió el artesano—, no me fío de nadie. Ahora, cuando me entregan alguna joya para que la repare, hago una foto antes y después de la reparación, y una ficha identificativa con todas las de la ley: marca y características de la joya, nombre, dirección y teléfono de su dueño. Así no me arriesgo a que me la vuelvan a jugar.

El artesano se instaló ante su ordenador y tecleó con firmeza la palabra «Boucheron». En la pantalla apareció una lista de joyas. Luego fue a un enlace, a continuación a otro, y esperó un par de segundos antes de dirigir al teniente una sonrisa triunfal:

—Está usted de suerte, *mulay*.

Giró la pantalla del ordenador hacia el policía para enseñarle las fotos del gemelo antes y después de la reparación.

—¿Está usted seguro de que se trata del mismo?

—Del todo seguro, señor. Me lo entregó la señora Layla Jellad el lunes 3 de febrero a las 10:43.

—¿Quién es?

El artesano arqueó una ceja:

—¿No conoce usted a Layla Jellad?

—¿Debería?

—Si es usted de Tánger, por fuerza.

—No soy de Tánger. ¿Tiene usted sus datos en la ficha?

Driss se guardó el gemelo, apuntó la dirección de Layla Jellad en su libreta, insistió para que el artesano aceptara un billete de cien dírham y fue a toda prisa hacia su coche.

Layla Jellad tenía a gente en su casa, una reunión de señoras de alcurnia, todas ellas sexagenarias riquísimas y relativamente bien conservadas. Repantigadas en los largos asientos acolchados del suntuoso salón engalanado con brocado y cojines bordados de oro, las encantadoras señoronas parlotaban, cloqueaban y oscilaban entre sorbos de té y picoteos de chocolatinas.

La más joven de ellas estaba contando los pormenores de su segunda viudedad cuando el sirviente, un matón con turbante, de rostro macizo y espaldas cuadradas, atravesó obsequiosamente el salón y susurró al oído de su ama que un hombre pedía hablar con ella.

—¿Acaso no ves que estoy ocupada?

—Es un oficial de policía, *mulati*. Dice que es muy importante.

—¡Un poli! Lo que me faltaba. Dile que espere en mi despacho.

Despidió al sirviente con un gesto de impaciencia y rogó a la joven que prosiguiera con su historia.

—¿Por dónde me había quedado?

—Por Viena.

—Ah sí... Viena. Tenía veinticinco años y mi segundo marido cincuenta más que yo. Era húngaro de madre y danés de padre. Un aristócrata de pura cepa, más estricto que el código penal. Lo pasé fatal antes de adaptarme al rigor de su mundo. Pero no me privaba de nada. Ya podía pedirle la luna que me la traía aderezada con estrellas. Me llevaba a todas partes: Nueva York, Río de Janeiro, Caracas, Londres, Estocolmo, Praga, Calcuta, Singapur, Macao... A todas partes. Estaba loco por mí. Una noche, habíamos regresado de la ópera cuando, en nuestra *suite* del Grand Palace, me hizo esta pregunta de lo más anodina: «¿Quién soy para ti, Hasna? ¿Un amante, un esposo o un proveedor de fondos?». Y yo, con lo atolondrada que era, le contesté: «Lo que prefiero de ti es tu firma en un cheque». Solo se lo dije de broma, os lo juro. Lo quería como a un padre y era feliz siendo su esposa. Pero Niels no tenía el menor sentido del humor. Se puso verde y luego empezó a ahogarse hasta que cayó al suelo, entre estertores, tocándose el corazón con la mano. Murió de un infarto en la ambulancia que lo llevaba al hospital.

—¡Qué suerte! —dijo Layla—. Mi marido tiene un corazón tan vigoroso que podría resistir la descarga de diez electrochoques.

El sirviente condujo al teniente Ikker hasta una espaciosa sala de paredes revestidas con madera noble. Una biblioteca atestada de lujosos libros se elevaba hasta el techo. Aquí y allá, cuadros de grandes pintores rodeados de armas de fuego de los tiempos de Abdelkrim el-Jattabi y de cimitarras de colección con siglos de antigüedad. Una amplia puerta ventanal daba a un jardín de ensueño.

—La señora le ruega que la espere aquí.

—Solo será un momento —puntualizó él.

—Tiene invitadas. Normalmente, no recibe a nadie más. Le aseguro que le está haciendo un favor. ¿Quiere usted un café?

—Lo que quiero es fumar un cigarrillo.

—En esta casa no se fuma, pero puede usted hacerlo en la veranda —añadió abriendo la puerta ventanal.

Driss salió fuera.

Antes de aventurarse en una de las moradas más prestigiosas de la ciudad, el teniente había hecho su pequeña investigación sobre los Jellad. Layla había heredado de su padre una fortuna indecente que no conseguía dilapidar a pesar del muy extravagante tren de vida que llevaba. Era una mujer muy influyente, madrina de varias asociaciones benéficas y mecenas venerada por artistas y organismos culturales del país. En vista de ello, Driss sabía que no daba la talla para impresionar a la dama y que tendría que mostrarse muy diplomático, pues Layla podía permitirse mandarlo a paseo sin temor a que se lo tuvieran en cuenta. En Tánger, todo el mundo estaba a su servicio. En cuanto a su marido, un diputado temible, le bastaba con sonarse para provocar un tsunami.

—¿A qué viene tanta urgencia, señor?

Driss estaba tan sumido en sus pensamientos que dio un respingo.

Layla Jellad estaba tras él, con los brazos cruzados sobre el pecho, visiblemente contrariada por la inoportuna visita del policía.

—¿La señora Jellad?

—¿Es para la lista del censo, o qué? ¿Acaso no me reconoce? Hay que tener mucha cara para plantarse en mi casa y hacerme una pregunta tan estúpida... Pues claro que soy la señora Jellad. ¿Qué quiere usted de ella? No me entretenga demasiado, por favor. Tengo a gente esperándome que no soporta que la abandonen.

—Le prometo que voy a ser breve.

—Podría usted haber telefonado antes de presentarse de ese modo en casa de la gente. ¿No podía haber esperado a mañana?

—Hay cosas que no pueden esperar.

—Me cuesta creerlo, señor. En mi mundo, soy yo quien marca las prioridades. Pero me imagino que tendrá usted un motivo de peso para atreverse a aguarne la tarde.

Le pidió que se acercara a su mesa de despacho y se sentara en un sillón frente al suyo.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor agente?

—Teniente Driss Ikker.

Emitió un gorjeo despectivo y rectificó:

—¿Qué puedo hacer por usted, teniente Driss Ikker?

Al sacar el gemelo de su bolsillo, Driss se dio cuenta de que le temblaba la mano.

—Esto le pertenece, señora.

Layla apenas rozó la joya con la mirada.

—Buena parte de la ciudad me pertenece.

—Puede ser, pero la escena de este crimen concreto no es tan amplia como para poder contenerla.

Layla tragó saliva al oír la palabra «crimen». Su arrogancia se resintió, aunque no tanto como para desconcertarla.

—¿La escena del crimen, dice usted?

—Sí, señora. Esta joya es la prueba más importante de que dispone la policía. Cuando supimos que es usted la propietaria —mintió—, recibimos instrucciones estrictas: investigar el caso con un máximo de discreción para que su integridad no se vea afectada por los investigadores ni por los medios de comunicación.

—¿Qué delirio es este? ¿Quién le ha dicho que esta joya me pertenece?

—No me habría permitido venir a aguarle la tarde, señora.

—Pues le han informado mal.

—Se trata de la investigación más importante de mi carrera, señora. No me puedo permitir equivocarme.

—Eso no es ninguna justificación.

Driss recitó de una tirada:

—Gemelo Boucheron, montado en platino con engaste de diamantes, esmeralda de 17 quilates, entregado por la señora Layla Jellad el lunes 3 de febrero a las 10:43 para su reparación en Or Fièvre, taller del artesano Hach Yallel, calle Bella Vista número 33...

—¿Y qué?

—No la estoy acusando, señora. Muy al contrario, lo que pretendo es borrar su nombre de la lista de sospechosos por dos motivos. Primero, porque la especificidad del delito la exculpa oficialmente. Luego, porque respetamos demasiado su apellido para consentir que las fechorías de terceras personas la comprometan tan gravemente.

—Muy amable por su parte, pero no tengo nada que temer por ese lado. Puede que la joya me haya pertenecido. Suelo hacer regalos a familiares y a amigos.

—A su marido también, supongo.

Sonrió con un destello despectivo en los ojos.

—No solamente.

—Le ruego, señora, que coopere. Le aseguro que el asunto es grave. En cierto modo, es usted el símbolo de nuestra ciudad. Su generosidad es legendaria en todo el país. Lleva toda la vida luchando por la emancipación de nuestro pueblo; no puede usted menospreciar la labor de la policía.

—¿De qué delito se trata exactamente, teniente?

—De una violación, señora.

—¿Y quién es la víctima?

—La esposa de un oficial de policía. Una señora respetable, procedente de una gran familia.

Layla arqueó una ceja.

—Creo haber oído algún comentario sobre este asunto... ¿Está usted seguro de que la joya tiene algo que ver con él?

—Apareció en el dormitorio de la víctima, señora.

—¡Qué hijo de puta!

Layla se llevó de inmediato una mano a la boca. Demasiado tarde. Se le había escapado el grito. Se puso roja como un tomate. Toda su fatuidad se le vino abajo en un pispás a la vez que se le dislocaba el *lifting* hecho la semana anterior en París.

—¡Hijo de puta, hijo de puta, hijo de puta!

Roja de rabia, Layla no se daba cuenta de lo que estaba soltando, ni veía ya al poli frente a ella. Con los ojos centelleantes, hacía una bola entre sus dedos con un pico de su falda como si estuviera arrancándole la piel a su peor enemigo.

—Sabía que no era más que un golfo, pero no lo creía tan estúpido. Quiero que se pudra en un penal en pleno desierto. Quiero que se quede tan destrozado que ni las ratas lo quieran para ellas.

—Señora, por favor, señora... cálmese.

—¡No me toque! —aulló Layla—. Que nadie ponga sus sucias manos sobre mí. Atrás, atrás...

Se levantó y fue a su mesa, garabateó algo en un trozo de papel y se lo tendió a Driss.

—Aquí tiene su nombre y la dirección de su estudio de grabación... Haga desaparecer del planeta a esa morralla, teniente.

—Siempre la habrá, señora.

Layla se derrumbó sobre el sillón, jadeante, literalmente trastornada, con las manos sobre sus sienes.

—Ahora váyase, quiero estar sola.

Zahi, llamado Tony, era el solista del grupo rai Noujoum. No era tan famoso como los Hermanos Mégri o como Abdelwahab Doukkali, pero había conseguido, con unos pocos éxitos, hacerse un nombre en la canción popular magrebí. Guapo como un príncipe, alto como una torre, todas las grupis del reino tenían su póster en su habitación. Aparte de su adicción al cannabis, que la prensa amarilla aireaba gustosamente cada dos por tres, Zahi era más bien un chico entrañable. Educado, humilde y culto, se las arreglaba estupendamente cuando intentaban pillarlo en esos programas de cámara oculta tan en boga durante el mes de ramadán.

El estudio de grabación se hallaba en el patio trasero de un chalé del cabo Espartel, un territorio aséptico de Tánger. El mánager de Zahi, un joven bereber llamado Dida, se lo pensó un buen rato antes de abrir el portón de su fortaleza al teniente de la policía.

Dida estaba contrariado. Muy, muy contrariado.

—Llega usted en mal momento —dijo a Driss—. Por una vez que está despejado, por fin estamos grabando. Nuestro álbum lleva ya dos meses de retraso, y nuestros patrocinadores se están empezando a hartar. Se trata de la canción del verano. Todas las discotecas la están reclamando ya.

—¡Y eso a mí qué me importa!

—Vuelva usted dentro de una semana. Para entonces, habremos acabado del todo.

—No estoy aquí para hacerle una entrevista, sino para un interrogatorio.

—¿Interrogatorio sobre qué?

—¿Y tú qué crees?... Teniente Driss Ikker, de la Criminal, a su servicio.

Dida tragó saliva.

—Debe de tratarse de un craso error. Por conducir borracho, una pequeña multa sin más, no

digo que no. Pero un oficial de la Criminal llamando a mi puerta, seguro que lo han informado mal.

—Es lo que vamos a comprobar.

—¿Va a tardar mucho?

—Eso dependerá de tu protegido.

—Tenemos muchas horas de grabación por delante.

—Razón de más para que os toméis un descanso.

Driss observó a Tony por el ventanal, rodeado de sus músicos. El artista estaba en buena forma, se lo estaba tomando con ganas; la canción no estaba nada mal.

—¿Acaso tiene pinta de ser un criminal peligroso, teniente?

—Conozco a un asesino en serie que habría ido directamente al paraíso sin haberse confesado.

Dida soltó un suspiro. Cedió:

—Detrás tenemos un pequeño salón, con un frigo lleno. Tony se reunirá con usted cuanto antes.

—¿Acaso os molesta que me quede aquí? Me encantaría ver cómo se graba un éxito veraniego.

—Tony no le conoce. Su presencia podría descentrarlo.

—De acuerdo, esperaré en el salón.

Tony apareció unos veinte minutos después. Encontró al teniente sentado en un sillón con un vaso de agua fría en la mano.

—Al parecer, viene usted a putearme, teniente —dijo con una amplia sonrisa.

Tony no parecía tener la menor preocupación. Muy al contrario, se mostraba relajado, casi jovial.

—Lamento haber llegado en mal momento.

—Está usted haciendo su trabajo, teniente. Estoy a su disposición —añadió dejándose caer sobre un canapé.

Driss colocó el gemelo sobre la mesita de cristal que lo separaba del artista. Tony cogió la joya, le dio varias vueltas entre sus dedos.

—No sé si es el mismo, pero yo tuve un objeto parecido a este —confesó.

—Lo he comprobado. Esta joya es efectivamente suya. Layla Jellad se la regaló. De hecho, ella me ha mandado hasta aquí.

—En ese caso, es así —volvió a dejar el gemelo sobre la mesa—. Lo que no le ha contado es que yo se lo había devuelto.

—¿Porque no combinaba bien con su camisa?

Algo incómodo, Tony se pasó una mano por su cara de Adonis talentosamente adornada por un imperceptible bigote.

—Layla es un poco la reina Margot local —contó—, una depredadora sexual de primera clase que se cepilla a todos los chicos guapos del país colmándolos de regalos. Según parece, antes de regalarlas, entrega las joyas a un morabito para que les insufla un poder talismánico y la buena señora pueda subyugar a sus presas como le parezca.

—No sabía que tuviera usted la lengua tan sucia, señor Zahi.

—Es la verdad.

—No es la que he venido a buscar.

—¿Y qué quiere usted saber?

—Cómo ha ido a parar esta joya a mis manos.

—Esa pregunta tendrá que hacérsela a Layla, teniente. Ya le he dicho que le devolví su regalo. A esa señora solo la conocía por su reputación. Una noche, al final de un festival de rai en el que participé, vino a verme en mi camerino para decirme que mi voz la hechizaba. Antes de irse, me regaló un par de gemelos en señal de agradecimiento. No debí aceptarlos, pero lo hice. Parecía tan feliz de saberme contento... Luego se puso a llamarme por teléfono a diario y a invitarme a las veladas que organizaba en su casa. Yo pensaba ingenuamente que quería amadrinarme. Estaba equivocado. Quería meterme en su cama. Me negué. Puede que no lo parezca, pero soy muy fiel y adoro a mi esposa. Una noche, la señora Jellad se puso en pelotas delante de mí para obligarme. La rechacé con firmeza. Me amenazó con acabar con mi carrera artística. Ahí, ya, el asco me superó. Al día siguiente regresé a su casa para devolverle su regalo. Me dijo que esos gemelos le habían costado una fortuna y que ni siquiera me merecía que se meara sobre mí. Los tiré al suelo y los pateé para que se enterara del desprecio que siento por los regalos envenenados. Creo que uno de los dos se rompió. Layla pilló un cabreo de mucho cuidado. Me prometió que me enviaría a un penal por agresión sexual. Reconozco que durante semanas estuve esperando a que la policía apareciera por mi casa. Apenas dormía. Pero nadie vino a detenerme.

## 19.

Abdel Raouf frunció el ceño al oír un violento chirrido de frenos en la calle. Nadie frenaba de ese modo en Les Palmiers, un espacio residencial exclusivo en el muy elegante barrio California. Echó una ojeada por la ventana de su bonito apartamento y esbozó una mueca de disgusto al reconocer el vehículo de Layla Jellad. Habitualmente, cuando Layla deseaba una sesión de sexo loco, se anunciaba para organizarlo; muy pocas veces le daba por aparecer sin avisar para comprobar si había una rival en la cama de su *boy*.

Abdel apenas acababa de levantarse tras una velada nocturna con mucho copeo. Se lavó rápidamente en el cuarto de baño, se puso un chándal y una camiseta y salió a esperar a la visitante en el rellano de su puerta con una sonrisa de mayordomo en los labios; una sonrisa que se desvaneció de inmediato ante el rostro arrasado de tics que traía Layla.

—¿Algún problema, amor mío?

—Tú eres el que va a tener un problema muy serio —replicó ella empujándolo a un lado.

Se metió en el salón, jadeante de furia.

—Pedazo de traidor —le gritó apenas hubo cerrado la puerta tras ella.

—¿Me crees capaz de traicionarte, Layla?

—Todos los hombres son unos traidores, y tú no eres ni mejor ni peor que los demás. Pero yo no soy una mujer cualquiera. Cuando un cabroncete como tú juega con fuego conmigo, le escupo encima para que se apague de inmediato. Pero antes te voy a patear hasta convertirte en paté para perros.

Abdel apartó los brazos en señal de incompreensión total.

—¿He hecho alguna cosa mal, amor mío?

Layla se abalanzó sobre él y empezó a golpearle el pecho con los puños. Abdel no sabía si tenía que aguantar el chaparrón o reaccionar. Se limitó a esquivar los golpes y a proteger su cara de los zarpazos de la tigresa.

—Te lo ruego, hada mía, déjalo ya. Me estás haciendo daño.

—No eres más que basura, Abdel, un cubo de basura.

La abrazó para neutralizarla; ella le mordió un hombro.

—¡Explícate ya de un vez, joder! —gimió Abdel—. ¿Por qué me estás golpeando? Mira cómo me has puesto los brazos. ¿Acaso pretendes desangrarme? Pues vale, pero antes dime qué me reprochas.

—¡No te hagas el inocente, desagradecido!

—¿Te vas a calmar de una vez?

—No antes de haberte hecho papilla, cabrón asqueroso.

Harto ya, Abdel la agarró por la cintura y la lanzó contra un sofá. Layla se incorporó con la boca torcida y los ojos desorbitados.

—¿Dónde están los gemelos que te regalé para tu cumpleaños?

—¿Y eso a qué viene?

—¿Dónde están?

—En alguno de mis cajones.

—Enséñamelos.

—¿Por qué?

—Porque no los tienes. Porque se te olvidaron en casa de la guarra a la que te estás tirando cuando te doy la espalda. Te atreves a engañarme después de todo lo que estoy haciendo por ti. Este piso te lo he comprado yo. Yo lo he amueblado. Yo soy quien llena tu nevera. Hasta tus calcetines, tus calzoncillos, soy yo quien te los elijo. No fui a París de compras, sino a ponerme guapa para ti. ¿Y tú a qué juegas cuando estoy fuera? Vas corriendo a tirarte a la primera guarra que pillas en tu camino.

—Te juro que no he tocado a ninguna mujer durante tu ausencia, amor. Te lo juro por la vida de mi madre.

—Tu madre está muerta.

—¿Ahora resulta que haces caso de los chismes, alma mía? Seguro que se trata de unos envidiosos que lo que pretenden es torpedear nuestra felicidad. Dios mismo nos pone en guardia contra los envidiosos. ¿Por qué iba yo a arruinar nuestro nido de amor, Layla? Eres la historia más maravillosa que jamás me ha ocurrido, mi cuento de hadas, mi leyenda. Estaba perdido sin ti. ¿Cómo iba a morder la mano que debo besar con fervor y afecto día y noche?

—No te me acerques hasta que me expliques cómo han ido a parar tus gemelos al dormitorio de la esposa de una autoridad local.

—¿Qué?

—Abdel, se te da muy mal mentir. No me cuentes milongas, no me digas que fue con motivo de una velada entre amigos. Las joyas no han aparecido en el salón, sino en el dormitorio...

—Los perdí jugando al póquer —la interrumpió con viveza.

Se produjo un silencio ensordecedor. Como si alguien hubiese cortado bruscamente el sonido en pleno alboroto. Ya solo se oía la respiración oprimida de Layla conteniendo su furia.

—¿Los perdiste jugando al póquer?

—Es la verdad, tesoro mío.

—Me prometiste renunciar a tus vicios de golfo.

—Lo he intentado, te lo aseguro. He dejado la droga, pero no consigo dejar el juego.

—¿No te basta el dinero que te doy? ¿Acaso te he negado alguna vez algo? Querías un coche, te compré un coche. Querías un Rolex, te compré un Rolex. ¿Qué más esperas ganar al póquer?

—No es una cuestión de dinero, cielo. Cuando no estás aquí, me aburro mucho. Entonces me junto con unos amigos que también juegan para olvidar su soledad.

Se lo quedó mirando largamente.

—Demuéstramelo.

—¿Que te demuestre qué?

—Que no te dejaste la joya en casa de una de esas guarras.

—Te juro que la perdí al póquer.

—En ese caso, exijo que me des el nombre del que la ganó.

—¿Por qué, cariño? La perdí, y punto. Si pretendes volver a comprarla, no la quiero.

—La situación es más grave de lo que imaginas, cabeza de chorlito. La joya la tiene la policía.

Según el investigador, es una prueba fundamental. El gemelo ha sido encontrado en el dormitorio conyugal de una autoridad local cuya esposa ha sido violada salvajemente.

Abdel dio un paso atrás, sin poder emitir palabra.

—¿Y tú me crees capaz de violar a la mujer de una autoridad? ¿Me imaginas haciendo selfis con un pelotón de ejecución? Tú misma me reprochas que no tengo valor. ¿Cómo quieres que corra riesgos de ese tipo?

—El investigador vino esta tarde a hacerme preguntas. No tengo idea de cómo ha podido llegar hasta mí, pero está muy bien informado. Le he dado una pista falsa para, por un lado, ganar tiempo para aclarar este asunto y, por otra, buscarte una buena coartada. Si de verdad perdiste esa joya al póquer, ya no corres peligro. Pero te aviso de que no te conviene en absoluto mentirme.

—No te estoy mintiendo.

—Entonces dame el nombre del que te ganó los gemelos.

—¿Qué piensas hacer con él?

—El investigador no va a tardar en darse cuenta de que le he mentido. Seguro que me va a pedir explicaciones. Necesito el nombre del ganador para alejarlo definitivamente de nosotros dos.

—Naël no es un violador.

—Eso no es problema tuyo ni mío. Para eso está la policía... ¿Naël qué más?

Abdel se dio cuenta de que no tenía elección. Layla siempre conseguía lo que se proponía. Agachó la cabeza y soltó con tono de despecho:

—Gnaoui, Naël Gnaoui.

—¿Cuál es su dirección?

—Tiene una tienda de ropa y artesanía marroquí en la calle Dar Dabagh.

Layla agarró de inmediato el teléfono fijo que había sobre un velador para llamar a la Comisaría Central.

—El teniente Ikker no está en su despacho, señora Jellad —la informó el telefonista.

—Tengo que hablar con él. Es sobre su investigación.

—No tengo su número de móvil.

—¿Cómo es posible? ¿Qué haría para reunirse con sus efectivos si se produjera un incidente grave?

—Yo solo soy el encargado de la centralita, señora. ¿Puede usted darme un número para que el teniente Ikker la llame cuando regrese?

—No voy a esperar su regreso. Es urgente. Pásame a su superior.

—¿De qué se trata exactamente, señora?

—Del asunto de los gemelos...

—¿De qué, señora?

—Comente solamente a su superior lo del gemelo. Lo entenderá.

—Bien, señora. No cuelgue, por favor.

Al regresar a su casa, Layla Jellad constató que un vehículo bloqueaba la entrada del garaje. Aparcó delante de la verja y sacó su teléfono para avisar al servicio de grúas.

—No es necesario —le dijo Driss sentándose a su lado en el coche.

—¿Es su coche, teniente?

—Sí, llevo más de una hora esperándola.

—He intentado localizarlo en comisaría, pero me dijeron que no estaba usted en su despacho.

Driss se sobresaltó.

—No debió llamar a la comisaría, señora. Se trata de un asunto estrictamente confidencial.

—Quería avisarle de que me había equivocado de persona.

Driss estaba muy contrariado. Una arruga le surcó la frente.

—¿Con quién ha hablado usted?

—No lo sé, supongo que con algún oficial... Bueno, lo importante es que esté usted aquí, ya me siento más tranquila.

—Supongo que ha adivinado por qué la llevo esperando aquí una hora, con el calor que hace.

—Por supuesto. Quiero presentarle mis excusas. Entremos a refrescarnos un poco y a aclarar este malentendido.

—Tengo prisa, señora. He interrogado al señor Zahi...

—Precisamente quería que se ahorrara el viaje porque me había equivocado. Estaba enfadada y me confundí de persona. Zahi me había devuelto los gemelos. Uno de mis sirvientes los perdió jugando al póquer mientras yo estaba en París.

—Supongo que estaría borracho y que no recuerda qué jugador lo desplumó.

—Ni mucho menos. Me ha dado el nombre y la dirección del feliz ganador —dijo Layla entregándole un papel.

El teniente se lo guardó. Cuando se disponía a apearse del vehículo, Layla lo retuvo por la muñeca.

—Tengo otra cosa más para usted, amigo mío.

Le tendió un estuche cerrado por un lazo.

—¿Qué es?

—Un regalito.

—¿A santo de qué?

—A modo de disculpa, teniente. Una preciosa sortija de Cartier.

—Me basta con la cuerda que tengo alrededor del cuello, señora —le dijo Driss.

## 20.

Naël Gnaoui no estaba en su tienda de babuchas de la calle Dar Dabagh. Tras ser localizado por teléfono, prometió estar en su puesto antes del atardecer.

Mientras tanto, Driss fue a un chiringuito a comer.

Tras el almuerzo, llamó al inspector Brik.

—¿Me has podido conseguir las listas de llamadas telefónicas que te pedí?

—Se las he entregado al sargento Farid.

—¿Por qué al sargento?

—Te he dejado varios mensajes en el contestador. Como no me contestabas, no sabía dónde dar contigo.

Driss se citó con Farid en un café cercano a la calle Dar Dabagh. El sargento llegó de inmediato con un sobre cerrado con cinta adhesiva.

—He pasado varias veces por su casa, teniente. El inspector me ha pedido que le entregue en mano la carta, pero es que su teléfono no contesta.

—Me quedé sin batería —ironizó Driss antes de despedir al sargento.

Una vez solo, abrió el sobre para comprobar si, tal como aseguraba el telefonista de la Comisaría Central, alguien había llamado desde su casa la noche del 8 al 9 de abril, y cuál no sería su sorpresa al descubrir que la lista de su número fijo registraba ocho llamadas salientes y treinta y seis entrantes, todas desde la Comisaría Central. La llamada del 8 al 9 aparecía en la lista. Estaba registrada a la 1:54. Pero lo que más asombraba a Driss era que no recordaba haber utilizado el teléfono fijo de su casa desde que había sido destinado a Tánger.

Totalmente desconcertado, se pidió un café bien cargado y fumó un pitillo tras otro hasta quedar saturado.

Naël Gnaoui era un joven de unos treinta años, tan demacrado y flaco que parecía recién huido de manos de un sepulturero. Daba la impresión de moverse a cámara lenta. Arrastraba la voz, sus gestos eran poco enérgicos; el menor movimiento parecía someterlo a esfuerzos titánicos.

Permaneció un buen rato contemplando el gemelo antes de balbucear:

—Sí, este objeto llegó a pertenecerme una noche, no más.

—¿Cómo fue?

Naël se tambaleó, mirando al vacío, como si se hallara bajo los efectos de algún barbitúrico.

—La verdad es que no sabía qué hacer con ellos. Los gané en una partida de póquer y temí que quien los había perdido volviera para reclamármelos. Al parecer, valían una fortuna. Así que los malvendí a un amigo el día siguiente.

—¿Ese amigo tiene nombre?

Ben Amar era un habitual de las comisarías. Estaba fichado en todas las del país, en cuyos calabozos pasaba más tiempo que en su tienda de ropa barata, en una calleja tortuosa de Beni Makada, un barrio populoso en el que la policía se veía a menudo en dificultades cuando hacía alguna redada. Por tanto, el teniente Ikker se aventuró por allí con mucha precaución. De entrada, dejó su vehículo en un aparcamiento vigilado y siguió a pie hasta el lugar señalado por Naël Gnaoui.

La tienda era una especie de cueva de Alí Babá atestada de trapos *made in China*, de zapatillas deportivas de imitación, de chándales baratos y montones de ropa de segunda mano adquirida en España o en las rebajas de las aduanas.

Un chico vigilaba la mercancía en la entrada de la tienda. Vestía un Kamis, babuchas de oración y una chechia demasiado pequeña para su cabeza abollada, y tenía los ojos delineados con alheña al estilo salafista.

—Ya solo te falta la perilla para salir de tu botella —le dijo Driss.

El chaval entornó los ojos, deslumbrado por el sol, y ladeó la cabeza para identificar a la silueta que acababa de aparecer en su campo de visión.

—¿Está Ben Amar?

El joven negó con la cabeza.

—¿Puedes ir a buscarlo?

—No sé dónde está.

—¿Por qué no lo llamas a su móvil?

—Solo soy el ojeador. No me puedo permitir tener móvil propio.

Un anciano sacó la cabeza tras una cortina que camuflaba la entrada a la trastienda.

—¿Para qué quiere ver a Ben? —preguntó con voz trémula.

—Es un asunto confidencial.

—¿Quién es usted?

—Un amigo.

—Conozco a todos los amigos de Ben. A usted no creo haberle visto nunca. En cualquier caso, Ben está de viaje.

—¿Cuándo regresará?

El anciano alzó las manos al cielo.

—Solo Dios lo sabe.

Acto seguido, se eclipsó.

Driss se volvió hacia el adolescente, que había vuelto a adormilarse sobre su silla de mimbre.

—Volveré mañana a las diez. Dile que más le vale estar aquí.

La noche cayó como un telón. Driss fue hacia el aparcamiento para recoger su coche. Decidió hacer una visita a su amigo Malik Bahri. De camino, tuvo la impresión de que un vehículo lo estaba siguiendo. Lo despistó un par de veces, pero volvió a aparecer. Entonces se echó a un lado y frenó para ver quién conducía. El vehículo sospechoso giró de inmediato y desapareció.

Driss cenó en el porche de la casa de su amigo, frente a un mar embravecido. El estruendo de las olas y el rumor de la playa le sentaron bien.

Se despidió de su amigo hacia medianoche.

Al salir a la calle, no vio llegar un coche con las luces apagadas. De no haber sido por el grito

de Malik, lo habría alcanzado de lleno. El teniente tuvo el tiempo justo de echarse a un lado. Algo le rozó el muslo y cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza con la acera.

Driss se despertó en una pequeña clínica privada. Malik estaba junto a su cama y una señora con bata blanca acababa de auscultarlo.

—Ha sido más el susto que otra cosa —diagnosticó ella—. Una simple contusión, ningún traumatismo craneal.

—Se ha desmayado dos veces —se preocupó Malik.

—El escáner no indica nada alarmante, señor Bahri. Puede usted llevarse a su amigo a su casa.

—¿No lo va a tener más tiempo en observación?

—No es necesario —lo tranquilizó ella.

Driss prefirió pasar la noche en casa de su amigo.

Un trueno resonó estrepitosamente. Driss miró su reloj. Eran las ocho de la mañana pero el cielo seguía oscuro como si fuera aún de noche. Unos nubarrones plomizos cubrían la ciudad, y el mar, que seguía igual de embravecido que el día anterior, rumiaba su humor de perros con un oleaje apocalíptico. Mar adentro, una tormenta se disponía a anegar la tierra entre rayos enfurecidos.

—Deberías esperar a que escampe —le sugirió Malik—. Con la que va a caer, no va a haber quien salga a la calle.

—Eso vale para cualquiera menos para un poli —dijo Driss apurando su taza de café.

—Puedes pillar un buen catarro con esta chaqueta.

Malik le buscó una gabardina y una bufanda.

—¿Has llamado a tu mujer?

Driss no contestó.

Malik acompañó a su amigo hasta la calle. Los primeros goterones de lluvia empezaron a motear el suelo.

Driss escrutó los alrededores antes de subirse a su coche. Se despidió de Malik con un gesto de la mano y puso el coche en marcha. Condujo con un ojo puesto en la carretera y otro en el retrovisor, en busca de algún vehículo sospechoso.

Ben Amar no apareció. Driss lo estuvo esperando hasta las once en un pequeño café de la acera de enfrente. Regresó tras el almuerzo y luego a última hora de la tarde. En vano.

Al día siguiente, Driss se topó con tres hombres mal encarados que lo estaban esperando en la esquina de la calle. Lo interceptaron antes de que hubiera alcanzado la tienda y le pidieron que los acompañara a un local vacío.

—A ver, ¿por qué andas detrás de Ben? —le espetó el mayor de ellos, visiblemente exasperado.

—¿Quiénes sois vosotros?

—Sus hermanos.

Driss se quedó mirando a los tres hombres y observó que tenían la misma pinta de brutos. Las vibraciones que emitían habrían espantado a una jauría de chacales. El teniente no se dejó amilanar. Mantuvo la cabeza fría y la mirada directa.

—Tengo unas cuantas preguntas que hacerle.

—¿Y quién coño eres tú? ¿Periodista o un puto metomentodo?

—Peor todavía, soy poli. Teniente Driss Ikker.

En una fracción de segundo, los tres individuos cambiaron de actitud y adoptaron una conducta casi conciliadora.

—Usted perdone —dijo el hermano mayor—. Creímos que era usted un funcionario de Hacienda.

—¿Por eso Ben ha desaparecido del mapa?

—Al hermanito le van mal los negocios actualmente, y los de Hacienda no le pasan ni una. No paran de acosarlo. ¿Dónde va a encontrar la pasta nuestro Ben? Hace lo que puede. Siempre ha sido un tío legal. Lo que ocurre es que con la crisis actual no hay quien levante cabeza.

—¡Qué emocionante!

—¿Y qué quiere usted de él, señor policía?

—No es asunto vuestro.

—Somos sus hermanos.

—Se trata de un delito.

Los tres se miraron de reojo con cara de asombro.

—¿Está usted seguro de que no se equivoca de hombre, señor policía?

—Ya veremos.

—Pero es que ya está aclarado —dijo el joven del grupo—. Nos aseguraron que no iba a haber denuncias. Lo mismo no se ha enterado usted todavía. ¿No se lo han comentado sus superiores? Hemos pagado a tocateja para resolver este asunto.

—No sé de qué me estáis hablando.

Los tres hermanos se consultaron con la mirada, cada vez más intrigados.

—Ben no ha hecho nada malo desde entonces —afirmó el mayor—. Hay mucha gente apellidada Amar. Tenemos primos por todas partes. El Ben que anda usted buscando no es el nuestro. Desde que borraron sus antecedentes penales, nuestro hermano se porta bien. Está completamente reinsertado.

Driss comprendió que los tres brutos no estaban en la misma onda que él. Decidió dar un acelerón al tema.

—Vuestro hermano lo tiene crudo. Como siga jugando al escondite, no hará más que agravar su situación. Os conviene hacerlo recapacitar si no queréis que se tire el resto de su vida en una celda llena de ratas.

—¿Se puede saber de qué se le acusa?

—No. Volveré a las siete de la tarde. Como no esté aquí, me las arreglaré para que vosotros también tengáis problemas gordos.

—Ándate con cuidado, amigo —lo amenazó el más joven echando su salivoso belfo hacia atrás—. No vayas a tomarnos por unos golfillos de poca monta. No somos de los que se rajan así porque sí.

—Cállate —le dijo el hermano mayor—. Seguro que se trata de una confusión.

A las siete, Ben Amar no apareció. El cierre estaba bajado y asegurado con grandes candados.

Driss estuvo dando vueltas por el barrio con la esperanza de toparse con el ojeador o con alguno de los tres hermanos; preguntó a tenderos de la zona si conocían a Ben Amar o sabían

dónde vivía, pero solo obtuvo como respuesta farfullos de ignorancia o de silencio cómplice. Empezó a llover otra vez. Los vendedores ambulantes recogieron su mercadería y, en pocos minutos, las callejas quedaron desiertas. Algunos comerciantes seguían en sus locales, demasiado agotados para moverse de sus banquetas. Unos mocosos arracimados regresaban a sus madrigueras. De repente, en una esquina, dos hombres salieron de un portón y se arrojaron sobre el teniente. Este, desprevenido, no pudo evitar la patada que le fulminó la entrepierna ni el puñetazo que estuvo a punto de tumbarlo. Respondió golpeando a ciegas y consiguió repeler a uno de sus agresores mientras el otro intentaba inmovilizarlo por detrás.

—¡Eh! —gritó una voz de mujer—. ¿Qué le estáis haciendo a este pobre hombre?

—Son ladrones... ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Driss sintió pánico al ver el destello de la hoja de un cuchillo frente a él. Se estrelló de espaldas contra la pared para desembarazarse de la sanguijuela que lo tenía fuertemente agarrado, dio unas cuantas patadas al vacío para mantener a distancia al individuo armado y sintió como una quemadura en la muñeca, luego otra en el hombro. El cuchillo fue una tercera vez hacia él, silbando a dos centímetros de su oreja. Por instinto de supervivencia, ya a la desesperada, giró sobre sí mismo. El arma se clavó en la espalda del agresor que lo tenía bloqueado por detrás. Un estertor rasgó el silencio y la presión se relajó alrededor de su cuerpo. De inmediato se oyeron gritos y ruidos de carrera. Driss recibió una patada en la barbilla y cayó al suelo. Tuvo justo el tiempo de ver a los dos agresores echando a correr, perseguidos por el vecindario.

Driss dio las gracias a la enfermera y se vistió. Sus heridas en la mano eran superficiales y el corte en el brazo solo requirió cinco puntos de sutura. Salió de la consulta con un vendaje en el hombro y otro en la muñeca.

Malik Bahri lo estaba esperando en el pasillo de la clínica.

—He venido tan pronto como he podido.

—Me temo que te he molestado para nada, amigo mío. Pensé que al menos necesitaría que alguien me acompañase a casa, pero resulta que no tengo más que rasguños.

Le tendió su gabardina.

—Siento devolvértela así. Mis agresores la han destrozado.

—¿Qué ha pasado?

—Emboscada en Beni Makada. Si no llega a intervenir la gente del barrio, lo más seguro es que ni lo habría contado.

—¿Qué fuiste a hacer en esa ratonera?

—¿Y tú qué crees?

Atravesaron un pequeño jardín alumbrado por farolas enanas. El cielo se había despejado parcialmente, dejando a la vista estrellas y titileos de luces de aviones sobrevolando ambos mares.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Malik cuando llegaron al aparcamiento.

—Quiero volver a mi casa, pero antes tengo que cambiarme. Sarah me va a acosar a preguntas como vea tanta sangre en mi ropa.

—Pues entonces pasemos primero por la mía.

—Ve delante, yo te seguiré.

—Será mejor que vengas conmigo en mi coche. Mi chófer se hará cargo del tuyo. Dame las

llaves.

Malik llamó a su chófer, que estaba esperando al volante de un vehículo de alta gama, y le lanzó las llaves, que este atrapó al vuelo.

—Hazte cargo del Peugeot gris metálico que ves allí y síguenos.

Driss se instaló en el asiento del copiloto del cochazo y encendió un pitillo.

—Baja al menos la ventanilla —le rogó Malik.

—Hace frío.

—Entonces aguanta sin fumar hasta que lleguemos a casa. No soporto el olor a tabaco mientras estoy conduciendo.

—Si quieres, puedo conducir yo.

—¡Qué tonto eres!

Salieron de la clínica y pasaron ante una serie de fachadas pintarrajeadas con esmero. Desde hacía unos años, Tánger estaba transformando y limpiando la imagen de sus viejos barrios y parecía estar consiguiéndolo. Las calles estaban cada vez menos atestadas de bolsas de basura destripadas, los descampados aparecían ahora tapizados de césped y la chiquillería ya no arrojaba piedras a las farolas.

—Ándate con cuidado, Driss. Ayer por poco te atropella un loco al volante y hoy...

—No era un loco al volante.

Malik frenó bruscamente, el motor estuvo a punto de calarse.

—¡O sea que no era un loco al volante!

—Y hoy tampoco eran simples ladrones.

—¿Te estás volviendo paranoico o qué?

—Tantas coincidencias invalidan la casualidad.

Malik frunció el ceño.

—No.

—Sí.

—¿Crees que alguien quiere joderte la vida?

—Está más claro que el agua.

—Y así y todo, ¿pretendes seguir investigando por tu cuenta?

—Tampoco me las he arreglado tan mal hasta ahora.

—Deberías implicar a tus colegas.

—No me fío de ellos.

Malik esperó a alcanzar una curva en la que no tenía más remedio que frenar para soltarle:

—Pues para mí, no eres más que un cretino.

—Tu opinión ni siquiera me interesa.

—¿Sabes al menos de quién se trata?

—Sé lo suficiente para saber dónde colocar la trampa. Solo me queda esperar a que la presa caiga en ella.

## 21.

Sarah seguía mirando fijamente la comida que había encargado una hora antes. Sentada en la esquina de la mesa, en la inmensa cocina donde se sentía encerrada, se iba marchitando entre el mutismo de los muebles que parecían replegarse a su alrededor. En su cabeza se repetía una vez tras otra aquel sonsonete que un trovador de la plaza Yemaa el-Fna estuvo declamando una de aquellas noches de posible *reconciliación* que tan bien cuadraban con los buenos auspicios de Marrakech:

*Cuando el amor se va  
lo hace por siempre,  
no se contiene el viento  
ni el decurso de los días.*

Ni siquiera había probado la cena.

Ahí estaba, mirando al vacío con el alma abismada. Desde que su marido había desconectado con ella, se estaba dejando llevar por un estado de ánimo que la iba alejando de sí misma; una especie de claroscuro que se iba difuminando mientras se esparcía por su mente como una niebla gélida que acentuaba su melancolía. De escaso consuelo le servían las salidas con Narimène. Muy al contrario, sus regresos a casa resultaban más frustrantes cuanto más numerosas eran las noches que pasaba en blanco. Estaba cansada de esperar a Driss hasta horas intempestivas, de comprobar al despertarse que ya se había ido. Ya no compartían lecho, y si conseguían pasar un rato juntos en casa, una especie de abismo los arrojaba a sus antípodas. ¿Cuántas veces había permanecido ausente frente a un espejo, ajena a la pena que estaba marchitando su belleza de princesa caída en desgracia? ¿Cuántas veces se había atragantado bebiendo un simple vaso de agua? Su garganta reseca por los suspiros era incapaz de tragar otra cosa. Por más que se atiborrara de ansiolíticos, seguía sufriendo como si su dolor fuera una herida incapaz de cicatrizar. Dormir no le procuraba el menor olvido o descanso debido a lo perturbadores que eran sus sueños y sus sábanas estaban empapadas de sudores fríos. A veces, en medio de una pesadilla, se despertaba sobresaltada, con el corazón desbocado y los brazos en actitud defensiva, para acabar diciéndose que más le valdría no volver a despertarse nunca...

Se estremeció al oír un coche detenerse en la calle. La verja de entrada rechinó, unos faros deslizaron su luz por las paredes de la cocina; la puerta corredera del garaje emitió un chirrido metálico. Luego se produjo un silencio.

Sarah juntó sus manos ante su boca y respiró hondo para infundirse valor. Por instinto, estiró el espinazo cuando los pasos de su marido resonaron en la entrada.

Driss colgó su chaqueta en el vestíbulo y se remangó la camisa hasta los codos. Sin mirar a su esposa, cogió de la nevera una botella de agua y bebió a morro.

—¿Por qué no contestas al teléfono, Driss?

La trémula voz de Sarah expresaba un enojo apenas contenido. Driss ya tenía estudiado el proceso de ira de su esposa. Empezaba por una pregunta y luego aquello se prolongaba con una serie de reproches hasta acabar en gritos de intimación.

—El móvil no para de fallarme.

—¿Y esto cuánto va a durar?

Driss volvió a guardar la botella de agua en la nevera y se dispuso a subir al piso.

—Supongo que ya habrás cenado.

—No tengo hambre.

Sarah se incorporó. Ya no era sino la sombra de sí misma.

—¿Qué te ha ocurrido en la mano?

—Me corté con una valla destrozada.

—¿Te ha visto un médico la herida?

—Acabo de estar en una clínica. No es nada grave.

—Eso sí es cierto —dijo Sarah con voz cavernosa—, últimamente parece que para ti ya no hay nada grave.

—Estoy cansado. Dormiré en la habitación para los amigos.

—¿Acaso hemos dejado nosotros de ser amigos, Driss?

—Hazme el favor, no busques tres pies al gato. Necesito descansar tranquilamente, eso es todo.

—¿Y qué te impide hacerlo en nuestra cama?

—Te mueves demasiado mientras duermes, Sarah.

—Te recuerdo que tomo somníferos.

—No te lo tomes a mal. Necesito de verdad recuperar energías después del trabajo que he tenido hoy.

—Narimène dice que su marido está más que harto de soportar tus ausencias en comisaría.

—Pues yo estoy más que harto de la central entera.

Driss se adormiló un momento tras haber aplastado su cigarrillo en el cenicero, olvidando apagar la lamparilla de noche. Su respiración relajada delataba un sueño profundo, sin sueños ni ecos. Tumbado de espaldas, con las piernas separadas, el rostro ya sin las tensiones padecidas durante el día, daba la impresión de haberse atrincherado en un mundo donde nada podía afectarlo. Su pecho subía y bajaba con la regularidad de un fuelle automático. Sus rasgos relajados le devolvían ese encanto que, antaño, aceleraba el corazón de las jovencitas.

Sarah se acercó dos veces al dormitorio de invitados para mirarlo mientras dormía. Se quedó de pie a su lado durante unos cuantos minutos, resistiéndose a las ganas de acariciarle el pelo o de darle un beso furtivo en la frente. Sus ojos reflejaban una pena que acentuaba su palidez y ahuecaba aún más las comisuras de sus labios. Le habría encantado que se despertara y la descubriera inclinada sobre él como una estrella velando sobre su pastor. Pero Driss no se despertó. Devuelto a sí mismo, estaba parapetado tras un sueño en el que las obsesiones y las sospechas se neutralizaban, y a Sarah le molestaba que se refugiase así de los tormentos que ella estaba padeciendo. «No hay ángel que te llegue al tobillo mientras duermes, amor mío —pensó—. ¿Por qué al despertar tienes que convocar a tus viejos demonios cuando basta con una sonrisa para mantenerlos a distancia?»

Driss ajustó la correa de su pistolera para pegársela al costado y se puso de perfil para ver, en el espejo del armario, qué aspecto le confería su equipamiento de poli dispuesto a todo. No le satisfizo advertir su parecido con Kevin Costner en *Los intocables de Eliot Ness*. No dedicó a su reflejo ni una sonrisa ni un guiño, aunque una violenta necesidad de entrar en acción hizo palpar sus pómulos.

Tras ponerle el seguro, sopesó el arma en el puño y la enfundó bajo su axila.

—¿Tienes alguna operación hoy? —le preguntó Sarah a sus espaldas.

—Tengo que llevar la pistola a que me la revise el armero —mintió él—. Es el reglamento. Llevo meses sin usarla. Puede que algunas piezas requieran una revisión.

Se puso la chaqueta para asegurarse de que el bulto bajo el brazo no se notaba demasiado.

—No me gusta que vayas armado —le dijo Sarah.

—Es mi arma reglamentaria.

—Pues ni así.

Driss se ajustó la chaqueta y movió los dedos de su mano vendada.

—¿Seguro que te cortaste con una valla?

—¿Acaso lo dudas?

—Solo te lo pregunto.

—Ya conoces la respuesta.

Pasó a su lado en dirección a la puerta de la casa.

—¿No me das un beso?

Driss volvió sobre sus pasos y la besó con tal violencia que, al apartarse, vio sangre en los labios de su esposa.

Salió a toda prisa de la habitación.

Sarah se quedó petrificada. Tras oír cerrarse la puerta de la calle, se sentó en el bordillo de la cama y se agarró la cabeza con ambas manos.

## 22.

Driss se posicionó en los alrededores de la tienda de los Amar, cerrada con candado. Hacia mediodía se dio cuenta de que estaba perdiendo el tiempo.

Cuando iba a recoger su coche al aparcamiento, vio al pequeño ojeador sentado en un cafetúcho. Dejó que acabara de comer su mísero plato. Este lo hizo rápidamente y salió a pasear por las callejas atestadas de transeúntes. Driss lo siguió de lejos, cuidando de que no se le perdiera entre el gentío. Lo vio soltando grandes risotadas con una pandilla de chavales de su edad, entrar en una tienda de comestibles para saludar al tendero, pedir un cigarrillo a un vendedor ambulante, parlotear con un mozo de cuerda. Cuando por fin se alejó del zoco por una calleja escalonada, Driss lo alcanzó.

—¿Qué pasa, chico, no curras hoy?

El ojeador no pareció sorprendido de ver al teniente.

—¿Qué quieres de mí?

—¿Quién ha cerrado la tienda?

—El jefe dice que quiere hacer unos cambios.

—¿Y tú te lo has creído?

El chico se encogió de hombros.

—¿Sabes dónde vive tu jefe?

—Todo el mundo en Beni Makada sabe dónde viven los Amar.

El joven ojeador era un granuja encallecido que parecía haber padecido todo lo malo de este mundo antes de saber andar. Era uno de tantos chicos abandonados a su propia suerte que infestaban los barrios bajos y que, alcoholizados a los diez años, con la maldición grabada en su frente, dormían en portones y malvivían en los parajes más sombríos, seguros de que la tierra que pisaban con sus pies sangrantes solo les iba a ofrecer espinos y ortigas hasta que les llegara su hora.

—¿Podemos negociar?

El chico tendió una mano perentoria.

—Doscientos dírhams por la dirección y trescientos más si quieres que te lleve hasta allá.

La casa de los Amar se alzaba como un mastodonte entre casuchas deformes apretujadas a su alrededor. Recién encalada, con las ventanas enrejadas y el portón de roble claveteado, exhibía sin complejos los atavíos de un éxito social en un barrio abocado a la descomposición programada, por lo llamativo de la miseria circundante.

Driss buscó el timbre, pero solo encontró una aldaba de bronce que resonó del otro lado como un gong dentro de una cripta. Se oyó el chirrido de un pestillo y el portalón se abrió sobre un patio interior sombreado.

—¿Sí? —dijo una voz de mujer oculta tras la puerta.

—Buenos días, señora, estoy buscando a Ben Amar.

—Está en la obra.

—¿Dónde está la obra?

—No lo sé.

—¿Alguien me lo puede decir?

—Wahab, el hermano mayor, está en el taller al fondo de la calle. Justo enfrente del viejo café. No tiene pérdida. El taller está pintado de verde.

Driss dio las gracias a la mujer, que cerró la puerta de inmediato sin dejarse ver. Bajó la calle a la carrera mirando hacia atrás para asegurarse de que no lo estaban siguiendo.

El taller era un garaje en desuso con el suelo cubierto de manchurrónes negros. A un lado había un montón de chatarra, junto a una fosa llena de grasa líquida de motor. Todo allí apestaba a aceite quemado y a gasolina.

Wahab estaba jugando al dominó con sus otros dos hermanos y un gigantón de dientes podridos. Al ver entrar al teniente, se echó hacia atrás en su silla y plegó la boca en un rictus.

—¿Otra vez tú? Dinos de una vez qué quieres de nosotros.

Los otros tres hombres siguieron golpeando la mesa con sus fichas, sin siquiera mirar al intruso.

—Lo mismo —contestó Driss.

El mayor soltó un suspiro que hizo estremecerse su barrigón.

—Déjalo ya, teniente. Ten por seguro de que no das la talla. Nosotros estamos limpios y no queremos problemas. Vuelve tranquilamente a tu casa y pon una cruz sobre la familia Amar. Si tus colegas no te han dado tu parte, háblalo con tu jefe, porque de nosotros no vas a conseguir un céntimo.

—No vengo a reclamar mi parte, ando en busca de Ben.

El mayor se volvió hacia sus hermanos.

—Echad a patadas a este cabrón.

—Cuidado —le recordó Driss—, el cabrón es un oficial de la policía.

—¡Que te jodan! —le aulló el más joven—. Aquí nosotros mandamos más que tú.

Las sillas chirriaron al unísono; los dos hermanos y el matón estaban de pie con los puños apretados, listos para arrojarse sobre él.

—Si quieres un consejo —insistió el mayor—, lárgate ya. Si no, vas a volver a tu casa con el rabo entre las patas.

—Tendréis que buscaros otros matones. Los que mandasteis anoche para que me apuñalaran no eran demasiado profesionales.

—No fuimos nosotros. De ser así, no estarías ahora aquí jodiéndonos.

El grandullón soltó una risotada de hiena a punto de dar su primera dentellada a una presa acorralada.

—¿Quieres que le destroce su cara de niña, jefe?

Driss no le dio tiempo a decir más. Lo recibió con un gancho fulminante en la barbilla que lo tumbó de espaldas, donde dejó de moverse, con los ojos en blanco y los brazos en cruz. Sorprendidos por la rápida actuación del teniente, los dos hermanos más jóvenes tardaron unos segundos en reaccionar. Cuando se abalanzaron sobre el oficial, este les aplicó sobre la marcha un doble gancho izquierda-derecha, dejando al primero sin aliento y obligando al segundo a poner

una rodilla en tierra.

—¡Tranquilitos! —les ordenó amenazándolos con su arma.

El mayor cruzó los brazos sobre su pecho y se quedó mirando al oficial.

—Hemos llamado a nuestros amigos del catastro. Nos han dicho que no tienes nada que ver con nuestra historia, que ni siquiera es tu especialidad. ¿Así que cómo esperas pegárnosla, teniente? Perteneces a la Criminal, y lo nuestro atañe al registro de la propiedad. No sé cómo te has enterado de la transacción, pero llegas demasiado tarde. Los contratos ya están firmados y notariados. Como sigas acosándonos, nuestros abogados van a joderte vivo para los restos.

—Vuestros chanchullos me importan un huevo. Tengo cuentas que ajustar con Ben. Es algo personal, solo entre él y yo.

El mayor pidió a los demás que se tranquilizaran. Pareció meditar las palabras del teniente, bastante asombrado. Cuando se le empezaron a aclarar las ideas, volvió a sentarse y preguntó:

—¿O sea que lo tuyo no tiene nada que ver con nuestro asunto inmobiliario?

—Insisto en que se trata de un asunto personal.

—¿Estás seguro de que no es ese hijoputa de Brahim Ayoubi el que te ha mandado a jodernos?

—No conozco a ningún Brahim Ayoubi.

—¿Y de qué va lo de Ben?

—De violación.

Los tres hermanos se miraron de reojo con cautela. No daban crédito a lo que acababan de oír.

—¿Violación? —dijo el mayor.

—Lo que estás oyendo.

—¿Y cómo puedo saber que dices la verdad?

—De ningún modo.

—¿No estarás intentando enredarnos?

—Ya lo estáis suficientemente.

El mayor apartó los brazos como para recibir el maná celestial. Se le notaba aliviado, y a sus otros dos hermanos también.

—Si solo se trata de violación, lo mejor será que aclaremos todo esto cuanto antes. A Ben no le van para nada las mujeres.

Wahab sacó su móvil y marcó un número con gesto de alegría.

—*Salam*, hermanito. Tienes que venir de inmediato al taller... Ya sé, ya sé... Deja a Jafer en la obra. Te necesitamos aquí. El poli de ayer está conmigo. No, no, es una confusión. No tiene ninguna relación con el solar. Vale, se lo pregunto —tapó el móvil con una mano—. Ben dice que está colando la primera placa de hormigón y que no puede dejar la obra sin nadie controlando la operación. ¿No te importa que vayamos a verlo allí?

—Si no es una trampa, no hay problema.

—No es una trampa, te lo juro.

—En ese caso, iremos solo tú y yo.

—De acuerdo. Si no tienes coche, mi todoterreno está aparcado aquí al lado.

Apenas lo vio en medio de la obra, al pie de una hormigonera que estaba colando una placa de hormigón, Driss comprendió que el tal Ben no era su hombre. No era para nada un rompecorazones. Bajito, canijo y... jorobado. Su rostro llevaba la huella de una mala caída, que

probablemente se remontaba a la infancia ya que tenía la barbilla levemente desviada hacia el exterior, deformándole la mandíbula.

—Quiero hablar con él a solas —dijo Driss al hermano mayor.

—No te pases con él. Es buen tío, y está acostumbrado a que se le respete.

Driss se apeó del todoterreno y fue hacia el hombrecillo, que se puso a secarse las manos húmedas en los pernils de su pantalón vaquero.

—Soy el teniente Ikker...

—Mi hermano me ha asegurado de que no me va usted a molestar. Soy una persona cumplidora con la gente y con el Estado.

—¿Y por eso te has dedicado a jugar al hombre invisible?

—La policía me ha acojonado siempre. Cuando veo a un agente por la calle, me doy media vuelta. No puedo evitarlo. Puede que lo lleve en los genes, pero es así.

—Tu ficha policial no opina lo mismo. ¿Podemos discutir un momento a la sombra de este árbol? Me duele un poco la cabeza.

Driss alejó adrede a Ben de los hombres que estaban trabajando alrededor de la hormigonera.

Ben lo siguió hasta el árbol, dócil, echando de cuando en cuando una mirada asustadiza a su hermano, que no había salido de su vehículo.

—¿Reconoces esta joya? —le soltó Driss a bote pronto.

Ben cogió el gemelo que le tendía el teniente y lo miró desde distintos ángulos.

—¿Es grave, señor?

—¿Qué?

—La historia de esta joya.

—Depende.

—Solo traté de echarle un cable a un amigo. Necesitaba dinero para pagar a sus acreedores. ¿A mí qué coño me importan unos gemelos? La única vez que me puse un traje fue cuando me casé. A mí las joyas no me molan. Pero mi colega tenía la soga al cuello. Había perdido mucho dinero al póquer y el ganador le reclamaba lo suyo sin más demora. O sea que cedí. ¿Tú qué harías si tu mejor amigo estuviera en un lío? Pero antes de comprar los gemelos, le hice jurar que no eran robados.

—Por supuesto...

—¿Cree usted que los gemelos fueron robados, señor?... Si es así, yo no estaba al tanto. Bastantes problemas he tenido ya con la justicia. Ahora voy tranquilo por la vida. Ya no tengo edad para hacer el gilipollas.

—Cuando se es gilipollas, se es para toda la vida. Pero bueno —dijo Driss—, ahora que sabemos cómo llegó esta joya hasta ti, ¿se puede saber cómo y dónde la perdiste?

—Se los di a mi hermano Wahab.

—¿El que está en el todoterreno?

—Sí, es el mayor. Él ha negociado directamente el tema del solar.

—¿Qué tienen que ver con esto los del catastro?

—¿Es que Wahab no te ha dicho nada? Teníamos un litigio con un estafador por el solar en el que estamos ahora mismo. Esta parcela ha pertenecido siempre a nuestra familia. El estafador quiso asociarse con nosotros para construir unos apartamentos y luego venderlos. Empezamos a trabajar juntos. Luego, no se sabe cómo, se las arregló para manipular documentos y hacerse pasar

por el dueño. Uno de mis hermanos está en la cárcel por haberle abierto la cabeza con un pico. Hemos tenido que untar a un montón de buitres para recuperar nuestro terreno. Apenas acababa un juicio y ya teníamos otro encima. Había que soltar pasta en cada planta, desde el portero hasta el jefe del negociado, desde el secretario hasta el director general. Entonces Wahab se reunió con una antigua amistad de nuestro padre, que nos aconsejó tratar el asunto con un hombre muy influyente que era uña y carne con el gobernador. Si hemos conseguido salvar la situación, ha sido gracias a él. El único problema es que nuestro bienhechor era tan goloso como la gente del catastro. Como ya no nos quedaba bastante dinero contante y sonante, mi hermano le propuso, además de la pasta que nos quedaba, darle los gemelos. Ese cabrón los llevó primero a un joyero para que los peritara. Al parecer, valen miles de euros. Pero no importa. Toda paz tiene su precio.

—¿Y ese buen samaritano tiene un nombre?

—Fue Wahab quien trató con él.

Driss hizo una señal al mayor para que se reuniera con ellos.

—¿Y qué? —dijo Wahab—. ¿Tiene mi hermano pinta de violador?

Driss le enseñó la joya.

—Sin el par completo, no voy a poder ponerme la camisa de seda que hace juego con la esmeralda.

—Supongo que andas buscando el otro gemelo.

—No se te puede ocultar nada.

—Y si te lo digo, ¿no volveremos a verte por aquí?

—Palabra de honor.

Wahab esbozó una tanda de muecas burlescas para ganar tiempo mientras se aclaraba las ideas.

Avisó:

—Ojo, se trata de un pez gordo. Como te pille, te aplastará como a una cucaracha.

—No soy una cucaracha. Vamos, suéltalo ya si quieres que desaparezca cuanto antes y para siempre de tu vista.

—Se llama Rachgoune, Slimane Rachgoune... Al parecer, es el jefe del gabinete del gobernador.

Driss dejó de escuchar, y hasta de oír. Tuvo la sensación de haberse quedado sordo de golpe. Tuvo que apoyarse contra el tronco del árbol para no derrumbarse.

El mar estaba tan liso como una pista de tenis. Por entre las luces rasantes del atardecer, se podía ver enfrente la orilla que España alzaba a modo de mirador para vigilar África y sus incesantes oleadas de migrantes alucinados. Driss no distinguía entre el día que iba eclipsándose de puntillas y la noche acercándose peligrosamente, cual ogro de barriga oceánica. Ya no le quedaba tabaco, y el cenicero estaba repleto de colillas de pitillos fumados hasta el filtro. En su cabeza resonaba una batahola psicodélica; se oían voces por todas partes, unas tumultuosas, otras claras como el destello de una cimitarra. Todas lo abroncaban ordenándole lavar su honor con sangre.

Se acordó de un músico ambulante que acudía, el día de mercado, a actuar en el zoco de su pueblo natal, allá en el monte Tidirhine, donde las cabras pastaban libremente, medidas por el sonido de las campanillas que llevaban colgadas del cuello.

Decía el músico:

*Por ti abandoné  
al amor de mi vida  
y te preferí a ti  
antes que a mis queridos hijos.  
Por ti he renunciado  
a los romances nocturnos  
y he renegado de las alegrías  
más sencillas de la vida.*

Una nutrida piara de mocosos se agitaba alrededor del trovador, pero se volvió hacia Driss para preguntarle:

- ¿De qué estoy hablando, pequeño?
- De la patria —le contestó el chiquillo sin pestañear.
- No, hijo mío —le dijo el músico—, hablo de la ambición.

La noche cayó justo cuando Driss emergió de su abismo. En el cielo centelleaban millones de constelaciones; a lo lejos, las luces del puerto y de la ciudad competían con las estrellas. Una brisa leve acarició la arena de la playa antes de ramificarse entre las rocas. Un perro ladró en el silencio, y el eco de sus ladridos rebotó mar adentro hasta apagarse en la oscuridad.

- Driss sacó su teléfono y llamó a Slimane Rachgoune.
- Necesito que me des tu opinión —le dijo con tono monocorde.
- ¿Acerca de qué?
- De una transacción.
- Pásate mañana por mi despacho.
- Esto no puede esperar a mañana.
- Se produjo un silencio.
- Además, no es asunto para tratar en un despacho —insistió Driss.
- ¿De qué se trata?
- De un pequeño negocio que no se puede rechazar.
- Nuevamente, un prolongado silencio, y luego:
- De acuerdo —dijo Slimane—, ¿dónde nos vemos?
- En tu casa.
- Tengo aquí a un sobrino mío.
- Mándalo a un cine a ver una película.
- Nuevo silencio.
- Vale, te espero en casa.

De camino, Driss se saltó todos los semáforos.

Menos de una hora después, aparcó delante del espléndido chalé del secretario particular del comandante de la policía. Este estaba sentado en su porche. Bajó a abrir la verja al teniente y lo invitó a entrar en la casa.

—Me alegro de que por fin hayas recapacitado, amigo Driss. El comisario y yo estábamos preocupados por ti. Ya apenas se te ve el pelo por la comisaría y nos preguntábamos cuándo iba a

acabar esto.

—Estaba tras un buen negocio. El tipo de negocio que solo se presenta una vez en la vida y puede modificar por completo tu destino.

—Enhorabuena, amigo. Voy a poner a refrescar una botella de champán.

## 23.

Driss se instaló en un sillón, cruzó las piernas y se quedó mirando fijamente a Slimane, que, ataviado con una bata de seda satinada, parecía un visir de *Las mil y una noches* sobre su alfombra voladora. Era evidente que el secretario vivía muy por encima de sus posibilidades y que, mal que les pese a santos y profetas, las ganancias ilícitas le sentaban de maravilla.

Tras haber contemplado el fasto indecente del salón, Driss volvió a mirar a su huésped y solo vio en él lo que el asesinato, la barbarie, el sacrilegio y la locura le podían sugerir a un hombre ultrajado en su peor momento. Pero se había jurado no desenfundar su pistola. Las cinco horas que había pasado en la playa lo habían serenado, no como para perdonar pero sí al menos para asumir que los crímenes de honor eran cosa del pasado, y que la cárcel no es un espacio propicio para las resiliencias.

Empezó:

—Mi padre un día me dijo: «Si quieres saber un montón de cosas sobre la gente, hazles creer que eres tonto; verás como no se te escapa ninguna de sus verdades».

—Es cierto —aprobó Slimane sin acabar de entender qué pretendía decir Driss.

El teniente apretó los labios ladeando la cabeza pensativamente.

Añadió con el mismo tono enigmático:

—Quiero a Sarah, ¿sabes?

A Slimane se le relajó el entrecejo. En sus labios afloró una sonrisa de circunstancia que se apresuró a ocultar llevándose la copa a la boca ante tan aparentemente absurda entrada en materia de Driss.

—Es normal, es tu mujer —dijo por decir algo.

—La amo de verdad.

—Mejor para ella.

—La amo a rabiar.

—Ya lo he entendido.

La sonrisa de Slimane se desvaneció tras una mueca circunspecta. Algo en la mirada del teniente no sintonizaba con su declaración de amor.

Driss se sirvió dos dedos de whisky, hizo un mohín al tragarlo de una tacada, chascó la lengua y por poco se le estrella el vaso sobre la mesa al soltarlo.

—Cierto es que en la escuela de policía de Kenitra tenía fama de calientapollas porque a veces llevaba pantalones muy ajustados. Las malas lenguas llegaban a decir que se cepillaba a los del curso superior. Pero era puro chismorreo. Sarah tenía demasiada clase para ligotear con los borregos que su padre dirigía a garrotazo limpio.

—No veo qué tiene eso que ver con nuestro «pequeño negocio» —le señaló Slimane dibujando unas comillas con los dedos.

—Digamos que no tengo el suficiente valor para ir directamente al grano. Estoy mareando la

perdiz para ganar tiempo. Resulta muy duro soltar de golpe y porrazo algo que nos afecta tanto. Hay que hacerlo despacio, por etapas, para no perder el hilo y la sangre fría que se supone que debe uno mantener.

Slimane echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada rematada por un ataque de tos.

—¿A qué viene ese delirio?

—Es mío, Slimane, solo mío. No puedes imaginar todo lo que se me está pasando por la cabeza desde hace unas cuantas horas. Es como si arrojaran a un mono a una piscina llena de pirañas.

—Sigo sin enterarme de qué va este rollo.

—Todo se andará...

Driss se volvió a llenar el vaso de whisky y se lo bebió otra vez de un trago.

—Te mentiría si te dijera que me casé con Sarah por amor. En aquella época, todo me iba mal y estaban a punto de expulsarme de la escuela de policía. O sea que mi relación con Sarah era el mejor cable que podía echarme el destino. Por supuesto, aproveché la oportunidad. Apadrinado por un capitoste como el señor Chorafa, tenía garantizado el éxito profesional como policía. No me avergüenzo de confesarlo. Así funcionan las cosas en el reino de los papanatas. El que no tiene padrino es un bastardo, y corre menos que un tullido... Pero, ya ves, con el tiempo las cosas mejoraron y acabé enamorándome de mi mujer. Para mí, ahora lo es todo. Tiene su carácter, pero eso no es algo que me moleste demasiado. Nuestra pareja funcionaba estupendamente, ¿lo entiendes?

—Oye, teniente, ¿seguro que no te has hartado de porros?

—Lo confundes con la ira volcánica que está brotando dentro de mí.

—¡Joder, la estás cagando de verdad, chaval! Me llamas para proponerme un negocio, te recibo en mi casa ¿y con qué me vienes? Con tu vida matrimonial. ¿A mí qué narices me importan tus problemas familiares?

Driss fue a coger otra vez la botella de whisky. Slimane le agarró la muñeca y le apartó la mano de la botella.

—No vas a emborracharte a mi costa, capullo. Si no tienes a nadie más para darle el coñazo con tus lloriqueos, no cuentes conmigo para ser tu paño de lágrimas.

Driss asintió. Sus ojos emitieron un fulgor inquietante.

Miró con fijeza la botella de alcohol antes de proseguir:

—¿Sabes por qué me tiré siete días con sus noches en un hotelucho de mala muerte, bebiendo como un descosido y follando con una puta a la que le apestaba el aliento?

—No quiero saberlo.

—Pues te lo voy a decir de todos modos. Porque me negaba a admitir la evidencia... ¿Cuánto tiempo me quedé, aquella maldita noche, mirando a mi mujer desnuda y esposada en su cama? ¿Cinco, diez segundos? Pues bastaron para darme cuenta de que no se trataba de una violación, sino de una juerga sexual consentida entre adultos.

Slimane se lo quedó mirando, boquiabierto.

—¿Te has quedado patidifuso, verdad? No es que yo sea un lince, pero es que estaba más claro que el agua, eso es todo. Cualquiera se habría dado cuenta. Esposas, mordaza, venda para los ojos; o sea, la parafernalia habitual. Solo faltaba la fusta. Pero supongo que el sadoca sexual no quería dejar huellas en el cuerpo ofrendado. Eso la habría delatado ante el cornudo de su marido.

—¿Y eso vienes a contármelo a mí, teniente? Que yo sepa, hay un oficial encargado de la investigación. Si sospechas de alguien, es a Alal a quien tienes que contárselo.

Driss no lo escuchaba. Atrapado en la espiral de su congoja, solo oía los latidos de su sangre en las sienes, y ni siquiera reconoció su voz cuando añadió:

—Aquello era superior a mil sacudidas de electroshock. Era lo peor que me podía ocurrir en la vida: el amor de mi vida entregándose a otro hombre. Todo se volvió confuso en mi mente. En realidad, me negaba a admitir lo que acababa de comprender. Lo negaba todo de plano. No sé si me afectó más el golpe que recibí en la cabeza o la pena que sentía. No estoy seguro de que, durante esos días, fuera consciente de lo que hacía. Me hallaba en alguna parte, en el fondo de un agujero, vagamente consciente de estar recluido en un hotel asqueroso, emborrachándome y emporrándome tras secuestrar a una mísera prostituta. Mi mayor deseo era desaparecer por siempre de la faz de la tierra, pero acabé despertando en aquella clínica privada y, por tanto, sumiéndome de nuevo en la vergüenza. Me sentía sucio, fatal... Fue terrible. Me despreciaba a mí mismo. No hay mayor calamidad que despreciarse a sí mismo, Slimane. No puedes ni imaginártelo. Todo mi cuerpo apestaba a sexo sucio. Cada vez que se me aparecía la imagen de mi mujer desnuda y esposada, vomitaba todo lo que llevaba en las tripas salvo la lava del volcán que ardía dentro de mí.

Slimane estaba harto de aquello. Se levantó y le señaló la puerta.

—Vuelve a tu casa, Ikker. Todo esto es conmovedor, pero yo no soy psicólogo.

—Aquella fantasía, ¿fue cosa tuya o de ella?

—¿Perdón?

—El tinglado sadomasoquista, ¿fue idea tuya o de ella?

Slimane dio un paso atrás, anonadado.

—¿Crees que soy el violador?

—El violador no, el amante.

Slimane brincó de indignación, presa de una ira fulgurante. Su rostro congestionado se le arrugó de repente mientras los pómulos eran presa de sacudidas espasmódicas.

—Largo, teniente. Sal de mi casa. Estás completamente tarado.

—Me sobran motivos, ¿no crees?

—¡Basta ya! Ya has dicho suficientes estupideces esta noche. Nunca me he acercado a tu mujer y no recuerdo haberle dirigido la palabra una sola vez en la vida.

Driss puso sobre la mesa el listado de llamadas de su teléfono fijo:

—Ocho llamadas desde mi casa, treinta y seis a mi casa, todas en comunicación con la Comisaría Central. Y resulta que nunca utilizo ese teléfono. Mi mujer y yo nos comunicamos por móvil. ¿Con quién hablaba en la Central? Por si fuera poco, todas las llamadas sospechosas se hicieron en fechas en que me encontraba en misión fuera de la ciudad.

—Pregúntaselo a ella.

—Me cabré cuando me enteré de que la señora Layla Jellad había contado a un oficial de la Comisaría Central el motivo de mi investigación. Pero finalmente me ha venido bien. Su llamada levantó la liebre. Ahora sé que eres tú el que está detrás del intento de atropello que por poco me mata, y del par de matones que quisieron apuñalarme.

—¡Por Dios, qué manera de divagar! Quien te haya dicho todo esto de mí te ha mentado. No tengo nada que ver con la violación de tu mujer ni con tus elucubraciones. Tus estúpidas

alegaciones podrían volverse contra ti. Para tu conocimiento, nunca me han atraído las mujeres. ¿Acaso estoy casado? ¿Es que tengo novia? ¿Me has visto alguna vez del brazo de una chavala?

—No hay por qué disimular cuando se jode con la esposa de un colega.

—Estás desvariando, amigo. La noche del 8 al 9 de abril estaba en Tetuán, en casa de mi madre.

—En ese caso, ¿qué hacía esto en mi casa, en mi dormitorio? —aulló Driss esgrimiendo el gemelo ante la cara del secretario.

Slimane palideció al reconocer la joya. Su nuez botó dos veces antes de quedarse atrancada bajo su barbilla. Durante unos segundos, fue incapaz de hablar y estuvo a punto de caer de espaldas.

Se recuperó rápidamente y gritó tendiendo un dedo hacia el teniente:

—Eso no es mío.

—¿Quieres que te haga su historial hasta que llegó a tus manos? ¿Empiezo a partir del cantante Zahi o paso directamente a los hermanos Amar, señor «jefe del gabinete del gobernador»? Por cierto, no te privas de nada.

Slimane tragó saliva para liberar su nuez. Le temblaban las piernas y su cara recordaba una fregona escurrida.

—Vas mal encaminado, Ikker.

—¿No será que se trata de una curva demasiado cerrada y te estás saliendo de la carretera?

Su puño despachó a Slimane por encima del respaldo del canapé.

Presa de un frenesí salvaje, Driss saltó por encima del asiento y se puso a patear los costados del secretario.

—Jamás he puesto los pies en tu casa, Ikker.

Driss no oía nada, solo el huracán que acababa de desencadenarse dentro de él. Golpeaba con saña, como si quisiera destrozar el mundo entero. Puñetazos, patadas, escupitajos a un Slimane que no sabía cómo protegerse de tanta furia que se estaba abatiendo sobre él. Un golpe en el vientre lo dejó sin resuello, otro en la nuca le nubló la vista, la sangre que manaba de sus labios reventados le impedía respirar. Buscó un refugio, un punto de apoyo para levantarse. Driss no le daba la menor posibilidad de hacerlo. Lo seguía pateando con una rabia cada vez mayor, le pisoteaba la cabeza con los tacones de sus zapatos, encarnizándose con él con la manifiesta intención de hacerlo papilla.

Laminado, ensangrentado, a Slimane no le quedaban fuerzas para protegerse o arrastrarse hacia un refugio. Ya solo era un amasijo de carne machacada y jadeante sin apenas pulso. Con el rostro tumefacto, las mandíbulas quebrantadas, los brazos y piernas anquilosados, aguantaba el chaparrón de golpes con un estoicismo de animal moribundo.

Driss no se detuvo hasta que un dolor explosivo le entumeció la muñeca. Acto seguido, arremetió como un ciclón contra el mobiliario del salón, no respetando ni libros, ni estanterías, ni cuadros, que arrojó al suelo, ni sillones, que volcó unos contra otros, ni el gran espejo, que rompió con una estatuilla, ni las cortinas de brocado, que descolgó de sus barras, ni las paredes, contra las que estrelló todas las botellas de alcohol que encontró.

Cuando Slimane recobró el sentido, creyó por un momento que se hallaba en un escenario postapocalíptico al no reconocer su salón. Miró sus manos amoratadas, se las llevó a la cara

ardiente de tantas contusiones e intentó ponerse de pie; el menor movimiento le martirizaba el cuerpo entero. Hizo acopio como pudo de las escasas fuerzas que le quedaban para arrastrarse hasta su teléfono, tirado en el suelo a pocos metros de él con el disco roto. Su magullado dedo erró repetidas veces antes de conseguir marcar correctamente un número. El tono de llamada estuvo sonando sin que nadie contestara. Slimane lo intentó una segunda y tercera vez farfullando: «Contesta, te lo suplico, contesta». Justo cuando estaba a punto de perder de nuevo el sentido, la voz del comisario Rachid Baaz lo espabiló:

—Pero bueno, ¿qué narices quieres? Estoy reunido.

—Se ha vuelto loco.

—¿Quién?

—Ikker... Ha destrozado toda mi casa. Cree que soy el amante de su mujer, que no se trata de una violación.

—¿Qué me dices?

—Ha encontrado el gemelo... Se ha vuelto completamente loco. Cree que me ha matado.

—¿Dónde está?

—Se ha ido... Rápido, una ambulancia. Me estoy desangrando...

## 24.

Driss regresó a su casa.

Ni siquiera miró a su mujer, que lo estaba esperando en el vestíbulo.

Se quitó la chaqueta y la camisa mientras subía la escalera, dejó sus zapatos en el descansillo, colocó la pistola enfundada sobre la cómoda, en la entrada del dormitorio, se quitó de un tirón los pantalones y el calzoncillo y los arrojó al otro extremo de la habitación. Luego se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta tras de sí. Su reflejo en el espejo no presentaba señales de violencia, salvo un golpe debajo de la oreja que no revestía gravedad. Sus nudillos estaban contusionados y ensangrentados.

Apoyado en la pared, se dejó azotar el cuerpo por un agua ardiente. Se sentía extrañamente tranquilo. Respiraba con serenidad, la sangre había dejado de golpear sus sienes y su corazón latía con normalidad.

Al salir de la ducha, se encontró con Sarah de pie en medio de la habitación. Estaba llorando, y el rímel se le había escurrido por las mejillas.

Driss pasó por delante de ella para abrir el armario. Echó sobre la cama el primer traje que pilló, descolgó una camisa de su percha...

—Soy yo quien tiene que irse —le dijo Sarah.

Driss soltó un bufido de desprecio.

Lo miró mientras se ponía un calzoncillo.

—Rachid me ha telefoneado. Dice que has agredido salvajemente a un colega tuyo. Me ha aconsejado que haga las maletas. Cree que pretendes hacerme daño.

—Para mí ya estás muerta.

—Me lo imaginaba... He hecho la maleta, pero te he esperado.

—Mal hecho. Me habrías ahorrado un sufrimiento añadido.

—¿No quieres que hablemos?

Driss arrojó al suelo su albornoz como quien arroja la toalla.

—Ya no tenemos nada que decirnos, Sarah. Ya no eres más que una ilusión óptica...

—¿Una ilusión óptica?

—¿Qué esperabas? ¿Qué me encarnizara contigo? ¿Qué adelantaría con ello? Uno de nosotros dos lo ha perdido todo con esto, y creo que no soy yo. Puedes irte o quedarte, me importa un bledo. En cuanto a mí, vaya donde vaya esta noche, en algún momento amanecerá.

—Me tranquiliza que te lo tomes así.

Driss se puso el pantalón y se sentó en el borde de la cama para ponerse los calcetines.

Sarah pasó una mano furtiva por su mejilla. La calma de su marido la torturaba más que la pena que la estaba corroyendo.

—Estoy desolada, Driss.

—¿Cuándo empezó esto?

—Déjalo, por favor.

—Vamos, no me ocultes ningún detalle. No hay nada como un tratamiento de choque para sentirse liberado.

Tras un silencio interminable, confesó con voz átona.

—Al día siguiente de la velada en casa del gobernador, me llamó para contarme lo encantado que estaba de haberme vuelto a ver.

—¿Os conocíais de antes?

—Como si no lo supieras...

—Claro que no lo sabía. Nunca me has hablado de Slimane Rachgoune.

—No conozco a ningún Slimane Rachgoune.

Driss recogió el pantalón que llevaba puesto al llegar a casa y buscó en sus bolsillos el gemelo, que tiró a los pies de su mujer.

—¿No conoces a Slimane Rachgoune? ¿Entonces qué hacía su gemelo en nuestro dormitorio?

Sarah se quedó mirando la joya. De repente se quedó pensativa, casi ausente.

—Supongo que esto es lo que tu madre vino aquí a buscar mientras estábamos en Marrakech.

—No conozco a esa persona. —Un destello gélido relumbró en sus ojos cuando añadió, plenamente consciente del seísmo que iba a provocar—. Hablo de Rachid.

Driss creyó que el techo del cuarto se le caía encima. En una fracción de segundo se quedó sin referencias.

—Ignoro qué diablura estás tramando como manipuladora experta que eres, pero pierdes el tiempo conmigo. El comisario Baaz no puede haber mancillado la honra de la hija de su propio benefactor. Le debe toda su carrera.

—¿Lo ves? —dijo suspirando—. Cualquiera puede equivocarse.

Driss se quedó postrado durante un largo minuto antes de intentar recomponerse. Tenía que conseguirlo. Tras haberse desahogado con Slimane Rachgoune, se prometió no flaquear ni enfurecerse con su mujer. Había permanecido más de una hora en su coche, al principio de la calle, mordiéndose los dedos, controlando su respiración y preparándose para llegar a casa, cruzar el vestíbulo, subir al piso, desvestirse, darse una ducha, volver a vestirse y salir de la vida de su mujer sin mirarla ni dirigirle la palabra. Era la única actitud que se le ocurría para demostrarle a Sarah que podía haberlo traicionado, pero no destruido.

Respiró hondo para contenerse; solo consiguió inhalar todas las llamas del infierno.

—No sé bien por qué ocurrió —dijo Sarah.

—No quiero saberlo.

—Te debo la verdad, Driss... Una semana después de que el comisario nos invitara, a ti y a mí, a su casa para presentarnos a su familia, su mujer Narimène me invitó a una de las meriendas que organiza los jueves para sus amigas íntimas. Acepté unirme a su pequeño círculo privado. El jueves siguiente, solo me presenté yo. Ella me explicó que debió anularlo todo porque su marido acababa de comprarse un velero y que estaría encantada de que la acompañara para conocerlo. Decidimos tomar el té en el barco, donde nos esperaba su marido. Después de aquello, Rachid siguió llamándome de vez en cuando para preguntarme cómo me encontraba, si necesitaba algo.

—¿Y necesitabas algo?

—Me ocurrió una vez. Quería saber qué regalo de cumpleaños le gustaría a su mujer, y me envié dos botes de perfume Guerlain, uno para mí y otro para que se lo regalara a su mujer. Luego,

cuando tuviste que viajar tres días a Rabat, me llamó la primera noche para decirme que si me sentía sola, me enviaría a su hija mayor para que me hiciera compañía. Por supuesto se lo agradecí y le dije que estaba acostumbrada a que mi marido se ausentara. Al día siguiente me llamó para anunciarme que su esposa y él pensaban dar un paseo por mar y que estarían encantados de que me uniera a ellos. No tenía nada especial que hacer aquel día, así que acepté... Ese día, Narimène no estaba en el barco. Un imprevisto de última hora le impidió venir. Yo me sentí bastante incómoda, pero no me atreví a decepcionar a su marido... Hacía buen tiempo. Navegamos durante horas a lo largo de la costa. Me sentía un poco violenta por estar a solas con él en el barco. Y él se dio cuenta. Para que me relajara, me pidió que llevara el timón. Le dije que no sabía pilotar. Me contestó que era fácil y que él mismo me enseñaría. Mientras yo tenía agarrado el volante, se deslizó detrás de mí y colocó sus manos sobre las mías. Quise desembarazarme de él pero ninguno de mis músculos respondió. Estaba como paralizada.

—No pretendas hacerme creer que te violó.

—No fue una violación.

Pese a la máscara impenetrable que se esforzaba en exhibir, Driss no pudo contener el espasmo que le sacudió el rostro, reflejo externo de la segunda deflagración que atronaba por todo su ser en los últimos minutos.

Se produjo un silencio atroz.

—¿Cuántas veces me has engañado con él?

—¿Qué importancia tiene? Con la primera basta.

—¿Cuántas veces? —aulló, devorado por los celos.

—Me llamó posteriormente —dijo Sarah como hablando para sí misma—. Quería que siguiéramos viéndonos. Le dije que lo ocurrido entre nosotros había sido un accidente y le rogué que me olvidara. Me dijo que le estaba mintiendo, que no tenía por qué preocuparme, que nadie se iba a enterar. No paraba de llamarme por teléfono. Estaba como loco. Ya no sabía cómo quitármelo de encima. Lo llamé varias veces a su despacho para que dejara de acosarme. Pero no había manera. Me suplicaba que siguiera con él. Cuando entendió que yo te había engañado por un desliz y que lo estaba llevando muy mal, me hizo una propuesta. Me dijo que solo quería hacer el amor conmigo una última vez. Me negué. Aquello lo trastornó aún más. Llegó incluso a aparcar varias veces su coche delante de nuestra casa. A la vista de todo el vecindario. Me estaba amenazando. Yo temía que la pagara contigo o que acabaras enterándote de todo. Me prometió que sería la última vez. Acabé accediendo. Para que me dejara en paz. Debíamos vernos de nuevo en el barco, lejos de las miradas, pero luego cambió de opinión. Prefirió que lo hiciéramos aquí, en esta habitación. Según él, era más discreto. Esa noche estaba desatado, se comportó como una bestia. Yo estaba muerta de miedo. Hacía todo lo posible por humillarme, por traumatizarme para toda la vida sometiéndome a sus fantasías de sádico. Todavía me arde la carne. Si no llegas a regresar...

—¡Ya está bien así! Me das asco.

—No sabes cuánto me arrepiento de todo esto. Fue un accidente, un terrible y desgraciado accidente que me ha convertido en rehén de un momento de extravío. Solo ahora me doy cuenta de que por mucho que pretendamos interpretar los hechos como nos parecen que son, no dejan de ser lo que son. Estoy muy afectada, Driss. No sabes cuánto lo lamento. Un momento de debilidad no debería destrozarlo todo a nuestro alrededor. Valemos algo más que un error, por muy condenable

que sea. Nos merecemos sobrevivirle. Te suplico que me perdones.

Driss barrió de un manotazo las excusas de su mujer.

—A quien corresponde perdonarte es a tu venerable padre. En cuanto a mí, no quiero volver a saber de ti.

—Mi padre no debe enterarse.

—No tendrá más remedio que saber por qué repudió a su adorada niña.

Si el cielo, con sus rayos y truenos, se hubiera abierto en aquel instante, no habría electrocutado a Sarah del modo en que lo hizo el pánico que se apoderó repentinamente de ella.

Driss notó cómo su pecho se henchía de un soplo insano. El espanto que manifestaba su mujer le produjo el mismo sentimiento que experimentó el día en que el sargento Rogui, que tiranizaba a su pueblo natal, se mató en un accidente de coche. Era una extraña sensación, extremadamente violenta, que en su día estuvo a punto de arruinarle el alma y que se había prometido conjurar para no tener que volver a sentirla por nadie, tal era la vergüenza que le producía. Y, sin embargo, en aquella noche de plenilunio que habría inspirado a un contingente de poetas, en esa habitación donde tantas veces había declarado su amor a la más esplendorosa de las mujeres, Driss no intentó obstaculizar a sus *dijinns*. Sabía que, en un país como el suyo, siempre hay alguna posibilidad de absolución para quien ofende a los santos y a los profetas, pero no para quien provoca un escándalo. Sarah también lo sabía. Estaba dispuesta a padecer el más atroz de los martirios con tal de que Driss renunciara al castigo que pensaba infligirle, pero Driss parecía estar decidido a vengarse.

—Te lo suplico, no hagas eso a mi familia.

—Tu padre debe conocer el final de esta historia.

—No —gritó, horrorizada.

—Sí.

—No puedes hacerle eso a mi madre, que te quiere como a un hijo. Por piedad, no metas a mi padre en esto. Nunca se recuperaría.

—No tenemos elección. Deberás explicarle por qué te dejo. Ya que todo esto es culpa tuya.

—No, no, no —gimió Sarah retrocediendo y tapándose el rostro con las manos—. No, me niego a destrozarme dos reputaciones a la vez.

—Entonces me veré obligado a contárselo yo todo.

Sarah ya no era sino un pálido reflejo de sí misma. Esperaba alguna venganza por parte de su marido, pero no imaginó que fuera de tamaña crueldad. Lo que leyó en la mirada de Driss la acabó de destrozarse. Supo que ya no tenía la menor esperanza de salvación.

Salió de la habitación tambaleándose y bajó la escalera como quien desciende a los infiernos.

La puerta de la calle resonó con fuerza al cerrarse. Driss frunció el ceño. ¿Por qué salía Sarah a la calle de noche y en camisón? De pronto se dio cuenta de que la funda de su pistola ya no estaba sobre la cómoda. Un sudor frío le empapó la espalda.

—¡Oh, no!...

Fue a toda prisa hacia la escalera. La funda estaba tirada sobre un escalón, pero la pistola no estaba.

—¡Sarah! —gritó con todas sus fuerzas—. No lo hagas...

Se oyó un disparo en la calle, seguido de un frenazo en seco.

—¡No, no, no! —aulló Driss corriendo escalera abajo.

Fuera, la noche pesaba sobre la calle como un caso de conciencia. Un taxi con las luces encendidas se había detenido en medio de la calzada. Varias siluetas fueron apareciendo en las ventanas de los alrededores.

Sarah yacía sobre la acera, tumbada de costado, con la pistola de su marido todavía en la mano.

Driss se agarró la cabeza con ambas manos y cayó de rodillas.

Título original: *L'outrage fait à Sarah Ikker*

Edición en formato digital: 2020

Copyright © Éditions Julliard, Paris, 2019  
© de la traducción: Wenceslao-Carlos Lozano, 2020  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

ISBN ebook: 978-84-9181-800-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)